

Selecta

ARLENE SABARIS



Si me
quisieras



Table of Contents

[Si me quisieras](#)

[Nota editorial](#)

[RAQUEL](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[MARCO](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[RAQUEL](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Arlene Sabaris](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Si me quisieras

Arlene Sabaris

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleer](#)
[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de República Dominicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Para ti lectora, lector, que crees en la magia del amor infinito...

RAQUEL

Capítulo 1

La voz en mi cabeza vuelve a estallar en un escandaloso cántico repetido, ordenándome que apague el televisor. La serie de suspenso que estoy mirando ya casi está llegando a su último capítulo, y a pesar de que son las dos de la madrugada, me niego a pulsar el botón del control remoto para detenerla. Mañana debo trabajar muy temprano y sin embargo aquí estoy, observando a los insípidos personajes descubrir un asesino que hace dos capítulos ya he descubierto (estoy segura de saber quién lo ha hecho).

Espero a que se marque «recibido» el mensaje que le he escrito a Marco unos minutos atrás. A veces hace eso... me coloca un mensaje, le contesto y luego pasa un buen rato para que responda nuevamente. Pareciera que se le ocurre decirme algo, lo escribe sin pensarlo mucho y luego se pone a hacer quién sabe qué, porque pueden pasar días sin que sepa de él. No sé por qué me escribe, pero peor aún no tengo idea de por qué respondo. Tengo rabia conmigo misma otra vez, decido alejar el teléfono y, enfrentémoslo, es médico y tiene razones para estar despierto a estas horas, pero yo, por el contrario, debo lucir descansada y feliz como una mariposa en menos de cinco horas para mostrar mi mejor cara a un equipo de ventas de diez personas. Me gusta mi trabajo. He avanzado velozmente en estos últimos tiempos y lejos ha quedado la pasante presurosa que recorría las oficinas de la multinacional farmacéutica, tratando de suplir las necesidades de todo el que me llamara. Hace ya seis años de aquella reunión en la que me avisaron que podía quedarme como empleada fija dando asistencia administrativa. Me habían asignado específicamente al área de Registros, que era el lugar más aburrido del mundo pues yo tenía un grado recién adquirido en Mercadeo, pero era trabajo, en un lugar importante donde había muchos chicos guapos. Además, quedaba muy cerca del apartamento que compartía con mi mejor amiga y pagaban muy bien, incluso cuando solo era pasante. Sin embargo, mis metas eran claras, yo me quería ir al Departamento de Ventas... allí estaba la actividad más interesante de toda la empresa y tocaba ir a mostrarle los medicamentos a los médicos más encantadores. ¡Un trabajo genial!

No fue tan fácil cambiar el rumbo. El puesto de visitador era muy codiciado y tocó esperar tres años a que se abriera una vacante. Estuve tentada a buscar otro trabajo, pero la economía iba de mal en peor y debía dar gracias al universo que no fui víctima de una de las múltiples reducciones de personal que se dieron en aquella época. Sobreviví con estoicismo a las crisis y aproveché la oportunidad cuando se presentó. Ahora tengo mayores responsabilidades y mañana es un gran día para mi equipo pues lanzaremos un nuevo producto.

Decido, sin titubeos, llevar mi móvil al salón de estar para recargarlo y regreso a la habitación decidida a dormir. El pijama de rayas azules casi borradas se confunde con las sábanas de cuadros y parezco una pintura vanguardista mientras me preparo para finalmente ir a la cama. Nunca he podido conciliar el sueño si me siento prisionera, y la coleta que recoge mi cabello corto pronto desaparece dejando los rizos dorados esparcidos en la almohada. El edredón me cubre por completo y arropo mi cara con él, percibiendo el suave perfume de jazmines del detergente nuevo que he comprado, ha sido una buena adquisición. Me entretengo con cualquier pensamiento irrelevante cuando escucho el

sonido del mensaje que han respondido. Vuelvo a cubrirme con el edredón tapándome el rostro, no pienso levantarme a responder... «¡date valor, mujer!», me digo y respiro profundo para creerlo. No... ya he esperado una hora, y si bien quiero saber lo que dice, no voy a darle la satisfacción. Lo veré mañana... da igual, estoy dormida, o al menos debería estarlo. Quizá debería levantarme a colocar el móvil en silencio, así ya no lo escucho... ¡No! ¡Es una trampa! Que chille cuanto quiera, no iré... lo leeré por la mañana. Y así, luchando con mis más temidos demonios, venzo al fin y consigo olvidar que ha escrito.

Duermo profundamente casi enseguida, pero las horas pasan volando y de repente son las siete de la mañana y la lejana melodía del móvil anunciando que debo tomar agua me despierta. Ya en pie, descubro las cortinas del amplio ventanal de mi cuarto, es una de las razones por la que escogí este piso, bueno... eso y que la estación del tren está a unos pasos y en días como hoy, que la lluvia amenaza con empapar la mañana, pues es de lo más conveniente. El paseo de la Bonanova se muestra ligeramente activo ante mí, las calles húmedas reciben sus primeros visitantes y el sol, aunque tímido, despide sus primeros rayos reflejándose sobre la calle recién despierta. Respiro con profundidad y doy vuelta para continuar mi rutina de la mañana. Remuevo de su perchero el vestido violeta de falda a media pierna que me han regalado en la oficina por mi cumpleaños, espero que me quede, porque esta tela se ajusta al cuerpo como guante a la mano. El escote discreto en forma de corazón, las mangas cortas al estilo tulipán y la cintura ajustada me dicen que ha sido Paula quien lo ha escogido. Estas caderas no caben en todas partes y por más que me guste eso cuando uso pantalones, necesito que el cliente, esta mañana, mantenga los ojos en la presentación. Incluyo una chaqueta oscura de mangas tres cuartos a mi vestuario, pero dudo de mis zapatos negros de tacón con esta lluvia. «Son solo unos pasos...», pienso y decido ponérmelos de todos modos. Debí suponer cuando me corté el pelo este verano que estos rizos no iban a llevarse bien con la lluvia. Lucen más encogidos de la cuenta, así que coloco una pisa pelo de piedras brillantes para apaciguarlo al estilo Marilyn Monroe y así verme menos divertida. Me maquillo sin exagerar con un labial lila y delinea mis ojos; los días grises se reflejan en ellos y un poco de rímel les dará más luz. ¡Vamos, que luzco preciosa! Si no nos compran la investigación, al menos me harán la foto para la revista médica del mes. Me dirijo con mi paraguas hacia el tren, resistiendo las ganas de leer el mensaje de Marco, asumiendo que en realidad sea suyo. Esperaré a estar en el vagón porque así no podré responder de inmediato. Voy armando la presentación en mi cabeza y rezando que mi equipo tenga todo listo. Cuando termine esta reunión debo dar una charla de bienvenida al personal de nuevo ingreso, almorzaré con mi amiga Laia y espero ir a casa temprano. Es viernes. El vagón llega y entro con impaciencia esperando encontrar un asiento vacío. Por suerte, un chico se pone en pie para la próxima parada y solo voy unos minutos sosteniéndome del extremo de un asiento. Finalmente abro el bolso y tomo el teléfono con la misma curiosidad que vencí minutos antes cuando lo he agarrado de la mesa de mi habitación sin mirarlo. Efectivamente, tengo no uno, sino varios mensajes de él.

Viernes 2:22 a.m.

Marco: ¿Estás despierta?

Marco: ¿Raquel?

Marco: ¿Ahora vas a ignorarme? Supongo que todas las dominicanas que conozco me ignoran...

Marco: Te escribía, además de saber cómo estabas y si te había gustado la película, porque he decidido ir al congreso...

Marco: Tú estarás allí, ¿no? No pensaba ir, pero he cambiado de opinión y me voy mañana para aprovechar el fin de semana... bueno, hoy... es de madrugada.

Marco: Estás ahí leyendo en silencio o ya estás dormida?

Marco: Bien... tú ganas, Raquel. Lo siento, mi móvil se ha descargado antes y por eso no te había contestado. Espero respondas en la mañana... ¿cenamos? Mi vuelo llega a Barcelona al mediodía y estaré en el mismo hotel del congreso. ¿Será que por fin nos conocemos en persona?

Marco Stasio es un «amigo», pero está como quiere él, como quieren todas mis amigas y como queremos mi ego y yo que se vea mi novio. Es un galán italiano en todos los sentidos. Hemos hablado de mucho más que de medicamentos desde hace un par de meses, cuando una de mis ejecutivas lo invitó a nuestro congreso anual, después de verlo en otro evento. Maite, que está casada desde hace quince años y piensa que en cualquier momento voy a caerme muerta porque no me he comprometido, siempre anda persiguiendo médicos solteros con los que yo «debería salir». En esta ocasión, cuando vi sus fotos en la memoria del evento, decidí no enojarme con Maite como siempre lo hago y accedí a que lo invitara al congreso. Hará unos dos o tres meses, desde que ella le dio mi contacto para que él pudiera hablar de forma directa con la gerente, luego de mandarle por correo electrónico el video de motivación que grabamos para invitar al congreso (a alguien de Mercadeo se le ocurrió que eso le daba un toque personal). Maite es mi ejecutiva de Ventas del mercado italiano, pero Stasio habla un castellano decente porque estudió aquí en España, por lo que empezamos hablando de trabajo, luego de ciudades y finalmente de nuestra vida personal. Ya había dicho que no vendría, así que este «amor platónico» que me ata al galán al que pensaba no tendría que conocer, ahora se quiere salir por los poros pues resulta que sí viene. Justo lo que yo necesitaba escuchar cuando estoy a punto de hacer una presentación importante. El tren ha llegado a mi parada. Milagrosamente, cuando salgo a la calle, el sol ya comienza a desafiar a las nubes y el intenso azul se va apoderando del cielo. Todavía se ve gris a lo lejos, pero al menos no tendré que volver a abrir este paraguas con flores verdes que no hace juego en lo absoluto con mi vestido, pero es el único que tengo. Ni siquiera estoy segura de que sea mío, para ser justa. He guardado el móvil en mi bolso. Barcelona es una ciudad segura, pero no hay porque tentar a la suerte. Apresuro el paso para reducir el espacio que me separa del edificio, y mientras recorro la Gran Vía de las Cortes Catalanas, pienso en lo que acabo de leer en mi pantalla. No lo conozco personalmente, pero ganas no me han faltado y Maite se la pasa comentando sobre el neurólogo italiano, joven prodigio que se especializa en casos poco comunes y a quien nuestra empresa ha intentado cautivar como imagen por un par de meses. He visto videos de sus presentaciones de casos y una que otra foto profesional en las revistas médicas europeas, y claro... veo las pocas que pone en su perfil porque nos hemos hecho amigos en las redes sociales. Pero si solo contara con eso, no creo que lo conociera en lo absoluto porque casi nunca hay fotos tuyas. ¡Pero, vamos! Maite dice que es alto y tiene los ojos azules como el mar embravecido y en sus notas de voz su risa es genuina, cercana, como si de verdad estuviera feliz. Eso me gusta. Nos mantenemos hablando por mensajes y notas de voz, incluso videollamadas; y aunque desde el principio me quedaba claro que no vendría al congreso, me entretengo hablando con él sobre los casos nuevos que encuentra, y por alguna razón recibir sus mensajes es parte de un ritual de coqueteo incesante que he forjado en mi soledad voluntaria. Después de mi último fiasco mal llamado noviazgo, tomé la decisión de no pensar en nada ni remotamente parecido a una relación seria y así he sobrevivido sin mayor contratiempo recién arribando a mis veintisiete años. Olvido la situación por un momento y pongo toda mi concentración en el cliente. «Una hora a la vez, Raquel». El elevador se abre y me hago paso entre los impacientes compañeros de edificio que se apresuran para llegar a tiempo a sus respectivas oficinas. Me tiene sin cuidado el tiempo, pues he llegado una hora antes de mi reunión y puedo coordinar con mi equipo todos los detalles. Desfilo majestuosa con mi

nuevo vestido, pero no impresiono a nadie porque están todos ocupados en lo suyo... arrojo el odioso paraguas en una esquina de mi oficina y abandono el bolso sobre una silla para sentarme a revisar en mi ordenador los detalles finales y dirigirme al salón de conferencias. Paula, mi asistente, no está a la vista y ruego, por su propia suerte, no encontrarla en la cocina cotorreando en un día tan importante como hoy. Su carcajada de *millennial* desenfundada me desmiente cuando entro buscando café y la distingo en un trío de comadres que conversa sin mayores preocupaciones. Su inconfundible cabellera castaña planchada a la perfección se eleva por los aires casi golpeándome a su paso cuando se da vuelta sobresaltada ante la señal de una de sus compañeras de plástica.

—¡Raquel, qué temprano llegaste hoy! —exclama resistiendo la sonrisa seria.

—No más que tú, Paulita... ¿y qué es tan interesante como para entretenerte justo hoy que viene el equipo del hospital? —reclamo indiferente mientras sirvo una taza de café.

—Hablabamos de los nuevos... hay un par de bombones irresistibles en el grupo de hoy — dice sin el menor remordimiento.

—¿Más irresistibles que un cliente que paga nuestros sueldos? No creo que tanto, Paula. Vamos, que no quiero que pase lo de la otra vez con la proyección de las diapositivas — digo a seguidas mientras salgo de la cocina, café en mano, ante la mirada temerosa de las otras chicas.

—Te pusiste el vestido... te queda hermoso —señala intentando bajar la seriedad de mi tono.

—Ajá... —contesto y continúo en dirección al pasillo.

Paula me sigue sin responder porque me niego a continuar la superflua conversación. Tengo que concentrarme. Unos minutos más y habré cerrado la venta de todo el trimestre. ¡Hagamos esto!

Capítulo 2

Son casi las once de la mañana cuando por fin despido a toda la corte del hospital intercambiando bromas, destilando sonrisas e ignorando comentarios inoportunos. Se suponía que solo vendría el director, pero han venido siete personas y fue necesario reorganizar el salón. Por suerte todo ha ido bien; hemos cerrado con éxito el proceso y nos permitirán trabajar con el hospital, eso merece una celebración en algún momento del día y un aumento de sueldo en algún momento del año. Ya veremos qué opina Fabiana, mi jefa, sobre eso. Debo correr a la sesión de nuevo ingreso. Paula anuncia que quiere acompañarme y sé que es por los rumores de «galanes a la vista» y no por ayudar, pero se lo permito porque yo también tuve veintidós alguna vez. Ni bien entro al salón ya entiendo los rumores mañaneros. No sé a cuál de los equipos de ventas irán, pero al menos un par deberían ser del mío si quiero aumentar los números para final de año. Debo hablarles de nuestras distintas divisiones, de los principales clientes, de las políticas institucionales y de nuestro estricto código de conducta y las consecuencias del acoso laboral. Nos tomamos muy en serio estas cosas, y aunque las relaciones dentro de la empresa están permitidas, deberán ser siempre bajo un código implícito de respeto y correspondencia mutua e incuestionable. He dado el discurso varias veces este año, pues me han asignado como parte de mi crecimiento profesional apoyar en el cumplimiento de las políticas institucionales. No me molesta porque puedo siempre conocer a los nuevos talentos antes que todo el mundo y lo uso a mi favor para construir un equipo de ventas fuerte. Mientras elaboro mi exposición con simpatía, una mano morena se destaca insistente pidiendo la palabra. La cedo a un joven elegante de camisa rosada y corbata gris que está en la última fila.

—¿Significa que están prohibidas las relaciones de pareja entre personas de la oficina? — pregunta mirándome con sus ojos color miel expectantes.

—No. Significa que debe declararse posible conflicto de interés al Departamento de Gestión de Personas y entonces ellos deciden si es necesario hacer algún movimiento interno —repito de memoria y reprimiendo los deseos de entornar los ojos, porque debe ser la única pregunta que hacen el 100% de las veces.

Cierro mi participación indicando dónde pueden encontrar la cafetería, y dejo que Paula los conduzca. Observo con sorpresa que hay más mujeres que hombres esta vez, son buenas noticias.

Debo encontrarme con Laia en el restaurante de sushi de la esquina. Espero que no haya regresado la lluvia, mi oficina no tiene ventanas, así que debo esperar la sorpresa porque salgo apresurada una vez que recojo mi bolso. Me cuelo con agilidad en el elevador repleto y siento la respiración acelerada en mi cuello de alguien que ha quedado demasiado cerca. Tal vez he debido esperar el próximo. Por suerte sale un grupo en el siguiente piso y el desahogo es inmediato porque hemos quedado solo tres personas.

—Lo siento... si seguía sosteniendo la respiración me asfixiaba. —Escucho la voz detrás de mí.

—No te preocupes, soy yo quien lo lamenta; estaba atestado ya, pero estoy un poco tarde para algo y diez pisos en escaleras no son lo mío —respondo girándome para ver al dueño

de la voz de locutor que da explicaciones sin yo pedir las, definitivamente su acento no es local.

—Soy Ángel. Estaré en el Departamento de Ventas —dice extendiéndome la mano, y entonces noto que es el galán de ojos miel que antes me hizo una pregunta en el salón.

—Bienvenido, Ángel, soy Raquel, y bueno, ya sabes dónde estoy —le contesto sonriente y no puedo evitar ruborizarme un poco ante su presencia imponente tan cercana. El moreno de impecable sonrisa inclina su cabeza, y me despido con un gesto similar para, de inmediato, salir apresurada a la calle antes de que intente continuar la conversación. Ganas no me faltan, porque su perfume me envuelve tan embriagadoramente como el tono de su voz.

Mientras acelero el paso al restaurante, pienso que este debe ser uno de los bombones por los que babeaban las chicas más temprano. Podría apostar por el acento que es mi compatriota, pero su elección de palabras me hace dudar; lo que sí es seguro es que español no es. Es algo más alto que yo, pero tiene un rostro que honra su nombre y el cuerpo de un fisicoculturista en potencia. Los botones de su camisa rosada, a punto de salir volando, demuestran que pasa buena parte del tiempo en el gimnasio. Y aquella voz que envolvía todo, tan correcta y poderosa... podría quedarme hablando con él solo por el placer de escucharlo.

Camino con el paso doble para entrar, mirar a todos lados y darme cuenta de que mi amiga no ha llegado. Tomo asiento en una mesa del fondo y busco el móvil para reclamarle, pero los mensajes de Marco han seguido llegando sin pausa y se muestran primero. Ya he esperado bastante, y luego de pedir un agua con gas y limón, respiro profundamente y empiezo a leerlos.

Viernes 12:22 p.m.

Marco: Ya estoy en Barcelona. He avisado a Maite que venía al congreso y ha enviado por mí al aeropuerto. Ya estoy en el hotel... pensé que estarías en el comité de bienvenida. ¿Qué dices de la cena? Pareces ocupada hoy, pero ya he visto que has leído los mensajes anteriores.

Su estado marca que está «en línea» y hace ya media hora que ha escrito. Decido responder... Quería esperar a que llegara Laia, pero ni modo. Supongo que es un hombre igual a cualquier otro...

Viernes 1:02 p.m.

Raquel: Hola, Marco! He tenido un día de locos hoy y apenas estoy haciendo una pausa para almorzar. Qué gusto saber que te decidiste a venir al congreso. Estará muy interesante.

Escribe casi enseguida.

Marco: Por fin respondes. Ya me estaba empezando a preocupar. Y... ¿estás almorzando cerca de la oficina?

Raquel: Pues sí.

Marco: Mi hotel está justo en la esquina. Si no te importa puedo unirme... ¿dónde estás?

Titubeo antes de responderle dónde, pero finalmente lo hago. Escribo el nombre del restaurante temiendo hacia dónde se dirige con esa pregunta. Ha escrito mi amiga diciendo que va unos minutos tarde, pero que ya ha salido del metro. Cuando quiero escribirle a Marco para advertirle que estaré con una amiga, ya no está en línea. Si se aparece va a ser la cosa más extraña del mundo, no esperaba conocerlo hoy y mucho menos delante de alguien más. Pero tal vez sea lo mejor, si ella está aquí me sentiré menos ansiosa, o lo pareceré. Pido al camarero que me traiga una caña para calmar los nervios. Miro constantemente el móvil ignorando los mensajes de otras personas que se acumulan, solo para ver que escriba arrepintiéndose, pero no lo hace. El hotel donde lo han alojado

queda a unos pasos apenas, y si mis cálculos son buenos y salió tan pronto le dije dónde estaba, en cualquier momento aparece por esa puerta. De repente, la vibración de mi teléfono me espanta y observo el nombre de Paula en la pantalla. Respiro un poco aliviada y un poco irritada a la vez... ¿por qué llama si sabe que estoy almorzando?

—Sí, Paula... es una emergencia, imagino —respondo sarcástica pues casi seguro no lo es.

—Tengo a Maite en frente e insistió. Ya le dije que estás almorzando, pero sabe que no le contestarás a ella, y por alguna razón que se niega a decirme, dice que debe hablarte urgente. Te la paso —explica sin respirar y muy molesta.

—Pásala... —le pido sospechando lo que quiere decirme.

—Raquel... sé que no te gusta que te molesten, pero no te pude decir antes porque ayer no estabas y hoy estuviste en la dichosa reunión y luego con los nuevos. Te escribí hace un rato, pero no has leído el mensaje. Stasio está aquí. Ha venido al congreso —dice triunfal.

—Ya lo sé, Maite... me ha escrito —respondo intentando aparentar naturalidad.

—Entonces los mensajes suyos sí los lees... —razona fastidiada.

—Maite... escribí anoche, iba a decirte en la mañana, pero no te vi y luego escribí diciendo que habías arreglado para buscarlo, hace segundos que lo leí... por eso no he podido leer tus mensajes —alego esbozando una explicación, pero la verdad es que a esta hora ignoro cualquier mensaje que pueda significar trabajo.

—Bueno... ¿y entonces? ¿Qué vas a hacer? ¿No te vas a ver con él? —me interroga, exasperada con mi discurso.

—Maite, te tengo que dejar, ha llegado mi amiga a almorzar conmigo. Creo que lo veré, pero te aviso ¿sí? ¡Adiós! —replico y pulso el móvil para finalizar la llamada.

He mentido... quien ha entrado al restaurante ha sido él. ¡Dios...! las fotos no le hacen justicia y los videos tampoco. Lo disfruto buscar desde la puerta en todas direcciones... ha visto pocas fotos mías y en las poquísimas videollamadas que hemos hecho todavía llevaba el cabello largo, hace solo días que lo tengo corto, creo que saldré a su encuentro o no me reconocerá. Viste unos vaqueros azul oscuro y una camisa verde claro alzada a los codos, me levanto del sillón y dirijo toda mi energía hacia ese primer saludo, a medida que me acerco con toda la seguridad que estos tacones me permiten.

—¿Marco? —pregunto arrepintiéndome enseguida de la familiaridad de mi tono.

—¡Raquel! —responde entusiasta, reduciendo el espacio que nos separa hasta envolverme en un abrazo sorpresivo...

—Bienvenido... —Es todo lo que atino a decir cuando nos separamos. Me ha plantado un beso en cada mejilla dejándome con el olor fresco de su crema para después de afeitarse.

—Gracias. Luces... distinta a como te imaginaba —dice, y me sigue hasta la mesa.

—Espero que sea una diferencia positiva —replico curiosa de tan extraño comentario para un primer encuentro.

—Solo distinta —responde, y ya me quedo preocupada. Cambio el tema porque la ansiedad de saber lo que quiere decir con aquella frase me molesta.

—Te escribí un mensaje. Mi amiga Laia se nos unirá en cualquier momento. Espero no te moleste la compañía —digo esperando su reacción.

—Para nada. ¡Si es que soy un atrevido por aparecer! No he leído tus mensajes por temor a que escribieras negándote. Me encantará conocer a tu amiga —expresa engalanando su rostro con una sonrisa perfecta que me tiene embobada.

Iniciamos una conversación trivial acerca de su viaje, del congreso y por supuesto, de lo que significa vernos por primera vez. Poco tiempo después, Laia aparece en la puerta del restaurante. Mi mejor amiga es más alta que la mayoría de las personas que conozco, sin embargo, lejos de ser una modelo de pasarela como piensa todo aquel que la conoce por primera vez, se dedica al trabajo social en un organismo de cooperación internacional.

Encima es tan bonita que solo salir con ella es un imán de galanes, aunque no haga caso a ninguno pues, al igual que yo, es soltera por elección. Su gran amor es Erik, aunque lo niegue. Un compañero de trabajo que conoció hace años y con quien tuvo una relación seria por más de un año. La dejó para ir a salvar el mundo desde Haití unos años después del gran terremoto. Nunca la vi tan triste como en aquella época, y a pesar de que está dispuesta a sermonearme todo el día, no acepta sermones de mi parte y dice ser feliz tal y como está. La pura verdad es que siempre sonrío de forma contagiosa y a todo el mundo le cae bien, así que no puedo mantener la discusión con ningún argumento.

Se acerca a la mesa con su energía característica haciendo toda clase de gestos cuestionándome con quién estoy. Por suerte soy yo la única que puede verla, pero mi risa es incontrolable y, aunque bajo el rostro, mi acompañante se da vuelta para ver lo que me causa tanta gracia. Ya está junto a la mesa y los presento.

—Marco, ella es Laia. Laia, el Dr. Stasio, creo que te he hablado de él, está de visita desde Roma —digo poniéndome de pie para luego saludarla con un par de besos a mi amiga.

—Dr., pero ¡qué placer conocerlo! Raquel me ha hablado mucho de usted. Qué honor que se haya decidido a conocernos, lo último que dijo ella es que usted no venía... —le dice a Marco, que se ha puesto de pie para saludarla, y estrechan sus manos mientras ella posa en mí su mirada desaprobatoria al tomar asiento.

—¡Mucho gusto! La verdad es que ha sido una sorpresa hasta para mí. Este viaje lo he decidido apenas ayer —responde con aparente sinceridad.

No estoy segura de cómo irá el almuerzo, pero mi corazón late con más prisa de la que debería y siento que me duele el estómago.

Capítulo 3

Hemos ordenado una bandeja de sushi para compartir, y mientras debatimos sobre la importancia de la consistencia del arroz, observo a Laia conversar deleitada con mi inesperado invitado. Él, por su lado, tan encantador como en aquellas notas de voz y mensajes que intercambiamos durante meses.

Hice videos mentales de este encuentro en muchas ocasiones; en todas, lucía despampanante, segura de mí misma y desbordando sensualidad, como cada vez que conocía a alguien con el potencial para un posible amante. En esos videos nunca estaba Laia. Debo haber estado en silencio por demasiado tiempo porque justo ella interrumpe mis pensamientos.

—¿Cariño, estás bien? Luces distraída —dice, y quiero molerla a golpes por manipular la conversación.

—Sí, Laia. Estaba pensando en que debo recoger algo en la oficina antes de volver a casa —respondo exhibiendo mi mejor sonrisa, ya tendré oportunidad de regañarla en privado.

—¡Y yo debo volver a la oficina! ¡Tengo una reunión en diez minutos! ¿Pagas mi parte, cariño? ¡Tengo que correr! Ha sido un placer, Dr. Stasio. ¿Lo veo luego en el fin de semana? —inquiere mientras se levanta, toma un sorbo de mi bebida, pues se ha terminado la suya y nos besa a ambos con celeridad.

Asiento con la cabeza y, arqueando mis labios apretados en una sonrisa, la despido. Mi acompañante todavía no ha reaccionado a la súbita partida de Laia.

—¿Normalmente desaparece tan rápido? ¡Es muy simpática, pero está más acelerada que el conejo de Alicia! —comenta divertido imitando su prisa convulsionando la parte superior de su cuerpo.

—Es así siempre —digo reprimiendo una carcajada al ver su reproducción hilarante.

—¿Y qué es eso que debes buscar en tu oficina con tanta urgencia un viernes por la tarde? ¿Será que puedo acompañarte? ¿Estás ocupada luego? Sabes que he estudiado en Madrid y casi no conozco Barcelona, esperaba que me enseñaras algo de la ciudad antes de empezar el congreso, al menos es lo que prometiste hacer si venía —pide poniendo ojos de cordero a punto de ser sacrificado.

—Claro que puedes ir conmigo a la oficina. Iba a sugerirlo de todos modos. Debo recoger mi pase del congreso, de ese modo no tengo que ir el lunes. En cuanto a ese paseo, pues tendremos que ir antes a mi casa, con estos zapatos no puedo llevarte a recorrer la ciudad —respondo a la vez que hago señas con mi mano al mozo para que traiga la cuenta.

—¡Genial! —se alegra, y vuelve a sonreír, derritiéndome.

Pago la cuenta ignorando su gesto de hacerlo y me alegro de que no insista. Ya va entendiendo. Nos ponemos de pie y emprendemos el camino a la oficina a paso de hormiga.

—Ese color te sienta muy bien —señala halagando mi vestido.

—Gracias... es mi color preferido para todo —contesto alegrándome de que alguien finalmente reconozca lo bien que luzco hoy.

—¿Te sorprendió que decidiera venir? —pregunta y observa mi reacción.

—Completamente. Estaba convencida de que tendría que ir a Roma a ponerle un físico a tu voz. Ahora, me pregunto, ¿qué te hizo cambiar de opinión súbitamente? —le expreso sin titubeos.

—¿Quieres la verdad o una excusa que me haga quedar bien? —consulta escudriñándome con aquellos ojos azules que penetran a lo más profundo de mi ser.

—La verdad, por favor —digo poniéndome seria.

—De repente sentí que tenía que venir a conocerte. Estoy seguro de que el congreso estará muy interesante, pero esa es la excusa que me hace quedar bien —explica, y me paraliza por la confesión inesperada, y porque hemos llegado al edificio.

En silencio entramos y pasamos de largo el *lobby* con una señal mía al guardia. Las puertas del ascensor se abren y el espejo del fondo me devuelve la imagen de mis mejillas ruborizadas. De hecho, creo que todo mi cuerpo está rojo rubí en este instante. No es posible quedarme callada ante aquella confesión y, antes de que pase el momento, le respondo para garantizar que la idea me entusiasma.

—Pues es genial que me hayas ahorrado el viaje... — Le sonrío guiñándole un ojo, y callo enseguida pues las puertas se abren nuevamente.

Suben un par de personas y continuamos silenciosos hasta alcanzar el piso ocho, donde nos bajamos. Marco sigue mis pasos a medida que me deslizo con seguridad por mi piso ante las miradas atentas de los pocos que no están almorzando, es una lástima que no estén admirando mi vestido. Llego a mi oficina y Paula se pone de pie enseguida al ver que estoy acompañada.

—Regresaste temprano de almorzar —le digo con genuina curiosidad.

—Maite hizo que volviera en mis pasos para llamarte y se fueron sin mí. Aún no he almorzado —replica con tristeza.

—Paula, este es el Dr. Stasio, nos acompañará en el congreso. ¿Tienes mi pase? Me retiro por hoy, te veo el lunes temprano en el hotel —le explico con rapidez, ignorando su rostro de cervatillo herido; tomo el pequeño sobre que me pasa y lo pongo en mi bolso para continuar por el pasillo y alcanzar a Maite en su despacho.

—No está —dice la voz varonil que horas antes me habló en el elevador y cuyo dueño camina hacia mí con otro sobre que entrega a Marco al tiempo que le extiende la mano en forma de saludo.

—Raquel, Ángel está ingresando hoy, es quien sustituirá a Maite en su licencia de maternidad —señala mi asistente poniéndose de pie en actitud de coquetería.

—¡Oh! —expreso sorprendida y enseguida el nuevo incumbente se dirige a mi acompañante.

—Dr. Stasio, es un placer conocerlo. Estoy a su disposición a partir del lunes en el congreso y puedo acompañarlo y asistirlo en el fin de semana si lo quisiera. En el sobre con su pase, está mi número. Solo llame. Maite salió temprano hoy, pero lo verá el lunes —le dice y nos mira a ambos con una sonrisa encantadora.

—Es un placer conocerte, Ángel —responde él devolviendo el saludo.

Siento que este chico nuevo me está mirando demasiado, o quizás soy yo quien está haciéndolo. Me molesta no haber sabido que va a sustituir a Maite. Si bien la dejé que escogiera a quien quisiera para cubrirla porque confío en su buen juicio, pensaba que sería alguien de esta oficina y no de la oficina de Madrid. No estoy segura de que una persona recién llegada pueda aprender todo lo que se requiere en unas semanas apenas. Estos pensamientos me distraen por poco tiempo, pues mi acompañante está decidido a que conozcamos la ciudad y acabo de recordar el instante clave donde dejamos la conversación. Ya estaremos más cómodos en el metro de camino a casa y podré pensar mejor las respuestas.

En la oficina, Marco comenta algunas cosas sobre el congreso, y para cuando llegamos a la estación, ya hemos revisado la agenda de toda la semana que viene. El vagón se detiene, y como es temprano, encontramos espacio y nos sentamos uno al lado del otro. Hago memoria sobre los mensajes que ha escrito y decido preguntarle.

—Has mencionado en tu mensaje que otras dominicanas te ignoran, ¿te encontraste una novia en Roma? —pregunto esperando que la respuesta sea un rotundo no.

—¡Estás completamente en lo cierto! He conocido a una mujer dominicana, pero que vive en su país, no como tú que solo vas de vacaciones. Pero nada de novia... la he conocido en el hospital —dice mientras sonríe divertido.

—¿Ah, sí, una paciente? ¿Y era simpática, así como yo? —lo interrogo.

—¿Simpática? No lo sé. No llegué a conocerla tan bien, era la prometida de un paciente. La vi un par de veces y la verdad es que fue algo antipática la última vez. Además de que no toma mis llamadas —contesta.

—Y la llamas porque... —averiguo esperando que haya una buena razón.

—Te parecerá extraño, pero di el alta en contra de mi voluntad. Me hubiera gustado darle un mayor seguimiento, pero el protocolo indicaba dar el alta. Esperaba que ella y su prometido me permitieran seguirlo viendo de forma voluntaria, pero no toman mis llamadas, y ya ha pasado más de un mes —me explica algo decepcionado.

—¿Y eso por qué? —pregunto y ahora ya sí que me mata la curiosidad.

—Pues porque llegó al hospital con un fuerte dolor de cabeza, hablando en perfecto italiano, diciendo un nombre distinto al que decían sus documentos y mostrando sorpresa y nerviosismo por todo lo que veía a su alrededor. Sin embargo, sus papeles decían que era dominicano, como tú, a pesar de que él decía no ser la persona de la foto. Tuvimos que sedarlo. Cuando contactamos a su hotel y vinieron por él, es cuando conocí a la chica, Virginia —responde reviviendo con gestos la dramática escena. Sus ojos brillan cuando pronuncia el nombre de ella, y sin saber exactamente porque, siento celos.

—¿Y porque iba a parecerme extraño? Parece un caso clásico de trastorno neurológico... —comento encogiéndome de hombros.

—Eso parece, ¿verdad? Pero en realidad no tiene historial médico que lo evidencie, nunca le ha pasado nada similar y la mujer dice que él no habla italiano, pero miente después y dice que sí lo hace, creo que por temor. Además, el nombre que el paciente decía era el suyo, corresponde al de un médico italiano que murió hace décadas en Bari, lo localicé en los registros; es una pena que haya conseguido el dato después de haberle dado el alta, porque al despertar se comportó de forma natural diciendo ser la persona que evidenciaban sus documentos y alegando una fuerte migraña. No tuve alternativa pues no tenía alteraciones fisiológicas —manifiesta y me quedo completamente absorta en su relato apasionado.

—Eso sí que es muy, muy extraño —conuerdo cruzándome de brazos en franca incredulidad y elaborando posibles respuestas.

—Ni que lo digas. He tratado de contactarla por mensajes y llamadas, pero ha sido inútil —dice, y ahora es él quien agita los brazos y los deja caer en derrota sobre sus muslos.

Unos pocos segundos y casi perdemos la parada porque me he quedado distraída en su historia, y al ver que las puertas van a cerrarse, me pongo en pie con toda la velocidad que mi atuendo permite y lo agarro del brazo para que se una en mi escape hacia fuera del tren. El contacto espontáneo con su musculoso cuerpo despierta emociones conocidas en mi estómago y por un instante sonrío para mis adentros. Salimos en precipitada carrera y nos dirigimos a la calle para agotar la corta distancia a mi casa. Ha parado completamente de llover, y a pesar de que no hay mucho sol, tampoco hay muchas nubes. Continúa en su lamento por no haber retenido el paciente e insiste en que la chica debería contestar su

teléfono, aunque parece más interesado en ella que en el propio caso clínico. Resisto la tentación de compartir mis pensamientos pues sé perfectamente que sonaré como que me importa (aunque supongo que así es). Subimos a casa y le invito a un café antes de preparar la ruta turística con él. Mi sala tiene un sofá moderno en tonos beige con sillones reclinables; me ha costado una fortuna, pero es genial para ver el televisor de 52 pulgadas que me he regalado esta última Navidad. Sobre todo, porque tiene una mesita portátil al centro donde puedo poner una botella de vino y mi copa cuando quiero sentarme a ver maratones de series criminales en el fin de semana. Marco se apodera de uno de los sillones y se acomoda encantado mientras presume la coincidencia de tener uno igual en su apartamento. Voy a la cocina y escojo una variedad de granos de café traídos en mi último viaje desde mi natal República Dominicana. Solo lo uso en ocasiones especiales porque voy una vez al año y no puedo traer tantos paquetes. Lo coloco en la moladora y enseguida el aroma de virutas de cedro fresco mezcladas con cáscaras de manzanas de oro maduras se filtra en mis sentidos y cierro los ojos para aspirarlo un poco más antes de ponerlo en la cafetera. Mi visitante no puede resistir el perfume que ha inundado todo el lugar y se acerca con curiosidad.

—¿Italiano? —dice acercándose con las manos en los bolsillos.

—Dominicano —replico con orgullo y se lo paso para que pueda olerlo de cerca.

—Tiene una fragancia exquisita —responde mientras me devuelve el recipiente.

—Y un sabor aún más delicioso. ¿Quieres azúcar en el tuyo? —le pregunto a la vez que preparo la cafetera y la coloco al fuego.

—No para mí —contesta y se acomoda en una de las banquetas del desayunador.

—Qué coincidencia. También lo prefiero sin azúcar —agrego y escojo un par de tazas transparentes.

Me mira con detalle apreciando cada uno de mis movimientos sin pronunciar palabra. Su silencio es inquietante y le pido que se encargue del café mientras cambio de atuendo. Asiente con una sonrisa y voy a la habitación con los nervios de punta. Quizás deba darme una ducha... él está fresco como una lechuga y a mí el vaivén del día ya me ha hecho sudar. Me deshago del vestido violeta sin mucha ceremonia y entro a prisa en el cuarto de baño. Dejo que el agua fría recorra mi piel acalorada y deslizo el aceite de almendras dulces por todo mi cuerpo permitiendo que haga su magia. No me toma más de tres minutos refrescarme. Salgo envuelta en mi bata para atravesar el espacio que me separa de la habitación y encuentro su figura irresistible de pie en el pasillo y a punto de tocar la puerta mientras hace malabares con una taza de café en cada mano.

—Lo siento. No sabía que estabas dándote una ducha —dice y baja el rostro ligeramente sorprendido.

—Decidí refrescarme rápidamente. Gracias por traer el café. Me gusta caliente —replico y le guiño un ojo con una picardía que desconozco en mí al tiempo que extiendo mi mano para coger la taza.

—Eso pensé. Iré a esperarte en el estar —expresa alejándose ceremoniosamente con pasos lentos hacia atrás y sin darme la espalda, levantando la taza al aire en un brindis invisible.

Me apresuro para cambiar de ropa, arrepintiéndome enseguida de mi comentario atrevido. Normalmente soy arrojada cuando un hombre me gusta y si creo que soy correspondida me da igual tomar la iniciativa, pero con Marco tengo una relación comercial y tal vez no deba mezclar las cosas en este punto. Por otro lado, en dos días se vuelve a Roma y quizá esto no sea más que una aventura de una noche que me traerá sonrisas cuando la recuerde. Es el gran dilema de atreverse a todo o quedarse con las dudas. El café se enfría en mis manos, muerdo mis labios esperando haber tomado la

decisión correcta al dejarlo marcharse al estar, hago las paces con mi fiera interna y busco una ropa fresca y zapatos cómodos para ir a pasear.

Capítulo 4

He encontrado los vaqueros que mejor me quedan y busco unas sandalias cómodas para caminar que hacen juego con mi camiseta blanca que grita en letras de lentejuelas rojas «*GirlPower*». No me siento muy poderosa luego de la escenita del pasillo y todavía estoy enojada conmigo por no saber lo que quiero en este momento. Quizás si Marco hubiera avisado que venía, con al menos un par de días de anticipación, pensaba esta situación mejor, pero el simple hecho de que daba por descartado este encuentro me toma completamente desprevenida. Miro la imagen en el espejo y, a pesar de que sigo inconforme con mi cabello hoy, coloco algo de polvo en mi rostro, un toque de rubor y pinto mis labios con un color rojo desafiante que compré hace poco en el supermercado de la esquina, bajo la promesa de que no se quedaría pegado en mi ropa (ni en la de nadie más). Tomo un último sorbo de café y compruebo que la taza no se ha manchado con el labial... vamos bien. Me pongo una cartera pequeña en la cintura y camino decidida hasta la sala. Mi visitante está recostado en el sillón con el móvil en las manos, escribiendo lo que parece ser un mensaje.

—Maura quiere libre el lunes. Le estoy respondiendo que puede tomarlo porque regreso el jueves... o quizá me quede un poco más. Hace mucho que no tomo vacaciones —dice sin que yo le haya preguntado.

—Maura es un sol. Merecería libre toda la semana, la haces trabajar demasiado —replico a sabiendas de que no ha preguntado mi opinión.

—¿Ya sabes dónde vas a llevarme? —pregunta, ignorando mi comentario y poniéndose de pie.

—Pues podemos ir al Barrio Gótico y después a Las Ramblas. Ya es tarde para ir al Parque Güell y necesitamos reservar para ir allí y a la catedral de la Sagrada Familia también. Si quieres podemos comprar entradas para ir mañana o el domingo —contesto y espero su reacción.

Se acerca con pasos muy cortos, mirándome con aquellos océanos vibrantes que recorren desde mis pies hasta mis desacomodados cabellos. Ya está demasiado cerca y es inevitable sentir el calor que despide su cuerpo. De pronto una de sus manos está en mi espalda y se desliza sutilmente hasta mi cintura atrayéndome hacia él, desengancha la cartera que se interpone entre nosotros y deja que caiga al suelo. Siento que, como un imán, nuestros rostros se acercan y está pasando tan despacio que no sé si soy yo quien busca su boca o es él quien finalmente encuentra la mía. Un completo silencio nos rodea y sus labios carnosos y húmedos se funden en mis labios con impaciencia. Dejo que su calor me envuelva y me dejo perder en un instante que parece eterno. Mis manos suben a su cuello y mis dedos se enredan en su cabello suave. Sus manos ya me rodean por completo y siento la creciente necesidad de encerrarme en su piel. El vacío en mi estómago se convierte en el más primitivo de los deseos y profundizo el beso olvidando todos los impedimentos que hace solo unos minutos había repasado, para llevar esto hasta un punto de no retorno. Siento sus manos que suben por debajo de mi blusa y lo dejo que me la quite. Vamos hasta el sillón y continuamos como un par de colegiales besándonos con pasión. Siento ya todo su cuerpo encima de mí y en medio del jadeo de su respiración lo escucho susurrar en mi oído.

—Te deseo con todo mi ser, pero ¿estás segura de que quieres hacer esto? —dice muy bajo y entonces lo interrumpo.

—Estoy segura —respondo sin titubeos y es la pasión la que habla ahora.

Desabotono su camisa como puedo y descubro su pecho, es mucho más de lo que imaginaba; él se pone de pie y termina de desnudarse, quedándose solo con un bóxer negro. Me levanta del sillón atrayéndome hacia él nuevamente para besarme, haciendo que dé pasos hacia atrás de camino hasta la habitación. Estamos frente a la cama, que no he tendido debidamente porque no esperaba recibir visitas en esta. Marco desabrocha mi pantalón para bajarlo despacio y acariciar cada centímetro de mis piernas hasta que me lo quita. El fuego en su mirada, cuando sube, dice que por el momento no vamos a salir de esta habitación. Ya en la cama, no pienso más que en su intoxicante aroma a verano fresco y en que hace más de seis meses que no practico el arte de hacer el amor. Pero como todo lo que bien se aprende no fácil se olvida, pronto estoy cooperando de todas las formas posibles para que este encuentro sea inolvidable para los dos. Antes de que sea demasiado tarde, extendiendo la mano hacia la gaveta de mi mesita de noche donde guardo preservativos, no confío más que en mis propios ingredientes para esta receta. Hacemos el amor con toda la pasión que la buena química permite, y fuera se escucha la lluvia desatada de nuevo, también apasionadamente. Esta ruta turística de sus labios a través de mi pecho es mucho más interesante que un recorrido en el Barrio Gótico bajo el agua. Supongo que habrá tiempo para que hagamos eso después... pero no ahora, ahora solo me pierdo en la cadencia de sus muslos bien formados y de sus manos fuertes desatando todos mis demonios internos, hasta que estallo en un quejido breve y silencioso y repetimos toda la coreografía una vez más.

Marco no ha decepcionado en lo absoluto. Mientras nos escondemos debajo de las sábanas, con su mirada de océano me atraviesa y el cabello alborotado lo hace parecer un adolescente. Me provoca risa y es inevitable soltar una espontánea carcajada. Arquea las cejas en sorpresa y me pregunta lo que me parece simpático de la situación.

—Tu cabello... ha quedado un poco... rebelde, digamos —le comento acomodándolo con una de mis manos, aunque solo es un pretexto para tocarlo otra vez.

—Si vieras el estado de tu labial no estarías riendo —dice, y vuelve a besarme con irreverencia.

—La lluvia ha cesado. ¿Será que ahora sí vamos a pasear? —le pregunto cuando puedo separar mi boca de la suya.

—¿Tienes prisa por salir?, ¿o estás escapando de una conversación incómoda? —inquire en broma, pero creo que habla en serio.

—Marco, soy adulta y dueña de mis decisiones. Creo que la hemos pasado muy bien, pero no hay que «conversar» sobre nada. Me gustas, te gusto, así son las cosas. Ahora, si quieres, nos vamos al Barrio Gótico, a bailar o si tienes fuerzas nos quedamos aquí y seguimos un rato más —le expreso sin ocultar mi exasperación por su actitud de caballero de armadura andante.

—¡Ja, ja!, te molestas muy rápido, Rachele. Me gustas mucho, admito que desde antes de conocerte en persona, y ahora solo me gustas más, pero sí sabes que no soy... de esos hombres que tienen una relación, novia y esas cosas, simplemente no tengo tiempo para eso —me dice con el rostro serio como quien acaba de develar un gran secreto.

—Te escuchas como un galán de telenovela de los ochentas. Solo nos acostamos y tú estás hablando... ni siquiera sé de qué hablas. Necesitas tomar una cerveza, pero ya —le propongo poniéndome de pie ante su comentario que me deja desconcertada, porque con todo lo que hemos hablado creo que ya debería conocerme un poco mejor.

—Bien, bien... solo quería... dejarlo claro —agrega dejando ver su sonrisa devastadora y

solo pienso en que podría morder esos labios un rato más.

Son casi las seis de la tarde, creo que estuvimos retozando un buen rato. He tomado otra ducha y ya tengo otra vez puesta la ropa que horas antes dejé por toda la casa, repito el proceso con mi labial, que no resultó tan efectivo, pero igual me queda espectacular. Marco ya está completamente vestido y peinado en la sala, tomando los restos de café frío que quedaron en la taza sobre la mesa. Esta vez no interrumpimos la salida y partimos a encontrarnos con algunos compañeros de la oficina en un bar del Barrio Gótico. He decidido llamar a Maite, a Paula y a Rodrigo, el coordinador de Mercadeo, y así de paso conocen mejor al médico que tanto han tratado todos de capturar para nuestra campaña. Hemos esperado un buen rato el autobús, y cuando al fin llega apenas encontramos espacio para sentarnos en lugares distanciados. Aprovecho el momento para actualizar un par de mensajes que no he respondido, entre ellos uno muy largo de Laia diciendo cualquier clase de cosas sobre el almuerzo.

Laia: ¡Amiga! Pero si el tipo está mejor de lo que lo pintabas. Asumo que a estas horas ya estás dándole un *tour* por el apartamento. Apenas he salido de la oficina hace media hora, avísame si nos vemos.

Dudo en invitarla al bar, y mientras me debato ante la idea, me ha llegado un mensaje de Paula.

Paula: Maite no irá, dice que ya no está para paseos nocturnos. Le ha dicho la dirección del bar a Ángel y él dice que nos verá allí a las siete. Yo ya estoy de camino.

Un mensaje nuevo parpadea nuevamente en mi pantalla. Esta vez es Marco que, desde su asiento a unos pasos de mí, escribe. Levanto la mirada hacia su dirección y le sonrío antes de continuar la lectura.

Marco: ¿Seguro que no pierdes la parada esta vez?

Raquel: Falta una más.

Marco: ¿Iremos a bailar?

Raquel: ¿Quieres ir a bailar?

Marco: Quiero que me enseñes a bailar. Eso que bailan en tu país...

Raquel: ¿Merengue? ¡Ja! puedo intentarlo.

Marco: Seré un alumno dedicado.

Raquel: El ritmo lo tienes o no... mi dedicación y tu esfuerzo no harán la diferencia, pero como dije, puedo intentarlo.

Marco: Parece que hablaras de una carrera universitaria.

Raquel: Casi lo es... ¡Esta es nuestra parada!

Coloco el móvil en la cartera de cintura y me ubico en la cola de la puerta para bajar. Marco se instala detrás de mí, sujetando mi cintura mientras salimos del autobús. Me separo de él tan pronto estamos en la calle y comienzo a caminar con prisa en dirección a la catedral haciendo señales para que me siga. Tampoco andaremos de pareja en la calle, y que lo sepa desde ahora. La ciudad de Barcelona luce tan alborotada como cualquier viernes en la tarde y el espíritu de las fiestas de La Mercé ya se siente en todos lados. No son hasta el próximo fin de semana, pero ya han empezado a instalar las tarimas para los conciertos y los carteles están por doquier. Mientras me concentro en hablar sobre la belleza del edificio de la Catedral Gótica, noto que hablo sola porque Marco se ha quedado detrás escuchando a una mujer que canta ópera detrás de la iglesia. Me devuelvo en mis pasos y disfruto de su éxtasis con el espectáculo callejero.

—*O mio babbino caro* es una de mis composiciones preferidas —dice y saca un billete de su bolsillo para entregar a la cantante.

—No soy muy fan de la ópera —contesto mintiendo, porque sería oportunista decirle justo ahora que dejé el canto lírico a los diecisiete cuando comencé a vivir aquí, en Barcelona. No quiero que piense que estoy buscando coincidencias.

—Yo sí. Creo que la disfrutarías tanto como tu merengue —comenta haciendo el ademán de un paso divertido.

—Dudo que puedas bailar ópera... pero, en fin, ya que no te interesa mucho mi educativa conferencia sobre las iglesias, ¿te importa si comemos algo aquí cerca antes de entrar al bar? —le pregunto señalando un lugar de tapas al frente.

—Para nada... de hecho, muero de hambre —contesta y me da el paso con su mano, ceremoniosamente.

El sitio todavía está vacío, así que podemos ordenar sin inconveniente. Es la segunda vez que nos sentamos juntos a la mesa en menos de ocho horas y sería injusto decir que me molesta la situación, por el contrario, me encanta hablar con él en persona mucho más que por simples mensajes en el teléfono. Espero que la multitud de esta noche no arruine todo.

Capítulo 5

De camino al bar, Marco ha vuelto a mencionar a la prometida de su paciente. Insiste en que le cuente sobre mi país y de repente se le ha ocurrido que tal vez un día pueda visitarlo conmigo, lo cual parece bastante loco tomando en cuenta todo lo que dijo antes sobre las relaciones. Tal vez es normal que los médicos se entusiasmen cuando encuentran situaciones así. Lo escucho con paciencia y sin interés, pero ya estamos entrando en la terraza, y desde una mesa en la esquina, Paula agita su mano y agradezco que nos interrumpa. Casi no salgo con ella, es mucho más joven que yo. Y si bien envidio un poco su capacidad de lucir impecable en la oficina sin importar la fiesta de la noche anterior, la verdad es que me recuerda a la Raquel de hace unos años que amaba apasionadamente y disfrutaba sin reparos de todo lo que la vida traía. La Raquel de antes, la que no tenía el corazón roto en mil pedazos y no pensaba en que todos llegaban con segundas agendas. Y es que el dolor es capaz de hacer invisible cada recuerdo feliz y de transformar la esperanza en remordimiento para cerrar las puertas de la sanación, porque este necesita alimentarse de tu tristeza para permanecer vivo y, si no puedes detenerlo, te destruirá. Pero tienes la opción de usar su fuerza en su contra y crear con ella tu armadura, para protegerte y no permitir jamás que alguien pueda herirte. Y eso es lo que he hecho yo. Protegerme.

Paula no tiene novio, o quizá sí tiene y no estuve prestando atención. Acabo de notar que hay alguien caminando hacia ella al igual que nosotros. Es Ángel. Apenas llegamos y el lugar comienza a abarrotarse. Ya Paula, diligente, ha pedido un balde con cervezas que el mesero deposita en la mesa casi al mismo tiempo que Marco y yo nos sentamos.

—Rodrigo viene en un rato —dice Paula mientras abre su cerveza.

—Siempre impuntual —respondo reconociendo que de seguro anda en alguna otra fiesta y se unirá en algún momento.

—Ángel, eres nuevo en el equipo. A Maite ya la conocía. ¿Cuándo te veremos en Roma? —le pregunta Marco tratando de hacer que se sienta bienvenido.

—Espero que pronto, Dr. Stasio. Si logro convencerlo de trabajar con nosotros. Su visita al congreso terminará de persuadirlo, estoy seguro. Hemos preparado... —comienza su discurso un muy entusiasta Ángel, cuando Paula lo interrumpe.

—No, no. Nada de trabajo. El Dr. ha venido a pasar un viernes con nosotros, ya tendrán tiempo de hablar el lunes. ¡Mejor cuéntenos qué le ha parecido la ciudad! ¿Ha visitado muchos lugares esta tarde con Raquel? —dice Paula mostrando mucho interés en la respuesta.

—De hecho, no tanto —contesta y hace una pausa para mirarme y quiero matarlo allí mismo.

—¿Ah no? —replica Paula con cara de sorpresa.

—No. Bueno, lo que pasa es que ha estado lloviendo y hemos visto poca cosa. Sí hemos visitado la hermosa catedral y el Barrio Gótico y espero que podamos ir en el fin de semana a la Sagrada Familia y a la casa de Dalí —explica enseguida salvando la situación.

—Debe ir al Palau de la Música. Hay muchos conciertos interesantes si le gusta la música, claro. ¿Se quedará para las fiestas? —le pregunta Ángel motivando su curiosidad.

—¿Fiestas? Mi guía turística no me ha dicho nada de ninguna fiesta —se sorprende Marco

mirándome nuevamente.

—Claro que te dije. Solo que estabas embelesado escuchando cantar a la señora de atrás de la iglesia. Te decía que por eso había tarimas por todos lados —replico en mi defensa.

—Pero hablaste de la fiesta de la virgen, ¿no? Pensaba que era alguna celebración religiosa —dice con el rostro confundido.

Todos en la mesa reímos contagiosamente. No he nacido aquí, así que permito que sea Paula quien le explique. Para mí también, cuando vine a vivir a Barcelona, fue confuso al principio entender que todos los conciertos, actividades y fuegos artificiales eran en realidad para la virgen. Y fue más confuso todavía que las festividades duraran prácticamente durante toda una semana. Sin embargo, con los años me fui acostumbrando a la diversión interminable de esos días y al flujo de turistas que llega de todos lados para disfrutar los conciertos, maratones y el sinnúmero de cosas distintas que hacer en la ciudad. Sé que en algún momento hablamos de lo positivo de realizar el congreso cerca de esas fechas para que los asistentes se quedaran a las conmemoraciones. Y allí estaba Paula contando todo el itinerario que disfrutaría si se quedaba el resto de la semana.

Las cervezas siguieron llegando, y en una amena velada a la que Rodrigo no llegó por alguna excusa que he olvidado ya, le siguieron unos bocadillos y una caminata por Las Ramblas para llegar casi a la medianoche con los pies agotados al momento de la despedida. Todos habíamos dejado el coche, así que decidimos compartir taxi para volver a nuestras casas. Paula vive a poca distancia de la oficina, así que de inmediato ofreció compartir el taxi que dejaría a Marco en su hotel. Me despido entonces de él con un beso en cada mejilla, ante su mirada interrogativa; abrazo a Paula y nos damos las buenas noches, para después subir al taxi con Ángel que me indicó que, casualmente, vive de camino a mi barrio. De inmediato entro al coche, recuesto la cabeza sobre el asiento en señal de cansancio.

—¿Agotada no? Tu día empezó temprano —afirma Ángel con ese acento que casi reconozco.

—Muy agotada... Ángel. He estado por preguntar todo el día... pero tu acento, me es familiar. ¿Eres dominicano? —digo ya sin resistir la curiosidad.

—¡Ja, ja, ja, sí que lo soy! Vine a hacer mi maestría aquí hace un año y me ofrecieron trabajo, así que me quedé. Pero la verdad es que no todo el mundo se da cuenta de que soy de la isla —contesta sorprendido.

—Es porque tu acento es algo diferente, pero de todas maneras puedo identificarlo. En mi caso las personas simplemente no me creen que soy «de la isla» como dices tú —replico divertida.

—¿Tú?, ¿dominicana?, ¿de verdad? Pues qué alegría encontrarte. No lo hubiera adivinado. Te escuchas como toda una local. Y te ves... —dice, y su comentario queda suspendido en el aire.

—¿Me veo cómo? No me vengas con prejuicios, que sabes que si algo tenemos los dominicanos es que podemos vernos de cualquier manera. En fin, soy domínico-española, mi madre es de Murcia, pero yo nací en Santiago, República Dominicana. Vivo en España desde los catorce años y ya solo voy de vacaciones. ¿Qué hay de ti, hace cuánto que no vas? —lo interrogo.

—Pues he regresado hace un par de meses, justo antes de entrar a trabajar en la oficina de Madrid. ¿Y tú? —me pregunta

—Unos seis meses. Pasé las vacaciones de Semana Santa en Puerto Plata —contesto en complicidad.

—Y que sepas que no me refería al aspecto físico, sino más bien a que te ves... adaptada —explica, y me doy cuenta de que la prejuiciosa he sido yo, que ni siquiera lo he dejado

hablar.

El taxi ha llegado a mi casa mientras disfrutamos recuerdos de mi tierra natal y me pongo nostálgica. Nos despedimos con un abrazo honesto, y su perfume vuelve a embriagarme tal y como lo hizo en la mañana. Bajo del coche y abro el portón para alejarme antes de que cobre vida alguna loca idea; ya bastantes he tenido hoy, o, mejor dicho, ayer... ya es sábado.

Entro a la casa y paro en la cocina por un vaso con agua, la tomo y lo relleno para llevarlo conmigo a la habitación, me dejo caer en la cama desarreglada, testigo de los malabares anteriores. Me quito la ropa como puedo y, a regañadientes, peleando conmigo misma, me levanto para quitarme el maquillaje. Mi celular vibra con desesperación en la bolsa y, mientras cepillo mis dientes para dormir, lo levanto para leer los mensajes de Paula, avisando que está en casa, y de Marco, que por lo visto tenía su propia agenda para esta noche y la estropeé al subir al taxi con Ángel. Dice también que me llamará por la mañana para retomar la agenda turística, pero por el momento solo puedo pensar en descansar.

Hablar con Ángel esta noche ha traído recuerdos maravillosos de una fracción de mi vida que mantengo sepultada la mayor parte del tiempo: mi niñez y adolescencia en Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Hace casi trece años que abandoné el único colegio y a los únicos amigos que había conocido para venir a España con mi madre, a lo que se suponía eran las vacaciones de verano en las que cada año visitábamos a mis abuelos. En esa ocasión ella esperó hasta el último instante para decirme que no regresaríamos con mi padre y que ya estaba inscrita en una escuela de Murcia. Normalmente, él nos acompañaba en ese viaje por lo menos unas semanas, sin embargo, su ausencia no me resultó extraña porque sabía que su negocio estaba recién inaugurado y no podía alejarse prolongadamente. Además, hablábamos con regularidad y él tampoco había provocado sospechas.

Una nube de lágrimas ya se asoma impetuosa al recordar esa triste conversación en la que dije tantas cosas que mi madre no merecía escuchar...

—¡Tengo derecho a decidir dónde quiero vivir!

—Raquel, soy yo quien tiene tu custodia. Podrás ir en las vacaciones de la escuela y él puede venir a verte cuando quiera.

—¡Tengo derecho a decidir dónde quiero vivir!

—Cuando seas mayor entenderás. ¡Por el momento esto es lo que hay!

Desde ese día en adelante, entre nosotras todo era discusiones por cualquier razón. Vivíamos con mis abuelos, que hacían de árbitros cuando mi rebeldía le arrancaba las lágrimas a mi madre y cuando su silencio me las arrancaba a mí. Los primeros fueron meses difíciles y me sumergí en la biblioteca de la casa, refugiándome en libros, donde podía vivir en mundos paralelos, todos mejor al que tenía alrededor de mí en esos años. Todavía doy gracias al cielo de que me convertí en un ratón de biblioteca y no en cualquier otra cosa, que, pensando en las circunstancias, era una perfecta posibilidad. Unos meses más tarde, en mi primera visita a la isla para ver a mi padre luego del divorcio, la Navidad arrojó un balde de agua fría que me trajo de vuelta a la Tierra y entonces él fue el objeto de mi ira, tal y como lo es aún hoy, cuando entendí por qué mi madre lo había dejado.

Por suerte, ya he removido mi maquillaje, de lo contrario tendría un aspecto de mapache por todas las lágrimas que ahora llenan de adarce mis mejillas. El sueño vence y me dejo ganar sin protesta, mañana ya habrá tiempo para recordar.

Capítulo 6

He dormido de corrido hasta las diez de la mañana. Algo raro porque suelo despertar cual reloj siempre a las seis, sin importar a qué hora me haya acostado, aunque vuelva a dormir. Pero o bien estaba anoche muy cansada o desperté y volví a dormirme, aunque no lo recuerde. La realidad es que me siento extraña hoy, en todos los sentidos. Debería a estas horas estar en mi clase de zumba y, por el contrario, estoy ataviada en una bata de dormir de cuestionable antigüedad, pero muy cómoda, de camino a buscar mi elixir de vida a la cocina. Mi móvil estremece con su vibración intermitente la mesita del pasillo donde lo dejé anoche recargando baterías. Sea quien sea puede esperar a que me tome al menos el primer sorbo de café. El sonido inquietante no cesa y decido ir a buscar el aparato mientras espero a que las burbujas comiencen a subir en mi cafetera eléctrica. Solo tengo mensajes de Marco y una llamada perdida suya, así que procedo a llamarlo antes de leer... es más rápido así.

—¡Buenos días! —me responde una voz entusiasta al otro lado del auricular.

—Estás muy animado hoy. Las cervezas no te hacen el mismo efecto que a mí, supongo.

—Llevo un buen rato escribiéndote, pero no has leído mis mensajes. ¿Estás bien?

—Acabo de levantarme, señor, justo iba a tomar café.

—Ángel me ha escrito temprano para recogerme en el hotel y mostrarme un par de lugares. ¿Te unes? Pensé en que luego te recogeríamos a ti. Ya debe estar abajo en el recibidor.

—¿Ah sí? Pues me alegro de que inicien temprano el recorrido. Yo voy a pasar. Tengo que enviar un par de correos y me he levantado hace unos minutos solamente. Me avisan un poco más tarde donde están y los alcanzo, ¿sí?

—¡Oh! De verdad esperaba que vinieras, hablé de irnos a la playa, ¿recuerdas? Lo discutimos anoche en el bar.

—Ya recuerdo. Pero igual me uno a ustedes por la tarde en la Barceloneta, ¿está bien?

—De acuerdo. Te veo en la tarde, entonces. Te mandaré nuestra ubicación.

Si bien se escuchaba decepcionado en el teléfono, yo lo estaba aún más que él. Pensaba que íbamos a poder compartir a solas este fin de semana, pero Ángel quiere ser buen anfitrión y es justo esta sensación la que quiero evitar. Afectar mi trabajo... no puedo molestarme con ninguno de los dos. Estas horas me servirán para pensar en mi situación, y lo que quiero en este momento es deshacerme de estos sentimientos de nostalgia que he revivido anoche y de esta necesidad de controlarlo todo que no hace más que mortificarme inútilmente.

Llamo a Laia y le pido que nos reunamos a desayunar en la sala de té que queda a pocos pasos de mi casa. Saco del clóset un vestido corto con un estampado de hortensias azules y tirantes gruesos. Me calzo unas ballerinas plateadas que ya están cansadas de recorrer la ciudad, pero siempre resistirán un paseo más. Pongo brillo en mis labios y amarro mi cabello en una coleta dejando que los rizos más rebeldes se resbalen por mi rostro. Tomo una bolsa cruzada pequeña y entro el teléfono, mi monedero y mi brillo labial. No necesito más... salgo a la calle con la actitud de la luna llena en una noche clara, dispuesta a vencer

todos mis temores. El Paseo de la Bonanova está tan concurrido como cualquier otro sábado, y mientras camino por la acera sin prisa, pasan a mi lado, de vez en cuando, los antes transeúntes en sus patinetas eléctricas volando a centímetros del suelo. Tendré que comprarme una de esas, pronto... solo uso mi coche para pasear los fines de semana porque siempre voy en tren y bus a la oficina, pero esos aparatos me encantan y no sé por qué todavía no he comprado el mío. Llego al salón de té y, para mi sorpresa, ella me ha ganado esta vez y levanta la mano desde su mesa con algarabía. La beso en ambas mejillas y me siento; haciendo señas a la dependienta, le pido que me traiga un *chai latte* y un cruasán.

—Me has sorprendido amiga —digo aludiendo a que, de las dos, siempre soy yo la puntual.

—Estaba muy cerca de aquí, iba a pasar por tu casa. Me has ahorrado dos cuabras al llamarme —se explica encogiéndose de hombros.

—Pues estamos para servir —bromeo.

—Pues ya... cuéntame. Qué ha pasado —pregunta curiosa.

—Pues eso... ha pasado de todo. Ha pasado tanto, que no le mostré de la ciudad más que el Barrio Gótico —explico en tono pícaro.

—Ah, pero es que se notaba a los dos que estaban por saltar uno encima del otro en cualquier momento, amiga. Tienen ustedes una química que salta a la vista —comenta como quien escucha una noticia que ya conocía.

—¿Y de verdad puedes decir eso con solo vernos una vez, Lai? ¡No seas exagerada! —señalo incrédula ante su afirmación—. Lai, por favor... me gusta, no lo niego. Pero ni siquiera vive en este país. Bien sabes que para él son unas vacaciones y para mí, pues, buena falta que me hacen también —agrego minimizando su comentario.

—Sé que puedo escucharme muy necia con este discurso, pero me da igual que lo creas o no. Mi deber es decirte. Si no sanas la relación con tu padre, seguirás con esa locura de que no naciste para quedarte con alguien. No quieres hacer nada de lo que te digo y me tachas de loca, pero en realidad ¿piensas que esta obsesión tuya por negarte al amor no tiene que ver ni un poco con eso? —expone resuelta a pelear conmigo otra vez por lo mismo.

—¡Ya vuelves con esa tontería! Tengo las relaciones que tengo porque así lo quiero y lo decido. Y estás adelantándote esta vez... me gusta Marco, lo admito, muchísimo, pero en este caso es él quien no busca una relación, así que me resulta perfecto —digo completamente convencida.

—Ahora tal vez lo dice, amiga, pero te garantizo que aquí hay algo más que sexo, ¿me oyes? Tal vez ni él mismo lo sepa todavía, pero ya lo descubrirá. Solo espero que tú estés lista —vaticina con aquella mirada que me asusta.

—Siendo tan progresista, soltera, independiente y defensora de los derechos de las mujeres, me sorprende que a mí si quieres atarme a otra persona, cuando tú misma no lo estás —respondo molesta, como siempre hago.

—Pero la gran diferencia es que yo sé muy bien lo que quiero. Tú en cambio, mi querida Raquel, no quieres nada. Y eso es, justamente, una bomba a punto de estallar. Llevas tu armadura inexpugnable y te pierdes la posibilidad de una experiencia maravillosa. Ser fuerte, independiente, progre, como dices, no es sinónimo de soledad, te lo he dicho muchas veces. Pero escuchas solo lo que quieres... por eso te digo, cuando él se dé cuenta, espero que estés lista —reclama, y creo que por hoy se da por vencida.

—Se ha ido a la playa —rompo de forma abrupta porque ya no la quiero seguir escuchando.

—¿Y se ha ido solo? —pregunta con sorpresa.

—No. Lo ha llevado alguien de la oficina. El sustituto de Maite, que resulta ser

dominicano. Hemos salido todos juntos anoche —le revelo.

—Para eso si no llamas... a mí me llamas para tomar té. Debes ser la peor amiga del mundo —replica aparentando molestia, pero estoy segura de que exagera, pues rara vez toma alcohol, apenas un poco de vino.

—Pues permíteme compensarte. He prometido unirme a ellos en la Barceloneta en la tarde. Vayamos juntas —respondo buscando apoyo moral.

—Pues qué casualidad que traigo el traje de baño perfecto, ¡siempre que vayamos a la playa nudista! —replica graciosa.

—No iremos a una playa nudista con un empleado mío. Vayamos a casa y busquemos un bañador para ti, comemos algo y tomamos el bus. Voy a llamar a Marco para avisarle —digo sin esperar respuesta.

Laia es de esas personas que suele predecir los acontecimientos con certeza espeluznante. Me abruma a veces con sus sentencias definitivas, pero debo concederle que rara vez se equivoca. Sabe cuando alguien tiene buenas intenciones, cuando un hombre solo quiere ligar y hasta cuando debes salir con el paraguas. Con ella es mejor mantenerse de buenas, porque parece conocer los secretos del universo y tal vez un día me los diga. Salimos juntas en dirección a mi casa y, mientras caminamos, observo los árboles estáticos y los coches desfilando impacientes. Escucho a mi amiga parlotear a mi lado, pero mi pensamiento ha viajado a otro tiempo y espacio, impulsado por los comentarios que ha vuelto a hacer sobre mi padre. Un chico a la velocidad de la luz en su bicicleta pasa muy cerca de mí y el susto me despierta, hemos llegado a casa.

Mientras Lai escoge uno de mis bañadores, escribo un mensaje a Marco; pasa del mediodía y tal vez lleguemos a tiempo para almorzar. Poco después timbra mi móvil y es él quien me llama.

—Hola, me alegra que hayas cambiado de opinión —dice y noto el entusiasmo en su voz.

—¿Y cómo te ha tratado Ángel? —pregunto con curiosidad.

—Bien. Es un anfitrión muy considerado. Creo que puedes estar tranquila en la ausencia de Maite. ¿Te esperamos para almorzar en la playa, entonces? —me inquiere.

—Laia y yo estaremos en una hora en el restaurante que te he escrito en el mensaje.

La llamada es breve y mi amiga, ya ataviada en mi bañador dorado de una pieza, modela con coquetería frente al espejo de cuerpo completo en la habitación, mientras escucha mi conversación. No dice nada, pero sé que piensa un montón de cosas que no compartirá porque está evitando una pelea. De mi parte, no pienso bañarme en la playa esta tarde. Ángel es un empleado nuevo al que apenas conozco y, quiéralo o no, soy su jefa. No es que no pueda ir a la playa con compañeros de trabajo, pero por alguna razón, con este en particular, prefiero esperar. Digamos que es un presentimiento de esos que seguro me ha contagiado mi clarividente usurpadora de bañadores.

Me cambio con unos pantalones cortos blancos con infinitos girasoles anaranjados. Una blusa blanca de tirantes y sandalias del mismo color. Recojo mi cabello con una pinza, el día está caluroso. Me coloco en el rostro un protector solar, algo de brillo en mis labios, rubor en las mejillas y delinear mis ojos con un lápiz azul oscuro. Es todo el maquillaje que llevaré hoy. Laia, por el contrario, se ha colgado uno de mis vestidos floreados cortos en sustitución de sus jeans y camiseta. Se ha puesto un color rubí en los labios y ha soltado su melena dorada que antes llevaba colgada en un moño, y ahora parezco una colegiala delante de su elaborado atuendo.

—Pero, Lai, que vamos a la playa, no a una fiesta —le digo sin evitar una sonrisa burlona.

—El hombre de mis sueños está por ahí, Raquel. ¡Vamos, que Venus ha entrado en Virgo, déjame disfrutarlo! —me responde y la miro con severidad, tal y como lo hago cada vez que me viene con una de sus ocurrencias astrológicas.

Suspiro con desdén y opto por ignorarla, mientras me pongo las gafas de sol y camino hacia la puerta de salida. Ella me sigue, dando giros infantiles para hacer flotar la corta falda del vestido y temo que, si ya resulta una minifalda para mí, pues para ella que es mucho más alta que yo, es casi una blusa, pero en fin... vamos a la playa.

Capítulo 7

Esta mañana de domingo es una que recordaré por mucho tiempo. La impaciente vibración de un móvil en alguna parte me trae a la realidad una vez que abro los ojos. La elegante lámpara victoriana en el techo es mi primera señal de que no he despertado en mi cama. El edredón beige que me cubre y las mullidas almohadas bajo mi cabeza, no se parecen en nada a las de mi habitación y la camiseta que traigo puesta tampoco es mía. Los acontecimientos de la noche anterior vuelven a exhibirse ante mí como una película antigua, mientras me incorporo en la cama sin hacer mucho ruido. Miro a mi alrededor y sonrío por dentro y posiblemente por fuera. La insistente vibración continúa y busco el móvil que la produce, a poca distancia sobre la mesita de noche. Extiendo la mano y tomo mi teléfono, casi sin baterías. Son poco más de las siete de la mañana, menos mal que todavía mi reloj biológico funciona correctamente. He recibido un par de correos electrónicos de promociones y algunos mensajes. El primero es del móvil de Maite, ¡su bebé se ha adelantado y están en el hospital! Lo ha enviado hace más de una hora, espero que esté todo bien. Tal vez no es un buen momento para llamarla. Paula me ha escrito por lo mismo.

Hay otro mensaje de Ángel, pero lo ha escrito anoche.

Ángel: Esperaba poder llevarte a casa. Tal vez pueda hacerlo uno de estos días y hablar un poco más de Santo Domingo. Descansa...

Me alegro de que no sospeche que me he quedado con Marco cuando vine a traerlo anoche a su hotel. Estaría en problemas si a última hora no hubiera puesto ese bikini en mi bolsa, por si acaso. No lo usé ayer, pero al menos ahora puedo utilizarlo como sustituto de mi ropa interior. El vestido de playa que me hizo comprar Laia en la plaza turística a la que llevamos de paseo a Marco será mi cambio de ropa cuando logre ducharme, una vez que salga de esta cama. Pero eso puede esperar. Por ahora me arropo otra vez con el cálido edredón y observo a mi compañero de al lado dormir. Es una gran noticia que no ronca nada... espero no haber roncado yo.

Me alegra que hayamos pasado una tarde y noche encantadora, y cada minuto que estoy con Marco me convengo de que me hace reír un montón y de que disfruto inmensidad con él, tal y como cuando solo hablábamos por teléfono. Es extraño en estos días encontrar a alguien que pueda ser quien realmente es en cualquier circunstancia, y él parece ser justo eso. He logrado reservar los boletos para ir a la basílica y al Parque Güell esta tarde. Finalmente podremos dar el recorrido por la ciudad del que tanto hemos hablado. Mañana empezará el congreso y apenas podré verlo en los espacios reservados para actividades sociales y, muy en contra de mi voluntad, ya estoy deseando que se quede un poco más. No es posible que continúe durmiendo y mucho menos si no estoy en mi propia cama, no importa qué tan cómoda sea esta. Me pongo en pie sin hacer ruido y voy a ducharme. Reflexiono sobre el día anterior y me convengo de que este hombre está realmente mucho más atraído por mí de lo que está dispuesto a admitir. No estoy segura de qué puede significar eso si ya me ha expresado antes lo que quiere, o mejor dicho lo que no quiere. Pienso en sus manos recorriendo mi cuerpo con ansiedad, en sus labios suaves explorando mi espalda sin pausa y en su voz melodiosa diciendo cualquier clase de cosas en italiano,

sin que me importe en lo más mínimo el significado. Mientras me ducho, es inevitable pensar en repetirlo tan pronto él despierte. El agua fría despabila mis sentidos y aprovecho el cuarto de baño para cambiarme.

Tengo mucha suerte de encontrar un cepillo de dientes nuevo en la canasta de cortesía con productos personales. Mis rizos lucen en su punto gracias a la brisa marina, así que apenas los toco para que no se deshagan. Cuando abro la puerta, la figura inigualable de mi neurólogo preferido se exhibe ante mí ataviada solo por un bóxer negro y casi nos topamos de frente de forma divertida.

—¡Buenos días! —me dice y pasa casi atravesándome para llegar hasta el lavabo y agarrar su cepillo de dientes.

—¡Buenos días! —le respondo y sonrío.

—Te invito a desayunar —expresa mientras desliza el dentífrico.

—¡Muy bien! Disfrutemos tu último día libre —replico sin algarabía de más y cierro la puerta.

Lo dejo ducharse y uso el espejo del ropero para asegurarme de que me veo bien. El vestido rosa estampado en mandalas^[1] de múltiples colores me llega hasta los tobillos y se ajusta a mi cuerpo con suavidad. No hubiera comprado nada así por mí misma, pero debo admitir que me encanta cómo me queda y mucho más cómo me siento con él puesto. Luego tendré que agradecer a Laia por obligarme a comprarlo. Reviso las entradas digitales para los recorridos del día y me aseguro de tener claras las rutas a seguir, hace mucho que no voy a estos lugares y voy a parecer la peor guía turística si me pierdo. Veo un nuevo mensaje, esta vez es el marido de Maite que me avisa que ha nacido su hija Mar en perfecta salud y que ella y la madre están bien. Escribo enseguida a Paula para que mande algo bonito al hospital de parte de la oficina. Mientras hago los arreglos, mi anfitrión sale envuelto en una toalla blanca y me pide con gracia que cierre los ojos para que no lo vea cambiarse. No tengo más alternativa que reírme, pues ya he visto todo lo que debía ver.

Desayunamos en el hotel y en solo unos minutos ya estamos recorriendo la calle rumbo a la parada del autobús que nos dejará en Parque Güell. En el camino le cuento sobre Maite y le pido que más tarde me acompañe a verla. Cuando llegamos al parque, la primera parada es la Casa Museo de Gaudí. La rosada edificación se exhibe imponente con su belleza particular. El guardia valida las entradas digitales, confirma la hora y nos abre el paso a la escalinata. Marco observa con curiosidad el derredor, los árboles se mecen impacientes y yo lo miro a él. Su camiseta negra, sus jeans desgastados y los zapatos deportivos lo hacen lucir mucho más relajado que con cualquier otro atuendo que le haya visto. Recorreremos la casa que originalmente fue ideada como la casa modelo de una urbanización que no prosperó y terminó siendo habitada por el mismo Gaudí por veinte años a pesar de que la abandonó poco antes de morir. Pasaron varias décadas de su muerte para que fuera convertida en Casa Museo.

Llegamos a la precisa maqueta blanca de la Basílica de la Sagrada Familia donde nos quedamos un rato y alcanzamos, por una de las estrechas ventanas, a ver el patio. Los crucifijos nos rodean, y luego de mirar un rato los curiosos objetos, la multitud de sillas de formas graciosas y los espejos delatores, salimos en busca de la tienda de recuerdos. En el jardín en el que también pueden verse piezas de hierro, obra del artista, hay una encantadora pérgola recubierta de plantas que forma un túnel al que nos animamos a entrar.

—Parece el lugar justo para darte un beso —dice mi acompañante agarrando con ambas manos mi cintura.

—Pues ¿sabes qué? pienso igual —respondo poniéndome de puntillas para besarlo.

—Podría acostumbrarme muy rápido a estos besos —agrega cuando nos separamos.

—Pues más vale que no demasiado. Mañana mismo ya no los tendrás —contesto sin vacilar a medida que nos acercamos a la tienda.

—No tiene por qué ser así —replica decidido.

—Oh no... ni se te ocurra que esto de hoy se prolongará más allá de este domingo. Apenas voy a verte. Estaré trabajando, ¿recuerdas? —le indico alarmada de que piense que podrá exhibir esta conducta delante del resto de personas de mi equipo. Ya bastante ha costado disimular delante de todos en los pasados días.

—«*Sunday morning, rain is falling, steal some covers, share some skin, clouds are shrouding us in moments unforgettable, you twist to fit the mold that I am in*»^[2] —canta, afinando con impresionante precisión, la melodía de Maroon 5.

—¡No sabía que tenías doble vida! ¡Neurólogo de lunes a viernes y cantante los fines de semana! —manifiesto con sorpresa.

—Pues ya ves. Dos por el precio de uno —señala sonriendo y me derrito con aquel rostro perfecto brillando bajo el sol.

Continuamos el recorrido a la tienda donde compramos un par de recuerdos y lo ayudo a escoger una hermosa libreta para llevar de regalo a su asistente. Se acerca la hora de nuestro turno para entrar a Parque Güell y lo obligo a apurar el paso para que aprovechemos el resto del día. Seguimos recorriendo el inmenso camino de piedras hasta la entrada y agotamos la cola para entrar al parque. Ya he venido antes, pero para ser completamente honesta, me impresiona como la primera vez que vine. Subimos las escalinatas y observamos extasiados las inmensas columnas de piedra inclinadas que se yerguen poderosas en el pasillo cubierto. Caminamos hacia la Sala de las 100 columnas (a pesar de que solo hay 86) y contemplamos con curiosidad los dibujos de soles de veinte puntas de disímiles colores. Hoy estoy disfrutando detalles que no había notado en mis visitas anteriores. Definitivamente, un momento para recordar.

Cuando llegamos al Balcón de Barcelona encima de la Sala de las columnas, es inevitable tomar fotos de la ciudad que se divisa en todo su esplendor, exhibiendo en su majestuosidad a lo lejos, la Iglesia de la Sagrada Familia en sus labores de construcción. Marco me acerca hacia él para que nos tomemos una foto juntos y es la primera vez que lo hace en el fin de semana. Sonríe para la cámara, y aunque el sol arrecia, disfrutamos un poco más de los coloridos mosaicos de la Plaza de la Naturaleza, donde se mezclan en las formas de los signos del zodiaco, estrellas, peces, flores y motivos religiosos, principalmente de color verde, azul y amarillo. Cada instante que estoy con él me provoca extender el momento un poco más. Pasamos una hora recorriendo el parque y hablando de la arquitectura cuando de la nada cambia el tono de la conversación.

—¿En el lugar en que viviste en tu niñez solías apreciar estas cosas? Es decir, viví por muchos años en Madrid y vine a Barcelona alguna vez con amigos, pero nunca vine aquí, ni a ninguno de los otros lugares a los que fui hoy —dice y siento nostalgia en su voz.

—Para ser honesta, no creo que haya un lugar así en mi ciudad natal, pero tal y como dices, tampoco creo que haya estado prestando atención. De hecho, hoy he visto cosas que no vi antes aquí —le revelo con transparencia.

—¿Y cómo es allá? ¿Puedes creer que no he salido nunca de Europa? —me comenta y se sienta en uno de los escalones de piedra.

—Pues es... diferente. Responde a un estándar de belleza completamente distinto. La naturaleza es la gran protagonista, no las edificaciones. En mi ciudad natal no hay playas, pero siempre fui a las más cercanas en Puerto Plata, donde el océano Atlántico baña la

arena con impetuosidad. También solíamos ir a Samaná —le explico y entonces mi voz no puede ocultar la nostalgia.

—¿Hace mucho que no vas? —me pregunta poniéndose de pie para iniciar el camino de salida del parque.

—Estuve hace unos seis meses pasando unas vacaciones con una amiga —respondo y una sonrisa sincera se dibuja en mis labios.

—Tal vez deberías volver para hacerme de guía turística —replica y mira hacia otro lado, como quien lanza una bomba y luego finge que no ha hecho nada.

No tengo cómo reponer su afirmación, pues me toma de sorpresa que vuelva a mencionarlo. Decido restarle importancia y señalo el letrero de salida; caminamos juntos y cambiamos el tema, ahora hablamos de la majestuosidad de los mosaicos en la fuente y los vivaces colores que la adornan. Opto por continuar disfrutando del domingo ya que todavía nos resta ir a la basílica y visitar a Maite, no sin antes detenernos a almorzar en algún momento de la tarde.

Capítulo 8

El lunes ha llegado muchas veces hoy. Cada hora de la madrugada he despertado con la ansiedad de una adolescente que va a un viaje escolar fuera de la ciudad. Cuando ya el reloj marca las seis de la mañana, me levanto arrastrando el cuerpo por la cama, quejándome de lo poco que he podido dormir. Anoche, cuando retorné de mi paseo dominical, tuve que empujar a Marco de vuelta al taxi porque pretendía quedarse un rato en mi casa. Ganas no me faltaban y total que, aunque no se quedó, igual me ha costado dormirme. Elijo para este primer día del congreso un traje sastre color gris plomo, una blusa de seda dorada y unos zapatos negros de tacón ancho. Plancharé mi cabello para variar un poco. Me toma solo una media hora completar los preparativos para salir de casa, hoy iré conduciendo mi coche.

Al llegar al hotel, y antes de entregar al parqueador las llaves, me miro al espejo retrovisor y retoco mi labial rojo sangre, me aseguro de que cada hebra de mi cabello luce acomodada y me bajo del coche con la seguridad de quien llega temprano. Camino sin prisa hasta el salón donde todo el *staff* sigue en preparativos y están tan ocupados que ni siquiera notan mi llegada. Me cuelgo el pase al cuello y paso de largo hasta el elevador para guardar mis pertenencias en una habitación que hemos reservado. Algunos colegas me saludan entusiastas y veo a los doctores que ya se acercan al salón donde ofrecemos el desayuno. Los que me conocen se detienen y los saludo con efusión dándoles la bienvenida. Llego y encuentro a parte de mi equipo femenino maquillándose entre sí envueltas en risas.

—Pues parece esto la *suite* de una novia y sus damas de compañía. ¡Buenos días! Me alegra verlas tan animadas —las saludo tratando de parecer seria, pero la sonrisa involuntaria me delata.

—¡Buenos días, jefa! —me contesta Paula mientras las otras dos chicas se ríen como colegialas.

—Empezamos en veinte minutos. ¿Ya han desayunado? —pregunto.

—Sí, pero apuesto a que tú no —me contesta mi asistente con rostro de reproche anticipando mi respuesta.

—He llegado temprano para desayunar con los invitados. Dejo mis cosas aquí y ahora bajo. ¿Hace falta algo? Por cierto, ¿han llamado todas a Maite? —las cuestiono.

—Sí. Ha estado como loca llamando hoy, pero ya le he dicho que Ángel tiene todo bajo control. La bebé es hermosa, la vimos anoche. Ella nos contó que fuiste por la tarde con el doctor Stasio —me responde Clara, una de las ejecutivas, con una pícara sonrisa en el rostro.

—Así es. La visitamos por la tarde y también le dije que todo estaría bien, pero ya la conocen. Bueno, me voy a desayunar, las veo abajo. —Me marcho y cierro la puerta tras de mí, escapando de lo que puede convertirse en un incómodo interrogatorio.

El pasillo me trae los recuerdos del fin de semana. Pulso el botón del elevador; cuando se abre, un grupo de participantes al congreso está dentro y me acomodo saludando a todos. Intercambiamos cordialidades antes de que se abran las puertas nuevamente en el siguiente piso, ya apenas hay espacio para una o dos personas, así que iremos ajustados. Doy un paso atrás y justo aparece Marco acompañado de otra participante. Miro iluminarse

el número siete en el tablero donde nos hemos detenido y no es precisamente donde está su habitación, así que no puedo evitar preguntarme por qué está allí, si duerme un par de niveles arriba. Intento disimular mi sorpresa y respondo a su saludo que ha sido bastante general.

El resto del recorrido hasta el primer nivel transcurre sin pausas porque ya estamos copados y el murmullo incesante cesa cuando las puertas se abren y la multitud se abalanza rumbo a desayunar. Camino de forma pausada hasta el salón, conversando con una de las doctoras que conozco y termino por sentarme con ella, mientras veo que Marco se aleja con su acompañante hasta otra mesa. Pido al mesero que duplique la dosis de café y me muerdo la lengua por la rabia. Si bien le dije que no podíamos estar juntos durante el congreso, tampoco le dije que debía ignorarme y mucho menos... «¡Calma, Raquel! Te estás adelantando». Tal vez es una exageración de mi parte. Necesito enfocarme en el trabajo hoy y está pasando todo lo contrario.

Apenas pruebo un poco de fruta, y cuando termino mi café me disculpo con el resto de la mesa y me levanto para ir al salón principal. Alcanzo a ver a mi jefa, la directora de operaciones y me tranquiliza ver que está contenta. Vinieron más doctores de lo esperado, empezaremos puntuales y todo marcha sobre ruedas. Me expresa su satisfacción al enterarse de que hemos convencido al doctor que queríamos en Roma, y me pide que se lo presente en algún momento del día ya que tendrá una reunión con él más tarde. Me parece extraño porque es Rodrigo quien se encarga de estas cosas, pero Fabiana quiere ser parte de todo, así que quizás de eso se trata. Asiento con gusto y me pregunto de inmediato cuándo será la mejor ocasión para hacerlo. Comienzo a buscar un lugar para sentarme porque ya todos están entrando y la inauguración está a punto de empezar, me veo tentada a quedarme en la puerta para esperar a que Marco ingrese al salón, pero Ángel, desde la primera fila, me hace señas de forma insistente para que me siente a su lado y no tengo más alternativa que ir hacia él. Se ha esforzado con una camisa en azul tenue, corbata azul cobalto y traje en el mismo color de la corbata. Luce muy elegante y su perfume, como antes cuando lo conocí, me embriaga enseguida.

—¡Buenos días! —dice exhibiendo la más amplia de las sonrisas.

—Buenos días, Ángel, veo que no has tenido inconveniente en adaptarte pronto a la ausencia de Maite —respondo a sabiendas de que se ha encargado de todas sus responsabilidades sin ayuda.

—Ya he tenido un par de semanas previas para prepararme con ella. Además de que todo un mes organizando el congreso desde la oficina de Madrid me hace pensar que conozco a cada uno de los doctores, luego de leer sus expedientes —me explica con la seguridad de un profesional.

—Me alegro. Es bueno para el equipo —contesto.

—Te... estuve escribiendo ayer —dice esperando que le dé una explicación de por qué no contesté sus mensajes.

—Sí, vi tus mensajes, pero estuve algo ocupada con lo de Maite y algunos asuntos personales. Luego olvidé responder, supongo —miento con descaro.

—Entiendo —afirma sin perder la sonrisa.

—Por cierto, ¿has ido a verla? —pregunto para cambiar el tema.

—No... es algo muy íntimo, la verdad. Paula me avisó y la he felicitado por un mensaje —contesta y se endereza al escuchar el llamado de la maestra de ceremonias en el micrófono, vamos a comenzar.

La mañana transcurre sin novedades, y en la pausa para el almuerzo, mi jefa se acerca hasta nosotros para recordarme que debo presentarle al doctor del que hablamos antes. Ángel no sabe a quién se refiere Fabiana, así que me adelanto yo y lo busco con la mirada

en el salón, a medida que van saliendo los participantes hacia el comedor. Alcanzo a verlo en la muchedumbre y adelanto los pasos para tocarle en el hombro, pues está de espaldas caminado hacia la salida y acompañado de la misma mujer de antes.

—Doctor Stasio, disculpe, me gustaría presentarle a la directora de operaciones si no es molestia. ¿Me lo puedo robar un segundo, doctora... Rascón? —digo dirigiéndome a la rubia de ojos negros, leyendo el nombre en su gafete.

—Todo suyo —me replica sonriente.

—Es un placer acompañarte —responde Marco galante, pero su comportamiento de hoy va a salirle más caro que solo endulzarme con un tono complaciente.

Mientras nos alejamos, lo sostengo del brazo y lo pellizco con disimulo.

—¡Huy!, pero ¿qué hice? —se queja y luego estalla en una carcajada sorpresiva mirándome fijamente, mientras caminamos hacia mi jefa que conversa con un grupo de médicos a pocos pasos.

—¿Te parece poco? Me ignoraste en el elevador y en el comedor por igual —protesto intentando que no se me note el disgusto en el rostro.

—Dijiste que no podríamos hablar aquí, solo sigo tus instrucciones —replica encogiéndose de hombros como un chiquillo.

—Tampoco te dije que tenías que ser un cretino —replico callando enseguida porque estamos casi al frente de Fabiana y temo que me escuche.

—¿Celosa? —dice en un murmullo, esbozando una sonrisa.

—¡Quisieras! —respondo y vuelvo a mi papel de anfitriona modelo—. Fabiana, te presento al doctor Stasio, si quieres practicar tu italiano, puedes hacerlo, pero Marco habla un perfecto español. Doctor Stasio, Fabiana es nuestra directora.

—¡Oh! Si estaba ansiosa de conocerlo, ¿qué le ha parecido la mañana? —pregunta ella dándole la mano con fuerza.

—¡Ah! Muy interesante, ya he visualizado un par de cosas donde podemos colaborar desde el hospital —responde Marco, galante.

Paula llega a buscarme para resolver un asunto trivial sobre las presentaciones de la tarde y debo excusarme, los dejo hablando para ir con ella. Aprovecho que mi asistente conoce mejor a los ciento y tantos invitados para preguntarle sobre la rubia que no se separa de Marco, y me indica que es una cardióloga de Madrid. La acompaño a acomodar el resto de las mesas en el comedor, y cuando hemos terminado, me siento con ella y Clara a almorzar en una mesa cercana a la que ocupan Fabiana, Marco, la doctora Rascón y Ángel, que no perdió oportunidad de hacerse notar ante la jefa. Esta semana no va a ser tan simple como la imaginé.

Capítulo 9

Ha sido una buena idea traer la ropa que usaré en el cóctel de esta noche. Las muchachas han subido a la habitación a cambiarse y me han hecho ir con ellas para prepararnos para pasarla bien. La actividad será en un salón del hotel que hemos ambientado conforme las «Festes de La Mercè», aprovechando la coyuntura. Me doy una ducha rápida y me cambio en el cuarto de baño para hacer uso del espejo. Salgo y una de las muchachas me sube el cierre no sin antes decirme que el atuendo me queda divino. Escogí un vestido azul índigo a la pantorrilla, de escote asimétrico con un solo hombro y con un fino detalle de volante elaborado con una combinación de crepe mate y satinado. El entalle se amolda a mi cuerpo y, aunque la falda es estrecha, la tela me permite moverme sin dificultad. Mi cabello sigue planchado, así que lo peino y se acomoda sin novedades, es la ventaja de llevarlo liso. He traído unas zapatillas altas en azul marino con detalles amarillo sol y las abrocho en mi tobillo cuando termino de aplicarme el maquillaje. Estoy lista para bajar, pero espero al resto de mi grupo para ejercer la sororidad. Cuando ya están listas las demás, secuestramos el elevador y llegamos al salón de la fiesta antes que la mayoría. Ángel, sin embargo, ya está en la entrada y enseguida se acerca a nosotras con galantería.

—No es justo, ustedes se han puesto muy hermosas y yo me he quedado con lo mismo que traía esta mañana porque me he quedado organizando cosas —reclama.

—Es una de las desventajas de ser el nuevo —le contesto medio en broma.

Lo dejo conversando con las otras chicas para ir al bar donde me siento y ordeno una copa de vino tinto. Una figura conocida no tarda en ocupar el taburete de al lado y su voz acaricia mis sentidos desafiando la música que inunda el bar.

—Te has planchado el cabello, eres tú, pero en una versión menos libre. Te queda bien de cualquier modo. —Escucho que me dice para enseguida ordenar un whisky en las rocas.

—¡Marco! Has bajado ya. Tú solo... —observo al notar que no lo acompaña la rubia de antes.

—Inez bajará en cualquier momento. De paso las presento. Y será que aquí en el bar podemos hablar o... —me dice enfatizando el silencio.

—Pues hablando ya estamos —respondo indiferente.

—¿Puedo decirte que te ves preciosa? —me pregunta.

—Puedes... —replico.

Interrumpo mi respuesta porque Ángel ha llegado al bar. Ordena un whisky sin hielo y toma asiento en el taburete que queda libre a mi lado saludando a Marco con una inclinación de cabeza. Él corresponde con el mismo gesto para, a seguida, continuar una conversación que por lo visto ha empezado antes y sin mí.

—Ángel, al final no puedo quedarme el resto de la semana, puedes cancelar las noches adicionales que te había pedido. Debo hacer una parada en Madrid antes de retornar a Roma —le dice al ver que ha decidido acompañarnos.

—Doctor, será un placer, mañana mismo lo hago. Espero que su visita se repita pronto, entonces —indica levantando su vaso y brindando en el aire, como quien celebra un triunfo.

—También yo —agrega mirándome, pero definitivamente no entiendo nada.

Me muero de ganas de preguntarle por qué tiene que ir a Madrid, pero no puedo hacerlo, al menos no con Ángel aquí. Debo esperar para hacerlo en otro momento. Estamos en sentido perpendicular a la puerta, así que podemos ver con facilidad cuando entran los invitados, y la rubia no ha tardado en bajar. Se ha soltado el cabello y lo luce con ondas espectaculares que caen en cascada a mitad de su espalda, flotando con vida propia a medida que saluda a todos a su paso entrando al salón. Su vestido corto y sin mangas, en oro rosa, está drapeado en pliegues diagonales que se unen en su cintura de abeja haciendo que luzca todavía más estrecha. El escote de cuello alto deja al descubierto sus hombros y la parte media de su espalda. Para colmo tiene buenas piernas, y claro, caminan hacia el bar. Marco se pone en pie para alcanzarla y Ángel interrumpe mis pensamientos invitándome a bailar.

—¿De casualidad, bailas bachata? —me pregunta extendiéndome la mano a la par que la melodía de *Tus besos*, de Juan Luis Guerra, se apodera del salón elevando el volumen de la noche.

—Lo suficiente para cambiarle el nombre a la pista de baile —contesto presumida, a sabiendas de que esa es una de las cosas que me traje de la isla porque aprendí a bailarla muy joven.

Me apresuro a seguirlo antes de que regrese Marco a presentarme a su «amiga» que tan poco me interesa conocer. Ha herido mi orgullo, y aunque no estoy precisamente celosa, tampoco soy de hierro. Ángel y yo somos los únicos en la pista de baile y pronto descubro que todas las miradas están posadas sobre nosotros, pero ya hemos comenzado y es tarde para echarse atrás. Tres pasos que se bailan en los tres primeros tiempos y un toque con la planta del pie que se ejecuta en el cuarto tiempo levantando la cadera, esa es la teoría. La práctica es un cadencioso movimiento continuo de caderas mientras tu cuerpo se mueve en una onda desde los hombros hasta los pies. Ángel canta: «Hermosa luces para mí, tus ojos mi revelación, no hay nada como el dulce que tiene tu voz...»^[3] y no puedo dejar de pensar en que su voz es dulce y tal vez por eso me llama tanto la atención cuando me habla. Amo la danza y el tiempo me pasa volando cuando la practico, sobre todo cuando encuentro a alguien que me siga el ritmo y no que me pida que le enseñe, que es lo que normalmente me ocurre cuando quiero salir a bailar. Pero somos anfitriones y no podemos quedarnos bailando toda la noche, así que una vez que culmina la canción regresamos al bar, donde ahora hay un grupo de personas que nos aplauden al integrarnos, entre ellas Fabiana, que conversa animadamente con Paula, Clara, la doctora Rascón y Marco.

—¡Sorpresa, sorpresa, Raquel! Que Ángel nos ha salido talentoso y te destrona como la reina del baile en la empresa —dice Fabiana encantada de que entretengamos a los invitados.

—En todo caso seré rey del baile para que ya no reine sola —responde Ángel y todos se ríen, excepto Marco y su amiga, que cruzada de brazos nos mira con cara de pocos amigos, supongo que me odia.

—¡Pues que ahora me debes enseñar a mí! —pide Fabiana llevándose a Ángel a bailar la próxima canción.

Me integro a la conversación y Marco aprovecha para presentarme formalmente a la rubia y ya no puedo evadirlo por más tiempo, además, es una doctora de la red del laboratorio, si no, no estaría aquí.

—Raquel, quiero presentarte a Inez, no he atinado a hacerlo esta tarde cuando has ido a buscarme y debo resarcir mi error —dice sin más.

—Un placer, Dra. Rascón. Ha sido una impertinencia de mi parte llevármelo de aquella forma, le pido disculpas —le explico, haciendo conciencia de que este es mi trabajo.

—Puedes decirme Inez. Marco es un gran amigo y ha sido una agradable sorpresa encontrarlo aquí ya que me había dicho que no venía —responde mirándolo con reproche.

—Ya le he dicho que ha sido una decisión de último minuto —replica él buscando apoyo en mí.

Paula y Clara van con Inez al tocador (en mi corazón seguiré llamándola «la Rubia») y me dejan sola con Marco, que enseguida me lleva a una terraza abierta del salón que hemos habilitado para las personas que quieren salir a fumar. Por suerte nadie la está usando y el ruido de la música se disuelve instantáneamente al cerrar la puerta corrediza de cristal. No hay sillas, solo mesas altas y una baranda de madera que da a la calle desde el segundo piso donde estamos.

—¿Te quedarás conmigo hoy? —me dice sin interludios.

—¿Qué? Marco, ya te he dicho que no puedo, además, te has entretenido bastante bien sin mí —le espeto porque ya no me aguanto.

—¿Inez? Es una amiga, una muy especial, pero no ese tipo de amiga. Tal vez deba entonces quedarme en tu casa yo —repone restándole importancia a lo que a mí me ha carcomido todo el día.

—Digamos que Inez es una amiga. Y que te vas conmigo a mi casa. Nos van a ver saliendo juntos. ¿Y luego qué? ¿Vendrás al hotel sin más? Y si te ven, ¿dónde dirás que estabas? —le pregunto haciendo de lo improbable, lo imposible.

—Ese es mi problema. ¿O es que no quieres que me vaya contigo porque ya tienes planes? Ese tipo, tu pareja de baile, no tiene buenas intenciones, mira que te lo estoy diciendo hoy. Va a darte problemas —replica con calma pero enérgico, recordándome a Laia cuando hace una de sus predicciones.

—¿Ese tipo? ¿Te refieres a Ángel? ¡Solo bailamos, por favor! —digo sin comprender su alarma.

—Ya te lo he dicho. Ten mucho cuidado con él. No es sincero. Escucha, si no quieres quedarte, si no quieres que vaya contigo, de acuerdo, lo entiendo. Pero que tu excusa no sea «que nos van a ver». Somos adultos —indica y da la vuelta, abre la puerta y espera a que yo pase primero.

Lo sigo y es inevitable pensar lo que ha dicho mientras me dirijo al tocador. Ya he decidido que no dormiremos juntos durante el congreso, eso no va a cambiar. Me desconcentraría, me sacaría de balance y, mientras esté trabajando, no voy a comprometer el resultado. Pero lo que ha dicho de Ángel me deja intrigada porque, si bien es muy amable conmigo y hago mucha empatía con él porque me recuerda lo que una vez fue mi hogar, también es cierto que, aunque me encanta cómo se ve, cómo huele, cómo habla, cómo baila... cómo canta... pero en fin, es mi subalterno. Y peor que eso, me gusta, pero no en ese sentido mágico en el que Laia dice que tiene que gustarte alguien. Si a eso vamos, Marco está mucho más cerca, aunque lejos todavía.

Esta será una noche para pensar. Me miro al espejo y me devuelve una imagen agradable, mi maquillaje permanece intacto, mis ojos resaltan con el delineador y el rizador de pestañas, el cabello lacio enmarca mis facciones con sencillez y mis labios lucen dibujados en orden y solo les hace falta un beso para verse perfectos. Supongo que no se verán perfectos esta noche.

Capítulo 10

Han pasado tan rápido los días del congreso que no lo he sentido y ya ha concluido con rotundo éxito. En la cena de gala de hoy despediremos a los participantes. He estado tan ocupada en los días y tan cansada en las noches que no alcanza el tiempo para pensar en nada y en nadie, bueno, lo he hecho muy poco para no decir que nada. Hoy ha sido mi presentación del comportamiento de las ventas en nuestra región, de los planes expansión de la empresa y del crecimiento de nuestra marca a nivel mundial. He dado las gracias a nuestros embajadores y principales aliados, los médicos, por acompañarnos en el proceso de mejorar las vidas de los pacientes y sus familias. Dicho así, la verdad es que sentí en ese momento, expresándolo en voz alta, que sí hacemos una diferencia como equipo mucho más allá de las tablas de datos y los gráficos de colores.

En mi casa, el silencio es el protagonista mientras escojo la ropa de esta gala, envuelta en mi bata de baño. Las sábanas de algodón egipcio, en tonos blanco y violeta oscuro entrelazados en figuras geométricas irregulares, se exhiben a la perfección sobre la cama, sin una sola arruga. La chica del aseo ha estado aquí temprano dejando mi morada impecable. El olor a jabón todavía se siente en el ambiente y me encanta. Busco en mi armario el vestido que ya había seleccionado hace tiempo para esta ocasión, pues es una de las pocas veces en las que puedo lucirlo y me ha costado muy caro. Saco del gancho el traje color turquesa en corte sirena con apliques en piedras brillantes en el borde del escote halter. Me lo coloco con cuidado y me miro al espejo de cuerpo completo. Mi busto resalta sin exagerar y mi figura se adhiere sin problemas a la tela de seda cruda. Las sandalias plateadas más cómodas que tengo son las que me acompañarán esta noche y dejaré mi cabello liso, tal como ha estado en los días anteriores, adornándolo con una diadema en brillantes azules que completa mi atuendo.

Mi móvil se convulsiona sobre la mesita de noche donde lo he dejado recargando baterías. Hoy hemos terminado justo después del almuerzo y he venido a dormir los sueños retrasados en la cama del cuarto de visitas para no desarreglar la mía ¡que está tan bonita! Olvidarme de ese aparato me ha hecho descansar todavía más. Un coche de la empresa vendrá a recogerme en una hora, así que me recuesto en mi sillón de lectura, para ver si alguien me ha escrito algo importante. Hay un mensaje de Paula indicando que el coche que me recoge a mí luego la recogerá a ella. Otro mensaje de Fabiana recordándome que debo llegar antes de la hora y una llamada perdida de Marco, que no me ha escrito nada. Considerando lo poco que hemos hablado en la semana, después del cóctel de bienvenida, decido hablarle ahora, que todo está más calmado.

—¿Hola? —contesta luego de un par de timbrazos.

—¿Marco? Habla Raquel, ¿ya has borrado mi número? —pregunto.

—*Ciao, cara*^[4], solo estoy un poco dormido, me has despertado —dice sin miramientos.

—Lo siento, pensé que a estas horas estarías preparándote para la cena —me disculpo avergonzada.

—Voy a ir. Pero quería hablar contigo sobre Madrid, y como no quieres que hablemos delante de todos... —dice en tono de reproche.

—Ya el congreso ha terminado, Marco. Desde esta noche no estaré trabajando. Pero igual

has dicho que te vas mañana temprano, ¿no? —respondo.

—Si quieres hablamos esta noche. Me levantaré para prepararme —agrega, y su voz es tenue.

—¡Oh! Entiendo... bueno, yo también debo prepararme. Adiós, entonces —le contesto y cuelgo.

No espero su réplica porque un dolor punzante y caliente me quema el centro del pecho, baja hasta el estómago y se inserta en mis puños. La rabia que me provoca su actuación insensible ya raya en lo abusivo. Da igual que quieras o no algo conmigo, si ya has dicho que no, lo comprendo, pero tampoco es para andar por ahí estrujando la verdad en la cara de una. Terminó de cambiarme sin el mismo entusiasmo que antes me invadía y subo al coche cuando llega, solo decidida a terminar esta noche lo antes posible.

Recogemos a Paula y conversamos vagamente sobre lo bien que lucimos. Al llegar, Paula y yo desfilamos con nuestros vestidos elegantes en dirección al lujoso restaurant donde han organizado el evento. Las copas de champagne no tardan en colmar nuestras manos y brindamos juntas al final de una semana de intensas proporciones. Dos violinistas en la entrada interpretan la *Pequeña serenata nocturna*^[5] deleitando el ambiente, a medida que todo el mundo ingresa al amplio salón que está repleto de mesas redondas, cubiertas con manteles dorados y adornadas por centros con flores anaranjadas. Una plataforma ha sido colocada al centro como pista de baile y el espacio de una orquesta destaca al fondo, a pesar de que los músicos no han llegado y luce desierta. Miro a mi alrededor buscando entre los invitados y en mi búsqueda en su lugar encuentro a Ángel que, al vernos, nos alcanza. Su esmoquin lo hace lucir espectacular, y aunque no bailemos esta noche, le permitiría que se siente a mi lado solo por el placer de dar un poco de su propia medicina al presumido de Marco. Levanta su copa y volvemos a brindar por el éxito de la semana, pero sobre todo porque ya ha terminado y en la mañana podremos regresar a la rutina. Una mesa ha sido reservada para nuestro equipo y atravesamos el salón para ocuparla. Pronto empiezan los discursos, la tormenta de aplausos y la apertura del acto musical, engalanado por una orquesta de jazz contemporáneo. La voz envolvente de una mujer morena, ataviada en un largo vestido dorado de un solo hombro y ceñido al cuerpo, acompaña sensualmente los instrumentos y los mozos se deslizan ágilmente por todo el lugar repartiendo bebidas espirituosas y la entrada. Un gratinado de queso de cabra sobre lombarda salteada con pasas y piñones que me abre el apetito, seguido de solomillo de cebón con patatas duquesa rellenas de *foie* como plato fuerte. Cenamos conversando amenamente y disfrutando el vino tinto que no cesa de fluir. Han comenzado a entregar el postre, una tarta de queso con dulce de leche del que apenas pruebo un bocado cuando Paula se pone en pie y me pide con sobrado entusiasmo que la acompañe al tocador. Vestida con su traje de crepé en rosa viejo impreso con flores blancas, cual actriz de los años 50 exhibiendo un adorable escote en forma de corazón. Parece mucho más madura en estos días que la chiquilla apresurada a la que tengo que recordarle todo, se ha portado a la altura del evento y su entereza me ha sorprendido gratamente, así que no puedo evitar preguntarme: «¿A qué vendrá este repentino comportamiento juvenil de pedirme que vaya con ella, como las niñas cuando tienen algún secreto que contar?». No obstante, la curiosidad me gana y pido disculpas al resto de la mesa para seguirla, tratando de alcanzarle el paso porque se ha adelantado.

—Pero, Paula, ¿puedes esperar? ¡Qué tus tacones no son tan altos como los míos! —le pido cuando ya estoy a su lado.

—Tengo algo que contarte. Pero de seguro vas a fingir que no tienes idea y no tendré más remedio que enojarme contigo. Así que necesito que te permitas un respiro hoy —me dice

muy seria y, a pesar de que estamos en el vestíbulo del tocador, se queda de pie sin entrar.

—¡Paula, por Dios! ¿De qué se trata? Te juro que si es una tontería... —respondo irritada.

—¡El médico italiano se muere por ti! —exclama triunfante.

—Paula... —digo, incrédula de que estemos teniendo esta conversación.

—Sé que no somos amigas, soy tu asistente. Pero cuando un tipo tan pero tan... se muere por tu jefa, se lo tienes que decir si sabes que ella tiene un imán para despreciar a los mejores, o bueno, lo que sea lo contrario de un imán... eso tienes —dice y ya siento que la única copa de champagne que ha tomado se le ha subido directo a la cabeza.

—¡Ya va, Paula! Espera... en primer lugar, sí somos amigas, no mejores amigas, pero somos amigas. En segundo lugar, no tengo ni un imán ni un repelente ni nada de eso para... lo que sea que dices que hago. Y, por último, ¿a qué viene eso de que el italiano se muere por mí? —contesto intentando organizar mis ideas para ganar tiempo y entender qué es exactamente lo que sabe.

—Clara lo escuchó hablar esta tarde con la doctora Rascón, no estaba espiando ni nada, solo recogía las libretas. ¡Y le decía a ella que quería quedarse el resto de la semana para poder estar un poco más de tiempo contigo! ¡Debes ser más simpática con él! ¡Lo has estado ignorando cada día y lo pasamos tan bien el viernes! Y Ángel me dijo que hasta fueron el sábado a la playa... —reclama como una hermana mayor preocupada.

—Paula, no he ignorado a nadie, hemos estado trabajando, y eso que dices, pues quizá ella escuchó mal, porque Marco... el doctor Stasio, dijo que se iba a Madrid mañana. ¿Y si hemos venido juntas por qué no me lo has dicho en el camino y armas este misterioso viaje al tocador de damas? —la interrogo.

—Pues porque Clara solo me lo ha dicho hasta ahora en la mesa, cuando lo vio llegar. ¿Y la verdad? Yo creo que no va a ninguna parte... ahora sí tengo que ir al baño, ¿te vas a buscarlo o vienes conmigo? —me pregunta mientras entra al cuarto de baño.

Entro con ella, más que nada para mirarme al espejo y encontrar qué puede haber de cierto en el «discurso motivacional» de mi asistente. ¿Por qué piensa que «repelo» a los hombres? ¿Tiene un año trabajando conmigo y puede diagnosticarme? ¿Y qué hay de eso que ha escuchado Clara? Me irrita que piense estas cosas de mí y no puedo dejar de rumiar por qué le parece tan maravilloso que yo, teóricamente, le guste a Marco. Ella seca sus manos con la toalla y observa en espera de que emprendamos el camino de regreso a la mesa. Volvemos esta vez en silencio, pues la orquesta ahora toca algo movido y no escuchamos ni nuestras propias voces. Ángel se pone en pie y se acerca a mí invitándome a bailar, pero me disculpo y tomo asiento. Él se queda allí, mirándome desconcertado, pero Paula toma alegre su mano, le dice que ella sí quiere bailar y ambos se alejan, una más contenta que el otro. Mi mesa está casi vacía, a excepción de Rodrigo que está entretenido hablando por teléfono. Agarro la cucharilla para disfrutar otro bocado de mi postre a medio terminar y una figura masculina se sienta en la silla a mi derecha y me habla. Trago en seco y no puedo más que levantar la vista intentando disimular mi estupor cuando lo veo en aquel esmoquin negro, con un elegante corbatín azul marino y una camisa del mismo color. Su dentadura perlada dibuja una sonrisa mientras se cruza de brazos observándome limpiar de la comisura de mis labios los restos de dulce de leche.

—Yo tengo mejores formas de hacer eso —dice y vuelve a dibujar su sonrisa perfecta.

—Estoy segura de que sí. ¿No te he visto en toda la noche, estás sentado muy lejos? —pregunto bajando el tono desde la última vez que hablamos, pensando en lo que ha dicho Paula.

—Un par de mesas detrás de ti. ¿Es tuya? —dice tomando mi *minaudiere*^[6].

—Sí. ¿Lo quieres? —bromeo.

—No. Quiero a la dueña. Ya es casi media noche y voy a tomar un taxi a mi hotel. Te veo allá... es mi única llave y la voy a necesitar para entrar a mi habitación, así que más te vale que vengas —explica abriendo mi bolso para de inmediato entrar una tarjeta. Lo cierra y vuelve a ponerlo donde estaba.

Toma un sorbo de mi copa de vino, la devuelve y abandona la mesa sin decir nada más. Lo observo caminar en dirección a la salida y, una vez que lo he perdido de vista, miro a mi alrededor. Rodrigo sigue indiferente en su llamada, Paula y Ángel siguen bailando y yo... pues tomo mi *minaudiere* y camino ágilmente a la salida antes de que termine la canción. Marco todavía está en la calle de espaldas a mí apunto de abordar su taxi. Me acerco sigilosa, espero que abra la puerta para subir.

—¿Será que cabe una pasajera más? —pregunto cuando se gira para entrar al coche.

—Podría hacerte espacio en mis piernas —responde con picardía.

El coche se pone en camino hacia el hotel y ya no puedo evitar preguntárselo.

—¿A qué hora te irás mañana?

—Pues, tengo que entregar la habitación al mediodía —me responde tranquilamente mientras acaricia con sus dedos la parte posterior de mi cuello.

—¿Y... a Madrid? ¿Te vas en tren o en avión? —pregunto nuevamente al ver que todavía no contesta lo que realmente quiero saber.

—No voy a Madrid. Le había pedido a Ángel el sábado extender mi estadía, pero luego de darme cuenta de un par de cosas he decidido sacarlo del juego. No quiero que sepa que estoy acá. Por eso inventé lo de Madrid. Te dije más temprano que lo hablaríamos esta noche... justo antes de que colgaras. ¿Recuerdas? —me explica con paciencia y sus manos pasan de mi cuello a las mejillas, se enredan en mi cabello mientras coloca un mechón con delicadeza detrás de mis orejas.

—¿Entonces no irás a Madrid con Inez? —insisto.

—Inez es una buena amiga. Estudiamos juntos, era mi vecina y es mi colega de confianza en Madrid. Con ella discuto casos raros, como el que te mencioné antes. Es la mejor cardióloga que conozco y un día de estos tengo que ir a visitarla. Pero por ahora solo he cambiado a otro hotel, cerca de tu casa, en el Paseo de la Bonanova. Hasta el sábado, cuando ya sí tengo que regresar a Roma —dice y noto paz en su mirada y verdad en su voz.

Me alegra saber que a pesar de que no tengamos nada serio, no tengo que compartirlo a él con nadie más. Soy pésima para compartir. La noche se desliza cautelosa sobre la ciudad que exuda canción y fiesta, pero nosotros haremos esta vez nuestra propia música.

Capítulo 11

Han pasado casi dos meses del congreso. Desde que Marco regresó a Roma, hemos hablado casi todos los días y ha venido a pasar conmigo un par de fines de semana. He prometido que iré a verlo yo, pero tengo tantas responsabilidades aquí que es sencillamente imposible. En la oficina todos estuvimos libres unos días por el trabajo extra después del congreso, así que no tuve ni siquiera que justificar mi ausencia y pudimos estar juntos el resto de esa primera semana cuando terminamos el trabajo. Ahora, ya se ha hecho una costumbre para ambos hablar todos los días un rato en las mañanas. Para mí, ha sido una bocanada de aire fresco extender un poco más la sensación de bienestar que me da estar con él. Para él, pues no estoy segura, pero creo que su trabajo no le permite tantas sonrisas como las que disfruta cuando comparte conmigo. Ya hicimos más de una vez el prometido recorrido por Las Ramblas, visitamos museos, peinamos los bares y, la noche antes de su partida, este último domingo pasado, lo sorprendí llevándolo al Palau de la Música Catalana y a un concierto gratuito con la Orquesta Sinfónica. La pasamos todo lo bien que se puede pasar cuando no hay compromisos ni expectativas de por medio, solo el presente.

Estas primeras semanas en la oficina, después del congreso, han sido agotadoras en todos los sentidos y nuestras conversaciones matutinas alivian ligeramente la presión. La publicidad ha disparado los pedidos, están pensando en abrir una nueva oficina de distribución en el Caribe, mi jefa está más exigente que nunca y de mis tres ejecutivos, dos están muy ocupados y Maite no está. Ángel la cubre y, a pesar de que se perfilaba como empleado eficiente, ahora tiene un rendimiento promedio. Desde la oficina de Madrid sus referencias en el expediente son maravillosas y el informe que hizo Maite para su contratación es sobresaliente. ¡Yo misma lo he visto en acción! Pero una vez concluido el congreso, todas sus respuestas a mis solicitudes administrativas son «lo estoy trabajando»; y en cada ocasión en que he necesitado algo de él, he sentido como si estuviera enojado conmigo. Normalmente mi personal reconoce en mí una jefa justa, así que la actitud que ha asumido me resulta distinta al resto del equipo e incoherente con su rendimiento en sus primeras semanas de trabajo, por lo que me he dispuesto a hablar con él antes de que la situación empeore. Con Maite fuera, en el último trimestre del año no me puedo dar el lujo de perder el ritmo y menos con los mercados internacionales. Tenemos que aprovechar el *boom* de las recientes actividades y activar todo antes de que lleguen las fiestas.

Aprovecho la informalidad del viernes para pedirle que tomemos un *cappuccino* en un local fuera de la oficina y ver si puedo identificar lo que le pasa. Me sigue obediente, pero sin hablar mucho en el camino o solo contestando con monosílabos. Ordeno un café y él solo hace señas de que le traigan lo mismo. Entonces doy paso a mi discurso sin darle más largas al asunto.

—Ángel, ¿te pasa algo? Parecías muy motivado por todo el trabajo, pero ahora siento que o bien no te gusta lo que haces o bien no te gusta trabajar para mí. ¿Estoy pidiéndote cosas para las que no fuiste entrenado? Puedes pedir ayuda si la necesitas, pero en este momento no sé qué es. Estarás en este equipo unos meses más y necesito que estés a bordo, viene el

cierre de año —comienzo sin hacer pausas, porque debo dejar claras mis expectativas.

—He sido entrenado para lo que estoy haciendo. ¿Te he entregado los reportes no? —dice fingiendo que no pasa nada.

—Una cosa es entregar algo luego de que te lo he pedido muchas veces y otra es entregarlo porque sabes que debes hacerlo. Necesito que seas independiente y transparente, si no tienes algo listo solo debes decirlo y no mentir diciendo que lo estás trabajando —replico.

—¡Transparente! Que palabra tan interesante —agrega y sonríe con ironía.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto y ya mi voz es distinta.

—Pues que primero somos amigos y vamos a la playa y luego no respondes mis mensajes e ignoras mis llamadas. Pero ya descubro que en realidad soy tu empleado y tu intento de solidaridad isleña no era real —espeta con un tono que no me gusta nada.

—Verás, compatriota. Estábamos llevando a un cliente a pasar el rato, es lo que hacemos, no quiere decir que no salga con mis colegas, pero parece que te has apresurado y tal vez te has llevado una impresión distinta de lo que es un fin de semana normal aquí en la empresa —respondo molesta porque esto era lo último que esperaba.

—Tal vez, o tal vez éramos muchos. Ya entiendo que por lo visto las relaciones con clientes sí que no están prohibidas. Yo ya me tengo que ir, a terminar tus reportes —dice poniéndose de pie, y se marcha.

Me quedo atónita por su partida abrupta y su última frase corta cualquier intento de respuesta en una de las conversaciones laborales más incómodas que tuve en toda mi vida. Un empleado con menos de tres meses en la empresa y apenas dos bajo mi supervisión acaba de dejarme con la palabra en la boca y solo siento deseos de gritarle que no sea entrometido, pero ni siquiera está cerca cuando reacciono. De todo lo que ha sucedido en los últimos diez minutos, puedo concluir que, por lo visto, sabe que estoy saliendo con Marco, aparentemente eso le molesta y definitivamente todavía no sé qué tiene que ver nada de eso con su desempeño laboral, a menos que lo haga para molestarme.

No tengo ni siquiera deseos de regresar a la oficina, y luego de todos los discursos que me ha dado Marco sobre Ángel, es la última persona a la que puedo contarle esto. Prefiero ver si Laia está ocupada y quiere que nos veamos más tarde. Tomo mi móvil para escribirle a Fabiana avisándole que trabajaré desde mi casa y dejo saber lo mismo a Paula. La primera contesta asintiendo enseguida y la segunda me recuerda que debo aprobar sus vacaciones en el sistema de gestión institucional. Laia contesta mi mensaje con una llamada.

—Amiga, hoy no trabajo en la tarde. ¿Viene tu galán este fin de semana también? —me pregunta.

—No viene. Tiene pacientes. ¿Quieres almorzar en casa más tarde? Quiero comentarte algo —la invito.

—¡Claro! Pediremos pizza. ¿Se trata de tu médico? —me interroga sin perder tiempo.

—No. No se trata de eso, te cuento cuando llegues, ¿sí? —respondo y me despido de ella.

Pido la cuenta al mesero y espero su regreso, cuando mi móvil emite su sonido de aviso para un nuevo correo electrónico de la oficina. Es de Ángel, que supongo ha llegado ya a la oficina.

Hola,

Debajo están todos los reportes solicitados, el enlace al archivo de metadatos pedidos y la presentación de cierre mes segregada por mercado. El reporte mensual de ventas consolidado por el equipo de mercadeo no llegará hasta la próxima semana, pero el informe debería tener una variación mínima respecto al que he preparado. Ya dejé la explicación de todos los mercados validando con cada ejecutivo de zona. Hay un archivo solo con los gráficos en movimiento por si quisiera presentarlo en la reunión con Fabiana. He preparado un boletín preliminar con los ingresos de representantes nuevos provenientes del congreso, para medir la eficiencia. Si necesita algo más me avisa, jefa...

Ángel

El mesero regresa con la factura haciendo un comentario trivial para que vuelva pronto, mientras permanezco absorta releendo el correo y abriendo todos los enlaces que hay, ya cargados de información en la nube. Lo que tengo semanas pidiendo, de repente aparece en menos de diez minutos ante mí como por arte de magia. Es evidente que ha tenido todo esto hecho en espera de que yo explotara y se lo pidiera de mala gana. Tal vez solo quería mi atención, pero este mensaje no ha hecho más que exacerbar la furia dentro de mí.

El servicio de mensajería instantánea hace vibrar mi móvil, es también de Ángel.

Ángel: Hola, supongo que te debo una disculpa si me fui del café abruptamente; sigues siendo la jefa. El día que nos conocimos, cuando hablamos de camino a tu casa, sentí una conexión especial contigo cuando me dijiste que eras dominicana y por un instante al despedirnos pensé que la habías sentido también. Por eso he sido paciente con todo el trabajo extra que me has dado. Pero ya que entiendo que tal vez todo el tiempo que pasas con los clientes no se debe a temas laborales, me parece injusto que el trabajo de oficina me toque a mí. Quizás debas revisar nuevamente las políticas internas de abuso de poder... aunque por mí no te preocupes... solo estaré unos meses aquí y eres mi compatriota... no te delataría.

Su mensaje me dice a quién me enfrento realmente. La furia se transforma en sorpresa, y si antes estaba molesta, ahora me embarga un sentimiento de incredulidad. El atrevimiento de su declaración es completamente inapropiado y cualquiera que sea su plan es tan arriesgado que mi incredulidad no hace más que crecer ante semejante estupidez. Apenas son las diez de la mañana, pero bien podría desde ya sentarme en un bar. Camino hacia la salida buscando la parada del autobús para irme a casa esperando que la ira que recorre mis venas se disipe. Ocupo el primer asiento disponible en una ventana y me recuesto en el cristal cuando mi móvil empieza a vibrar. La llamada de las diez.

—Hola, Marco...

—*Ciao, Principessa, buongiorno!* ¿Por qué te escuchas desanimada?

—Solo mucho trabajo. Lo seguiré desde la casa, voy en el autobús de regreso.

—¿Y qué harás este fin de semana? Pensé que podrías ver una película y decirme qué te parece. La vi ayer y tal vez te guste.

—¿Ah sí? Puedo buscarla, ¿está en el cine? ¿Cómo se llama?

—Nada que ver. No es un estreno. Pero está basada en hechos reales y me parecieron interesantes los personajes. Se llama *Figuras ocultas*. ¿La viste?

—No la he visto, creo que Laia la mencionó alguna vez. Haré lo posible, pero no será hoy. Debo trabajar.

—También yo. Debo irme ya. ¿Has comprado el boleto?

—Todavía no sé qué día puedo irme, el lunes después de la reunión podré organizarlo todo, ¿vale? Lo prometo.

—*Bene*. No insistiré, pero ha sido tu idea.

—No he cambiado de opinión.

—De acuerdo. Hablamos luego, entonces... ya sí debo irme, Maura ha entrado con el paciente que sigue. *Ciao...*

No puedo contarle lo que acaba de pasar, terminará por darme un sermón, acompañado de varios «te lo dije» y es lo que menos necesito ahora. Marco todavía no me conoce lo suficiente como para saber que no me gustan los comentarios no solicitados. Bajo del autobús y camino despacio la cuadra que me separa de la casa. En la verja del jardín, me cruzo con mi vecina del piso de arriba que va de salida y me saluda con cortesía. Le devuelvo la sonrisa y subo las escaleras al segundo piso, abro la puerta, me quito los zapatos y dejo caer sobre la mesa del salón mi bolso. Camino hasta el pequeño balcón

repleto de plantas, casi todas traídas por Laia. Me siento en una de las dos sillas colgantes y la dejo mecerse mientras observo la vista lateral a la calle. Pienso en lo que ha pasado y me pregunto si alguna vez le hablé de forma autoritaria a Ángel o si acaso le he dado más del trabajo que normalmente debería hacer, pero la verdad es que he sido extremadamente paciente con él. Me cae bien... bueno... antes de hoy. No puedo negar que incluso, si nos hubiéramos cruzado en otra época y en otro lugar, es casi seguro que le volaba encima al primer coqueteo. Sus ojos miel me embriagaron desde la primera vez que los vi porque en su piel morena destacan como los de un felino en la oscuridad. Y aquellos labios carnosos, enmarcados por su barba circular siempre tan bien cuidada, que cuando sonrían forman los hoyuelos más encantadores que haya visto en mejilla alguna. Definitivamente, en otras circunstancias, yo misma lo invitaba a salir, incluso se parece mucho a mi última conquista. Sin embargo, tengo claras mis prioridades y no me relacionaría jamás con un subalterno, es una situación de abuso de poder que viola mis propios principios, sin mencionar los de la compañía. Pero pasar del peligro de ser demasiado complaciente porque me cae bien a que me diga que lo he tratado injustamente, ahí sí que estoy completamente desorientada.

Así que estoy segura de haber sido tan gentil con él como con cualquiera, y estoy haciendo yo misma gran parte de su propio trabajo para no retrasarme porque entiendo que es nuevo. Esta situación sale de mis manos y es un tema que tengo que pensar bien cómo manejar, tal vez deba hablar primero con alguien de Gestión Humana para explicarle. Mis reflexiones han debido distraerme porque veo en la acera a Laia que se acerca con una caja de pizza en las manos. Esta será una conversación interesante.

Capítulo 12

Laia ha traído una pizza de *pepperoni* y una botella de vino tinto. Ha debido entender que es grave lo que ocurre por el tono previo de mi conversación. La dejo acomodarse las cosas en la cocina y busco un par de copas para descorchar la bebida. Mi amiga trae puesto un vestido floreado que en algún momento se llevó de mi clóset, el cabello recogido en una cola alta y un bolso de playa, así que no puedo evitar preguntarle si le he interrumpido otro plan.

—Cariño, hoy vengo a dormir acá. Ese es mi plan. Veremos películas, te enseñaré aquella aplicación de meditación que nunca tienes tiempo de que te enseñe y vas a contarme lo que te pasa —dice tranquilamente mientras sirve la pizza.

—¿Seguro que no ibas a la playa? —contesto dándole una de las copas.

—No. Pero si quieres podemos ir —responde y levanta su copa para que brindemos.

La observo con curiosidad. Hemos sido amigas por más de diez años. Nos conocimos en la universidad, a pesar de que ella en realidad era amiga de mi compañera de casa. Ana y yo nos llevábamos bien, pero cuando su amiga del colegio se unía, la pasábamos todavía mejor. Al principio me daba mucha risa su forma de vestir desafiante, siempre libre y sin miedo a defender sus ideas. Hablaba con tanta pasión de cualquier cosa, que parecía dispuesta a irse a la guerra hasta por el derecho de los gatos a maullar libremente en las noches. Yo solía decirle «hippie happy» en tono de broma, pero con los años he entendido que es el fuego que enciende su alma y ahora solo siento una profunda admiración por su genuina voluntad de servir a algo mayor que ella y de querer guiar a todo mundo por su camino de reencuentro con su ser, el planeta y el universo (para usar sus palabras). Soy su caso perdido, la que aporta cada año el dinero, pero nunca tiene tiempo para ir a las manifestaciones, siempre empezando a reciclar, pero de no ser porque ella me ha enseñado no empezaba nunca. A veces me exaspera, pero otras veces siento que es la voz de mi conciencia hablándome desde su cuerpo, diciéndome todo lo que debo hacer para ganar el cielo. Sus ojos marrones me observan mientras pienso en esto comiendo un último trozo de pizza y ella me aborda interrogante.

—Raquel, ¿vas a decirme lo que pasa? A ver, que también tengo cosas que contarte.

—¿De verdad? ¡Pues empieza tú!

—¡Oh no! Nada de eso, ya tengo mucha curiosidad. ¿Qué pasa con el médico?

—¡De acuerdo! Pero no se trata de Marco. Con él todo va bien... el allá y yo aquí, pero bien. Se trata de Ángel...

—¿El morenazo de la playa? ¿Qué con él?

—¿Puedes creer que me ha dicho que porque ando enamorándome de los clientes estoy abusando de mi poder dándole más trabajo de la cuenta? Bueno, más o menos eso ha dicho.

—Pues... Me sorprende que te haya dado esa excusa, pero ya sabías que le gustas ¿no?

—¡Pero, Laia, cómo crees!

—Pero si en la playa se la pasó buscándote conversación... por más ojitos que le hice en el agua a mí no me miraba como a ti. Se quedó molesto cuando te fuiste con Marco. Y es que con ese cuerpo... ¡Puf...! Me imagino que tiene a las que quiera y de seguro ya está acostumbrado a que le vayan encima, que no le hicieras caso debe haberle mordido el

orgullo.

—¿De verdad te parece apropiado que me haya dicho algo así? ¿Lo que me dices es que está celoso?

—Cariño, pues apropiado lo que se dice apropiado, no. Pero tampoco es la gran cosa. ¿A ver, te faltó el respeto? ¿Te hizo algún comentario desagradable? ¿Lo ha hecho más de una vez? —me interroga

—Es la primera vez que me dice algo así, pero vamos, que con una basta —respondo

—Pues puede tener dos razones, pero ambas son lo mismo, celos —dice encogiéndose de hombros.

—¿Pero de qué hablas, mujer? —le pregunto.

—Pues eso. O le gustas y está celoso porque ha visto que sales con Marco, o simplemente quiere tu puesto.

—¡Mi puesto! —replico exasperada.

—Pues si es que le gustas... solo le rompes el corazón como bien sabes hacer. Que a ti se te declaran todo el tiempo. Al pobre Pablo sí que no te importó romperle el corazón y la vida —me dice en tono regañón.

—Pero, Laia, no compares, si es distinto. Pablo no era mi empleado. Y a tu hermano bien tendría yo que haberle roto no solo el corazón, eh... —le contesto molesta, recordando cuando conocí al hermano paterno de Laia, que lejos de parecerse a ella, era su completa antítesis en cuestiones de personalidad.

—Ya, ya, es un mal ejemplo. Bueno, pues a Danny, a ese lo dejaste colgado de su pobre guitarra y delante de la gente en el bar, pobrecillo —me reprende.

—Laia, tus ejemplos no colaboran. ¿Al final lo que piensas es que le gusto o que quiere mi puesto? —inquiero colocando mis manos en la barbilla e inclinándome para poner atención a su respuesta.

—Pues yo le tendría un poco de miedo a esa actitud de «me la paso haciendo tu trabajo» que tú y yo sabemos que son patrañas. Nunca nadie te ha distraído a ti lo suficiente para dejar de lado tus responsabilidades y el médico no es la excepción. Debes ir con Recursos Humanos y notificar lo que pasa, aunque eso signifique que debas declarar tu relación con Marco, pero sé que eso es lo que no quieres admitir. Sin embargo, en eso consiste madurar. En elegir, tomar decisiones, seleccionar tu costo de oportunidad y confiar en tu instinto. Yo le voy al neurólogo y creo que tú deberías apostarle a ese caballo también. ¿Ya llevan qué? ¿Dos meses? —me pregunta.

—Algo así —digo sirviendo las copas con el resto de la botella de vino.

—Pues le dices a Recursos Humanos que están saliendo. No está prohibido, pero les explicas que él está usando eso porque piensa que puede hacerle daño a tu carrera diciendo que estás descuidando tu trabajo y él te cubre. Mejor que vayas tú y no él. Si no es que ya te ha hecho un reporte. Lo ideal es que vayas a hacerlo este mismo lunes —dice y se ve preocupada.

—Pues haré justo eso. Pero pediré la cita ahora mismo, por si acaso. Las políticas son claras, ¿y este piensa que las explico, pero no las conozco? Gracias, Laia, supongo que quería asegurarme de que no estoy siendo muy dura, pero tienes razón, hay algo raro aquí —respondo y de inmediato tomo mi móvil para escribir solicitando la cita para el lunes.

—Ya me contarás. Y... cambiando súbitamente de hombre, ¿qué hay del doctor?, ¿ya le hablaste de tu familia? —me pregunta y sé hacia dónde se dirige su conversación.

—Amiga, no empieces. No pienso discutirlo otra vez —le replico poniéndome de pie para buscar otra botella de vino. La vamos a necesitar.

—Cariño. Eres perfectamente libre de estar sola, no digo que no. Sabes que defenderé hasta la muerte tu derecho a elegir lo que quieres, pero, debes saber que las asignaturas

que no aprobamos nos la repiten hasta que entendemos la clase. Muy dentro piensas que todos los hombres son capaces de comportarse como lo ha hecho tu padre y no es así — repite como disco rayado y me pregunto si no se rinde luego de tantos años hablando de lo mismo.

—Laia, por enésima vez. No pienso eso de los hombres, no necesito perdonar a mi padre, y mi relación con él no guía mis relaciones amorosas. Si así fuera no hubiese tenido una nunca. ¿Eres ahora la reencarnación de Freud? —pregunto.

—Eventualmente tendrás que enfrentarlo y hablarle. Eso te va a pasar factura, sigue siendo tu padre —replica descorchando la botella que he dejado sobre la mesa.

—Pues si llegara a pasar tengo recursos para pagar la factura. ¿Podemos ya cambiar el tema? Dijiste que tenías algo que contar, empieza —digo impaciente sirviendo una nueva copa e ignorando su último comentario.

Hace años, unos meses después de mudarme en Madrid, Ana y Laia presenciaron la última conversación que tuve con mi padre. Mientras hablábamos por teléfono, yo me paseaba por todo el piso como león enjaulado, gritando cualquier tipo de cosas mientras ellas observaban asustadas desde el sofá. Mi padre quería que yo firmara unos documentos, y aunque mi madre ya había llamado para decirme que debía firmarlos, yo me negaba completamente, ofendida por la sola sugerencia de que hacerlo significaba que yo aceptaba algo de él. No me interesaba; no quería hacerlo y no escuchaba razones. Ya había decidido que el documento de transferencia de alguna propiedad a mi nombre no sería tema de discusión con él y ese evento terminó por romper el fino hilo que todavía nos unía en ese entonces, marcó el fin de nuestras conversaciones, y a pesar de que volví al país a visitar otros familiares, ese año no lo hice. Mi padre desapareció de mi vida y su ausencia le causaba más problemas a Laia que a mí, porque lo mencionaba cada vez que podía. Sin embargo, el dolor que me produjo su traición permanecía latente como el primer día, como una herida abierta que sangraba un poco cada cierto tiempo. Pero yo era perfectamente capaz de desafiar ese dolor, sepultándolo cada día, echando un poco más de tierra encima, tal y como haría hoy. Me sacudí la rabia y volví a preguntarle a Laia, que seguía en silencio, de qué se trataba su misterioso tema.

—En primer lugar, te pido que no hagas un escándalo por esto, Raquel —me dice muy seria.

—Prometido —respondo emocionada y colocando dos dedos en mi boca y recostándome de la silla para escucharla.

—He recibido un correo electrónico de Erik. Vuelve a España y quiere verme —me explica rápidamente, sirviéndose más bebida.

—¿De Erik? ¿El Erik? —la interrogo con la emoción a flor de piel y un nudo en el estómago. Esto es inmenso. Mis ojos deben estar desorbitados en este momento.

—¡No le digas a nadie! Y en especial no le digas a Ana. ¡Te mato si lo haces! —dice poniéndose de pie y camina hacia el balcón, donde la sigo apresurada.

—¿Pero cómo... es decir... cuándo viene, cuándo ha escrito? —le pregunto a la vez que me siento en la silla colgante frente a la que ella se ha sentado.

—Me ha escrito el domingo pasado diciendo que llega en una semana, claro que no he respondido, muero de nervios —comenta y su expresión de confusión es desconocida para mí.

—¿Pero a qué te refieres con eso? ¡Es Erik! Tu alma gemela, tu... —digo emocionada, pero ella me interrumpe.

—¡Pues menuda alma gemela que aun encontrándome se larga! Sabes que en su

momento lo entendí, no soy piedra en el zapato de nadie y mucho menos iba a entorpecerle su búsqueda, su llamado, qué sé yo, su agenda de encuentro espiritual consigo mismo. Pero, Raquel, han pasado dos años, somos personas completamente distintas —me expresa y se pone de pie para ir a rellenar su copa.

—Amiga, ¿no dices todo el tiempo que estamos en constante evolución? ¿Que somos el resultado de una transformación que no se detiene nunca? Pues sí, son personas distintas, pero eso no tiene porqué ser malo. Si antes se morían el uno por el otro, pues tal vez ahora será incluso mejor —le expongo convencida de mis palabras.

—Raquel, ¿por qué ahora? ¡Oh! Tengo, de hecho, una mejor pregunta... ¿hasta cuándo se quedará? Eso no lo dijo. De repente solo viene ese fin de semana y se va otra vez —comenta decepcionada y vaciando la copa con una rapidez inusual en ella.

—Laia, si no se lo preguntas no lo sabrás nunca. ¿Por qué no respondes su correo haciéndole todas esas cuestiones? Creo que es mejor arrancarte la bandita de una sola vez. Escríbele y pregunta lo que quieres saber y entonces decides si quieres verlo o no... igual pueden hacer una videollamada, y si sigue igual de guapo pues tal vez no te importe que sea solo un fin de semana —alego en broma riéndome y pretendiendo que se ría conmigo.

—Tus chistes no son nada graciosos... pero da igual. Le escribiré ahora mismo. Mejor salir de dudas y no romperme la cabeza y que sea lo que el universo quiera —dice tomando su móvil en las manos para escribir.

La observo con curiosidad, meciéndose en la silla colgante de tejido multicolor mientras sus dedos viajan con prisa por el teclado digital de su móvil. Se muerde los labios buscando las palabras correctas y parece haberse ido a otro planeta por un instante porque le hablo y no se inmuta. Tal vez dejarla escribir ese correo con una botella de vino en su sistema es la mejor decisión que tomé en toda la semana, sonrío y reflexiono sobre mi propia situación, mientras la veo allí luchando contra su buen juicio (o malo) y es inevitable pensar en lo que debería hacer a continuación sobre el tema de Ángel. Pero mejor que eso, debería pensar en la propuesta de Marco. Es la segunda vez que le digo que no puedo ir a verlo cuando sé que podría tomar algunos días de descanso y partir a Roma al menos una semana. Ya ha venido él y hemos pasado días increíbles juntos, por eso me pregunto a qué le temo. Siento como si hacer ese viaje significara perder el control que tengo aquí y no quiero eso. Todavía no sé lo que significa y me aterra que él lo descubra primero que yo. Mientras lo decido, le escribo un mensaje trivial sobre la película que insiste en que vea, quiero que sepa que estoy pensando en él.

Capítulo 13

Esta mañana un sol radiante ilumina las vías y el camino desde la estación hasta la empresa se hace más liviano que de costumbre. Los árboles se agitan con timidez al compás de una brisa de otoño que promete la oportunidad de lucirse a la bufanda que llevo guardada en la bolsa. Entro al edificio más temprano que otros días porque no me detuve a comprar café y el elevador luce despejado, pulso el botón y para mi sorpresa disfruto completamente sola de todo el recorrido hasta mi piso. Tendré un par de reuniones como cada lunes y el resto del día será para preparar los reportes del mes. El lugar se vislumbra casi desierto, tal vez he llegado demasiado temprano, pero claro, muchos tendrán visitas fuera de la ciudad esta semana, así que tendremos un poco de silencio por acá. Ha pasado una semana desde mi discusión con Ángel y me alegra que tenga que dar seguimiento este mes a los clientes de Madrid, mientras Recursos Humanos hace la investigación. Su actitud de estos últimos días me sigue resultando molesta y medito sobre lo que pasará al respecto, ahora que he decidido reportarlo. Tuve que explicar que nada de lo que decía era cierto, pero una cosa es que yo lo diga y otra que ellos lo validen. Me costó decidirlo, pero finalmente le he pedido discreción a Magda, la gerente, y le he contado de mi relación incipiente con Marco, él ya me ha dicho muchas veces que le da igual que la gente lo sepa, pero bueno, igual mi vida privada es mi vida privada. Ella me ha recomendado esperar el resultado de la investigación y darle funciones a Ángel fuera de la oficina, así que lo he mandado a Madrid. La semana pasada le he pedido unos minutos a Fabiana después de nuestra reunión de ventas de hoy para contarle también... no quise hacerlo mientras Ángel estuviera en la oficina y aprovecharé que casi no vendrá nadie esta mañana.

Espero poder llamar a Laia temprano para que cenemos juntas. Prometió contarme todo en persona cuando la llamé anoche para que me dijera qué tal había ido su encuentro con Erik. Fueron a comer juntos este domingo, y bueno, no he querido interrumpir hasta que llegada la noche no me escribió nada, tendré que esperar un poco más. Al llegar a mi piso y ver el escritorio de Paula vacío, entorno los ojos justo antes de recordar que ha tomado vacaciones. Entro y dejo mi bolso sobre el escritorio, enciendo mi ordenador para ver mi agenda del día y de paso leer el correo electrónico. Un aviso parpadea de inmediato recordando la reunión que empezará en quince minutos; el móvil emite un pitido avisándome que hay un nuevo mensaje instantáneo, es de mi neurólogo preferido.

—¡Buenos días, *Principessa!* ¿Cómo van las cosas allí?

—Buenos días. Todo en relativo orden. ¿Y tú, cómo vas?

—De maravillas. Pensé que estarías agobiada con tu asistente de vacaciones, así que te escribo para darte ánimos.

—Tienes buena memoria. Yo no recordé eso hasta que vi su escritorio demasiado ordenado.

—¿Has visto la película?

—No... no he tenido tiempo.

Miento descaradamente ante su pregunta porque he pasado el fin de semana entretenida releendo a Agatha Christie. Levanto la vista al ordenador y veo el aviso de que ha llegado nueva correspondencia y es finalmente el correo con el reporte mensual de ventas, por lo

que enseguida doy doble clic en el archivo para verlo, pero el nombre de una perfecta desconocida en el listado de correos pendientes por leer me llama la atención. Ha debido ingresar hace apenas unos minutos, Diana Guzmán es la remitente, no la conozco, pero entro a leer con extraordinaria curiosidad porque tiene mi apellido paterno.

Hola, Raquel,

Me llamo Diana Guzmán, tengo veintinueve años y actualmente vivo en Santo Domingo, en República Dominicana. Mi padre se llama Rolando Guzmán y creo que tú y yo somos hermanas...

Mis ojos se nublan de repente y no puedo continuar, pero ¿de qué habla? ¿Y esta quién es? Mi corazón quiere salir de mi pecho y trago en seco. Me levanto de la silla, adelantándome para cerrar la puerta de mi oficina dando tiempo a recuperar el aliento que se ha ido. Regreso al ordenador y continúo incrédula la lectura.

Sé que no quieres nada que ver con nuestro padre, es de las pocas cosas que sé de ti, sin embargo, me he atrevido a escribirte porque no creo en las coincidencias y si te he encontrado de una forma tan absurda, después de haberte buscando sin éxito toda una vida, es porque alguna razón debe haber.

Mi novio vive en España hace un tiempo. Nos casaríamos esta Navidad, pero ha habido un cambio de planes en su fecha de regreso y seré yo quien vaya para sorprenderlo. Buscando cosas que hacer en Barcelona, he dado con tu nombre en una fotografía de prensa cuando leía acerca de un concierto. Raquel Guzmán Arenas; cuando lo vi, no podía siquiera imaginar que realmente eras mi hermana perdida. Hace ya unas semanas de esto, pero seguí buscando y encontré otra fotografía de un congreso, lo que me trajo a que trabajabas en esta farmacéutica. Siento escribirte a un correo profesional, pero es lo único que tengo, nuestro padre dice no tener tu correo personal y no me atreví a hacerlo antes porque ni siquiera estoy segura de que eres la persona correcta, pero, si tu madre se llama Pilar Arenas y naciste en la República Dominicana, no cabe duda de que somos hermanas. Te anexo una fotografía mía y de mi padre, con nuestro hermano Iván, a quien sé que conoces; si no te interesa para nada que tengamos una conversación, simplemente ignora mi mensaje, pero si de casualidad quisieras hablar, solo responde o llama al número que te dejo debajo. No he dicho a nadie de esto, ni siquiera a mi novio y mucho menos a nuestro padre, así que puedes estar tranquila. Si has llegado hasta aquí leyendo significa que no has borrado el correo, gracias. Ojalá respondas alguna vez, toma el tiempo que necesites para procesarlo, a mí me ha llevado algún tiempo escribirte y entiendo que a ti te tomara otro tanto contestar.

Diana Guzmán

Teléfono...

Mi cabeza da vueltas, estas no son formas de comenzar una semana que de por sí ya se avecinaba complicada. La confusión se apodera de mí y tengo miedo de ver la foto. Si es una broma, es una de muy mal gusto y no se me ocurre nadie que pudiera hacerla. Aquí en España, ni siquiera Laia que es mi mejor amiga, sabe muy bien cómo se llama mi padre, pues siempre me refiero a él como «el Innombrable», si es que alguna vez sale a relucir en una conversación. El archivo anexo se ha quedado en cuarentena y debo antes autorizar al programa de protección de virus sacarlo de allí para poder ver su contenido. No sé qué hacer exactamente, y recibir esto justo cuando en este fin de semana Laia me ha dado nuevamente un discurso sobre mis asuntos con mi padre me ha puesto los pelos de punta. El sonido del móvil me saca de mi desconcierto, me ha llegado un nuevo mensaje. El chirriante pitido continúa insistente mientras vibra a poca distancia de mi ratón.

Siento que las manos me tiemblan y con dificultad alcanzo el aparato, desbloqueándolo, luego de un par de intentos en los que parece no reconocer la huella de mi dedo.

Marco: Oh, Principessa! No te arrepentirás, es una película muy interesante. La veremos juntos, entonces ¿Vendrás este fin de semana como hablamos? Tengo planes para nosotros. ¿Puedo llamarte más tarde o estás ocupada? Tengo pacientes ahora, pero podemos hablar en dos horas si está bien para ti.

Su recordatorio de mi promesa de ir a verlo debería alegrarme el día, pero en este momento siento que no puedo responder; de todas maneras, empiezo a escribir.

Raquel: No lo sé... acabo de recibir un mensaje perturbador y no me siento bien.

Apenas pulso el botón de enviar y siento las manos sudorosas, mi móvil se resbala y cae al suelo, y aunque sé que Marco ha respondido, soy incapaz de tomarlo otra vez. Veo que ingresa una videollamada, pero en vez de intentar recogerlo me alejo en mi silla giratoria lentamente del escritorio, pero siento que las ruedas pesan un quintal cada una, haciendo imposible mi esfuerzo por moverme. El tiempo se ha detenido y estoy atrapada en él. Me falta la respiración, siento que me duele el pecho con preocupante intensidad y el espacio que me rodea empieza a desaparecer ante mí muy despacio. Alguien toca la puerta y creo que algo he respondido porque la han abierto. Debo lucir muy mal porque quien sea que ha entrado se acerca a mí alarmado.

De alguna manera he terminado en la enfermería del edificio, acostada en una camilla mientras una mujer me toma los signos vitales. Distingo a Clara de pie a pocos pasos y atino a preguntar qué me ha pasado.

—¿Pues que te has mareado de mala manera, Raquel! ¡Nos has dado un susto! Fui a buscarte porque vi que no llegabas a la reunión y como sé que Paula está de vacaciones... — me dice mientras la enfermera guarda sus instrumentos.

—Ya estoy bien. Creo que no he desayunado, eso habrá sido —respondo tratando de calmarla y busco incorporarme.

—¿No estarás embarazada? —dice y su rostro parece más preocupado por un buen chisme que por mi salud.

—¿Hay tiempo de regresar a la reunión? —replico ignorando su pregunta y sin saber realmente cuántos minutos han pasado.

—Ya se han ido todos a almorzar, has estado desconectada del mundo un par de horas — me responde.

—¿Horas? —cuestiono desconcertada, esta vez mirando a la enfermera.

—He debido administrarle un relajante, lo que le ha ocurrido es un ataque de ansiedad, posiblemente deba ir a casa a descansar —me contesta la enfermera sin mayor preocupación.

Veo entrar a Fabiana y me muero de la vergüenza. Que pase esto un lunes justo antes de una reunión de ventas con la jefa debe ser lo peor que me ha ocurrido desde que entré a trabajar aquí.

—Querida, me alegra verte recuperada, antes tu rostro estaba pálido como un papel. Han sido semanas agotadoras para ti, debes adelantar tus vacaciones. Ya he hablado con tu equipo y hemos revisado los números. Vamos muy adelantados en la meta del fin de año y tienes bonos de premio acumulados sin reclamar. ¡Úsalos! —dice como una madre que regaña a su hija.

—Fabiana, estoy perfectamente bien, solo ha sido... —respondo poniéndome en pie algo mareada todavía.

—Raquel, ¿qué ejemplo das a tu equipo si no descansas, sobre todo cuando ya te lo has ganado? ¡Es una orden! Necesito que te desconectes para que podamos cerrar el año como hemos planeado. Si no quieres estar fuera más de una semana, de acuerdo, pero no quiero verte en la oficina hasta el lunes que viene. Clara me avisará cuando uses los bonos de viaje, quiero que descanses de verdad —me interrumpe, y al terminar su discurso sale de la enfermería sin dejar que yo replique nada.

Mi frustración ahora es mayor, pues esto nada tiene que ver con mi carga laboral. Clara observa con curiosidad mi vientre, pero mis pantalones ajustados y mi abdomen plano la confunden, supongo que en este momento estará calculando mil escenarios en esa cabecita conspiradora suya. Me resigno a volver a mi oficina para recoger mis cosas. Cuando Fabiana habla, lo hace en serio, y si me ve rondando en el edificio tendré más problemas, así que simplemente es mejor obedecer. Debo convencer a Clara de que estoy bien y que

puede dejar de seguirme, sin embargo, me acompaña hasta que ve que he tomado mi bolsa y recogido del suelo mi móvil. Cierro mi ordenador portátil, lo coloco en la mochila y salgo sin más hacia el elevador. Por suerte hay pocos curiosos mirando, y espero que hayan sido menos los que disfrutaron la escenita anterior. Clara insiste en que el chofer de Fabiana me deje en casa y accedo, porque vamos, no tengo ganas de pelear y sigo un poco boba. Mientras el coche recorre la ciudad, decido leer el mensaje de la discordia nuevamente, pero al desbloquear la pantalla del teléfono veo seis llamadas perdidas de Marco y dos de Paula. Llamo a Paula primero, será una conversación corta para decirle que estoy bien, pues casi seguro que Clara «la alarmista» le ha avisado. Veo una serie de mensajes que me indican que lo más corto será llamar a Roma directamente. Marco contesta y puedo sentir angustia en su voz.

—*¡Pronto, Principessa!*, pero ¿qué ha pasado? —pregunta murmurando otras palabras en italiano ininteligible.

—Me he sentido mal de repente y me han llevado a la enfermería. Ahora estoy de camino a la casa. ¿Será que te puedo llamar cuando llegue? Ya estoy mejor —digo calmándole.

—¿Pero te ha visto un médico? ¿De qué te has sentido mal? —me interroga.

—Estoy bien. No ha sido nada grave, te llamaré desde mi casa —replico nuevamente.

—*Bene, bene...* pero si en veinte minutos no has llamado... —sentencia y lo interrumpo.

—Me llamarás tú... ya lo sé. Pero te prometo que te voy a llamar. *Ciao* —digo, y escucho su protestante despedida al otro lado de la línea.

Ahora que estoy a escasos minutos de la casa, me debato entre contarle o no a Marco sobre el correo que acabo de recibir, cuando apenas nos estamos empezando a conocer. Mi historia con mi padre es... complicada, por decir algo, y si bien conozco la razón por la cual mi madre lo ha dejado y se ha venido conmigo a España, esa razón no incluía una hermana y mucho menos una que tiene prácticamente mi edad. Ahora debo decidir si revelarle este drama a quien solo conozco hace unos meses, llamar a mi mejor amiga para ver qué piensa o incluso contarle a la única que puede arrojar un poco de luz sobre la veracidad de esta locura, mi madre.

MARCO

Capítulo 14

La curva sensual de aquellas pantorrillas deslizándose apresuradas por el pasillo no sale de mi cabeza. El vestido azul índigo se ceñía a su cuerpo de guitarra con majestuosa perfección y la preocupación en su rostro no tenía suficiente poder como para opacar su belleza. Aquella tarde, cuando estreché su mano, una corriente indescriptible recorrió mi cuerpo y tuve que controlar el impulso de acercarme un poco más a ella. La sensación de que ya la conocía se apoderó de mí y ha sido imposible deshacerme de aquel sentimiento extraño a pesar de que han pasado muchos días. Continúo mirando la foto de perfil que exhibe en el servicio de mensajería donde ignora mis mensajes.

Posiblemente me apresuré al invitarla a cenar, quería solo hablar con ella y entender por qué me era tan familiar, pero cuando algo más poderoso que yo me obligó a deslizar mis dedos impacientes desde su hombro hasta su cintura, se alejó de mí. Tomé su mano esperando disculparme, sin embargo, aquel sentimiento de extraña familiaridad volvió a recorrerme y no pude evitar sonreír; por primera vez desde que nos vimos, creo que ella sintió lo mismo, porque salió volando hacia el elevador diciendo una frase breve, algo que casi no escuché y desde entonces no ha hecho más que evitarme. Al día siguiente de conocernos en el pasillo del hospital, esperaba verla en la habitación de su prometido antes de que se fueran, y aunque me hubiera gustado retener al paciente solo por seguirla viendo, no tenía excusas para hacerlo y me esperaba una junta médica a la que no podía faltar. Cuando regresé ya se había marchado con él y su imagen ahora solo se repite como la escena de una película antigua en mi cabeza.

Al principio respondí mis mensajes para decir que su prometido estaba perfectamente, pero sus monosílabos no fueron suficientes para satisfacer mi inquietud sobre lo que realmente me interesa saber. ¿Por qué siento que la conozco?

Maura entra para despedirse por el día recordándome que ya no hay pacientes y puedo irme yo también.

—Gracias, Maura. Ya estoy a punto de irme —le digo y miento con descaro.

—Hasta el lunes entonces. ¡Ah, me olvidaba! El congreso en Barcelona ya es la semana que viene. La invitación tiene un código QR. Es un video si quiere verlo, ¿de verdad se lo va a perder? —dice entregándome un sobre.

—Sí... lo sé, pero ya le he dicho a nuestra ejecutiva que no podía ir porque tenía programada la reunión de la junta médica, dudo que haya tiempo para cambiar de opinión —respondo.

—Estoy segura de que, si les dice que irá, encontrarán cómo acomodarlo. Que cancelaran la junta es lo mejor que ha podido pasar, así que llámela y le buscarán espacio —responde dándose media vuelta para dejarme solo.

—¿Entonces crees que debo ir? —le pregunto sonriente pues ha insistido con que vaya durante algunos días.

—Pienso que ya les ha hecho sufrir bastante. Y a los dos nos vienen bien unos días libres —responde guiñándome un ojo y dando la espalda para marcharse.

—¡Sé que solo tramas deshacerte de mí! —le grito, solo por diversión, cuando ya ha salido de mi oficina.

Recorro la invitación y observo el código con curiosidad. Me enviaron el video hace un par de meses y es ahí donde por primera vez vi la imagen de Raquel Guzmán, una preciosa rubia de cabello rubio y rizado, con ojos grises enormes y un rostro deslumbrante el cual me dejó maravillado desde que apareció en pantalla para hacer la invitación al congreso. Era imposible que pasara desapercibida ante mis ojos con aquella contagiosa sonrisa que inundaba todo.

Maite me pasó su contacto y la llamé el mismo día que vi el video, para agradecer la cortesía y escuchar su voz de terciopelo otra vez, de esta forma me aseguraba de que no era un audio modificado y que la melódica sinfonía era realmente suya. Resultó ser una chica encantadora y con la que podía hablar de cualquier cosa, así que me he acostumbrado a hablar con ella de los pacientes, de los medicamentos y los efectos que tienen en ellos, pero también conversamos sobre películas, libros e incluso hablamos de conocernos y que me mostrara la ciudad. Al principio era algo estrictamente profesional, sin embargo, en más de una ocasión he sentido la curiosidad de darme un paseo por Barcelona para verla en persona. A veces las mejores decisiones son de no pensarlo mucho, y Dios sabe que necesito distraerme; las vueltas que da Virginia Duval en mi cabeza terminan por marearme y en un impulso repentino le escribo un mensaje a Maite para preguntarle si habrá tiempo de colarme al congreso. Me responde enseguida diciendo que me acomodará una habitación y un lugar en la reunión, me pregunta cuándo pienso llegar. Es una sorpresa que responda casi de inmediato, así que busco una página de internet para comprar un vuelo saliendo al día siguiente de Roma; consigo espacio por la mañana y le paso a Maite mi itinerario. Normalmente no trabajo los viernes, así que me tomaré el fin de semana para hacer algo un poco distinto a lo de siempre.

Redacto un mensaje para Raquel, casi siempre nos escribimos al terminar la jornada laboral, y aunque, si está en la oficina, de seguro Maite le avisará que iré al congreso, quiero ser yo quien le diga que he cambiado de opinión a último minuto.

Marco: *Ciao*, Raquel, ¿estás? ¿Qué tal va tu jueves?

Raquel: Hola, Marco, pues hoy he teletrabajado así que va bien. Tengo una presentación importante mañana y estoy repasando datos. ¿Y qué hay de ti?

Marco: Terminando una tarde de consulta ligera. ¿Viste la película que te recomendé?

Raquel: Pues sí, la he visto, me ha parecido una historia genial. Gracias por comentarme, solo por el título no me hubiera animado a verla. Pero tienes razón, los paisajes se parecen mucho a lo que te encontrarás en mi isla si un día te animas a visitarla.

Marco: Espero poder hacerlo un día, tal vez decides llevarme contigo en unas vacaciones...

Me detengo. El furor me gana y quiero seguir escribiendo, pero dudo en terminar la frase. Ella me gusta; su conversación es amena, es muy bella y aquella voz... siento que he llegado a un manantial de ensueño cuando la escucho. Por eso, cuando me pone notas de audio, disfruto mucho más que cuando leo sus mensajes. Pero todavía no me he animado a preguntarle si tiene pareja. Por la manera en que responde tan pronto mis mensajes en las noches, me atrevería a jurar que no, pero no se lo he preguntado. Llevamos semanas hablando por este aparato y no le he preguntado si tiene novio. No sé cual respuesta a esa pregunta es peor. Si tiene novio, pues será una insensatez si tiene algo conmigo. Admitámoslo, detrás de los pacientes, los medicamentos y las conversaciones superfluas sobre películas, hay entre nosotros un interesante coqueteo mutuo. Por otro lado, si no tiene, no quiero que piense ni en mil años que soy candidato a ese título, no me interesa y no quiero nada que ver con dramas y mucho menos si son a larga distancia. Que esto no pase de flirteo tampoco tiene sentido para mí, sobre todo porque he mantenido abierta

esta puerta con la única esperanza de cerrarla en algún momento, preferiblemente si voy a estar yendo a Barcelona cuando me decida a ser la imagen del dichoso laboratorio. Ya el hospital me ha dicho que es buen negocio para todos, y aunque no soy muy de relaciones públicas, pues que todo sea por mi carrera. No le he comentado nada a Maite, pero ya lo he decidido.

En cuanto a Raquel, no estoy muy seguro de que ella quiera lo mismo que yo, así que tal vez sea directo y le diga que iré al congreso y que espero salir con ella. Si cuando la conozca me sigue gustando igual, pues espero que sea mutuo, y si no, pues tampoco pasa nada, me la pasaré bien de cualquier modo. Quiero escribir de nuevo para decirle que iré finalmente a Barcelona en la mañana, pero la batería de mi teléfono me traiciona y se agota antes de que pueda siquiera leer lo que me ha escrito sobre mi último comentario. Debo ir a llevar un presente a mi sobrina por su cumpleaños y no llegaré temprano a casa. Supongo que le escribiré esta noche.

Me he adelantado, por suerte, y he comprado una muñeca graciosísima para Ava, con un set de científica, gafas de laboratorio, juego de probetas y todo, ya está en el asiento trasero de mi coche. Me gusta mucho que haya juguetes educativos de toda clase en estos tiempos. Mi hermano me mataría si falto a la fiesta, a pesar de que la niña no se enterará porque apenas ha cumplido dos años, pero es una excusa válida para ver a mi familia y ya lo he prometido. Conduzco tan pronto como la ley me permite para llegar a tiempo de cortar el pastel, el atardecer casi termina para dar paso a una fresca noche de bienvenida al otoño. El bullicio de la pizzería se extiende hasta el aparcamiento donde me desmonto y cargo la inmensa caja envuelta en papel multicolor y con un sencillo lazo verde. Entro al jardín y el apasionante colorido de los globos me deslumbra. Creo que ver los pasillos pálidos del hospital todo el día me ha hecho sensible al color. Mi madre ondea la mano desde su mesa y se pone de pie para salir a mi encuentro. Mi hermano corre tras mi sobrino más pequeño que apenas está aprendiendo a andar y ya corretea como caballo desbocado y mi cuñada me saluda desde la mesa del pastel donde intenta, sin éxito, hacer unas fotos a la niña. Ava lleva un overol de mezclilla y una camisa a cuadros, mientras su madre trata de que no se quite el sombrero para la fotografía. Algo me dice que el tema de la fiesta es «granja». Deposito la caja en el suelo para abrazar a mi madre que inicia con su interrogatorio de siempre.

—¡Marco, hijo! Llegas tarde. ¿Has tenido que operar hoy? —me pregunta besándome ambas mejillas.

—Mamá, por enésima vez, no soy cirujano, no opero pacientes —le replico cansado de explicar en cada ocasión la misma cosa.

—Tú me entendiste ¿no? Y... ¿vienes solo? —continúa con el preludeo de una charla interminable sobre mi vida de soltero.

—Sí. Mejor solo que mal acompañado. Mamá no empieces con lo mismo —respondo escapándome para saludar al resto de la familia.

—¿Todavía no resuelves tus asuntos con Giulia? —continúa resuelta a mantener abierta la herida de mi casi matrimonio, creo que todos los involucrados hemos superado la situación menos mi madre.

—Mamá, ha pasado más de un año, debes entender que no tengo asuntos que resolver con Giulia. Simplemente ya no estamos juntos —contesto apelando a mi última bocanada de paciencia y me alejo de ella mientras lo hago.

Posiblemente las mujeres piensan que son las únicas presionadas por la sociedad para formar una familia, tener hijos, un trabajo bien remunerado y una relación armoniosa con la vida profesional y académica. Ser criado por una madre tradicional, con un solo hermano y con demasiadas primas, hace que te solidarices con aquellas personas cuyos roles han

sido predefinidos por otros. Seamos hombres o mujeres, creo que se espera demasiado de las personas y eso termina por llevar a mi consulta más pacientes de los que llevan las verdaderas enfermedades físicas. Acabo derivándolos a psicología y terapia familiar, por dolores de cabeza que provienen del estrés al que vivimos sometidos todos los días.

Por eso, y para no ofender a mi propia madre, he aprendido a callar, respirar y continuar. Busco un lugar para sentarme y disfrutar de la comida, muero de hambre, y si alguna ventaja tiene el estar sometido a este ruido, es que puedo comer. Pienso en el repentino viaje que acabo de organizar para mañana y recuerdo que no le he avisado a Maura para que cancele mis citas de la próxima semana y avise al doctor que le toque cubrirme. No tengo cómo recargar la batería del teléfono, así que al igual que mi conversación con Raquel, esto deberá esperar a que vuelva a la casa. Sus ojos grises se cruzarán con los míos por primera vez, sin una pantalla de por medio, espero que valga la pena el viaje.

Capítulo 15

Mi maleta de mano se adelanta a mí con ligereza. Ha sido la gran compra del año, cabe todo y no pesa nada. Camino hacia el letrero con mi nombre en letras negras relucientes y acompaño al conductor hasta el aparcamiento. La ciudad está ligeramente mojada, supongo que ha llovido, sin embargo, el sol ilumina con potestad las avenidas y me recuerda la belleza de una ciudad que conozco muy poco, pero me gusta mucho. El vuelo ha tomado menos de dos horas y en unos veinte minutos el conductor me ha dejado en la puerta del hotel, falta todavía un rato para las doce del mediodía, cuando ya estoy instalado en mi habitación.

Escucho las notas de voz que me ha dejado Maura acusando recibo del mensaje que le escribí temprano, cuando me iba de camino al aeropuerto. El director del hospital me ha escrito un correo respondiendo el que escribí informándole que finalmente vendría al congreso, por lo que veo rápidamente es un poco extenso, así que lo leeré con detalle en algún momento. Veo decepcionado que Raquel todavía no me ha respondido, esperaba un poco más de entusiasmo de su parte por mi llegada, pero vamos, no me rendiré tan pronto. Me quito los zapatos y me lanzo a la cama desparramando, sin querer, los chocolates que han dejado de cortesía. Hace mucho que no salía de Roma y otros aires me vendrán genial para desconectarme de todo. Le escribo a Raquel otra vez solo para que sepa que estoy en la ciudad y le pregunto si quiere o no ir a cenar, de lo contrario haré planes. No está en línea así que, sin más, entro a la página web del congreso para ver si conozco a algunos asistentes; si no quiere salir conmigo, al menos podré hacer un par de noches divertidas con algún amigo que seguramente encontraré entre los especialistas que llegarán a la ciudad. Veo un nombre conocido y me alegra inmensamente saber que estará aquí. Inez es mi amiga desde la facultad, vive en Madrid y hablamos todo el tiempo; ya le había dicho que no vendría y ella no estaba segura si tendría chance, así que lo mejor será que le escriba un mensaje para que se entere de que al final he logrado llegar. No me perdonará si me ve de repente el lunes.

Tengo hambre, la comida del avión no es de mis favoritas y busco en el mapa lugares cercanos para almorzar. Una ducha fría me hará bien. Me detengo ante el espejo del baño y pienso que me vendría bien una afeitada, no me había dado cuenta de la barba incipiente y he salido tan rápido esta mañana que poco me he fijado. Aprovecho para alistarme y escojo una camisa fresca, formal pero no muy formal, tal vez, y ella responde antes de que vaya a almorzar. Me cambio y escucho el sonido de mi móvil avisando de un mensaje. ¡Finalmente! Le respondo sin dilación, no me importa parecer desesperado por su llamada. Le pregunto dónde está y responde con el nombre de uno de los restaurantes que ya he visto en el mapa unos minutos antes. Guardo el móvil en mi bolsillo y me pongo en camino, está apenas a una calle de distancia y llegaré pronto. Salgo del hotel, y las personas van de un lado a otro sin mucha preocupación, el sol oculto tras las nubes favorece las caminatas y disfruto del paisaje que me ofrece la ciudad. Pienso en la mejor forma de saludarla, si bien hemos hablado mucho virtualmente, hacerlo de forma personal es distinto. Sabré cuando la vea si debo darle la mano, abrazarla o besarla en las mejillas, dejaré que el momento lo decida.

Entro al restaurante, doy un vistazo para encontrarla, quizás debí preguntar qué ropa trae puesta y no salir corriendo hacia acá, por suerte no hay mucha gente. Me ha visto primero y sale a mi encuentro, se ha cortado el cabello, le queda bien, su cuerpo de sirena se acerca despampanante envuelto en un vestido violeta de líneas sensuales, nunca había visto su cuerpo completo, casi siempre la cara y, como mucho, la mitad superior. Tiene buenas piernas, unas caderas para perderse en ellas y la cintura de una avispa en construcción, es delgada en algunas partes de su cuerpo y en otras no, curiosa combinación. Su busto no es muy generoso, pero el escote que lleva la favorece, le daré un ocho por presentación y un diez por actitud, camina segura y me habla con tranquilidad, intercambiamos un par de frases y está decidido, serán ambos, abrazo y besos.

La sigo hasta la mesa y nos sentamos para continuar la conversación, dando paso a mis disculpas por aparecer de la nada; la verdad es que no estoy arrepentido de haberlo hecho y me da igual que venga una amiga suya, como me ha dicho.

—¿Has tenido un buen vuelo? —me pregunta sin dejar de sonreír mientras tomamos asiento.

—Pues ha sido tranquilo. Y ¿qué piensas? ¿Me veo como lo imaginabas? —le digo una vez nos hemos acomodado y sabiendo que ha pensado en mí. Estoy siendo directo, pero su rostro parece un signo de interrogación y tal vez lo he sido demasiado. Estamos cara a cara ahora, me daré cuenta si miente.

—Pues no suelo pasar mi tiempo imaginando cosas. ¿Tú sí? Pero... ahora que lo pienso, has dicho que soy «distinta» a como me imaginaste —me responde con coquetería haciendo referencia al primer comentario que le hice cuando intercambiamos las primeras sonrisas.

—Estás distinta al video de promoción, a las fotografías y a las videollamadas. Te has cortado el cabello, por ejemplo. Pero tu voz es exactamente la misma —alego enseguida, seducido por su canto de sirena.

—Y, si puedo preguntar, ¿por qué cambiaste de parecer tan de pronto sobre el congreso? —me pregunta colocando una de sus manos en la barbilla e inclinando su rostro hacia mí. Si la mesa no nos separara podría besarla en sus labios color violeta aquí mismo.

—Maura, mi asistente, me ha recordado que la junta médica de la semana próxima, en la cual tenía que presentar mis casos, ha sido suspendida y por lo tanto podía viajar. Sospecho que quiere unos días libres y ha insistido para que venga. Pensaba que ya no habría chance, pero Maite me ha dicho que sí —contesto con sinceridad. Pero oculto la parte en la que quiero distraerme y sacar a cierta latina intrusa de mis pensamientos.

—¡Oh! Pues me alegro de que así haya sido. Espero que podamos compartir entonces —me dice y, anhelo que con «compartir», se refiera a lo mismo que estoy armando yo en mi cabeza cuando tenga esas caderas desnudas en mis manos.

—Soy tuyo desde hoy, así que espero lo mismo. Prometiste llevarme de paseo si venía y aquí estoy —le recuerdo su promesa de antes. Se sonríe de forma incesante, y mi comentario no ha sido tan gracioso, así que me doy vuelta para ver lo que provoca su carcajada reprimida.

Ha llegado su amiga. Y definitivamente es muy simpática... y preciosa. Habla sin cesar. ¡Oh, le ha hablado de mí! Supongo que no le soy tan indiferente después de todo. La charla es amena y divertida, eso es bueno, si tengo que almorzar con la amiga, pues que al menos no sea una tortura. Hablamos un buen rato, pero ahora se ha marchado con la misma energía con la que llegó. Nos quedamos solos de nuevo y solo puedo ver los labios carnosos de Raquel matizados por lo que queda de un labial morado mientras me cuenta que iremos de paso a la oficina antes de ir de paseo. Todo lo que puedo pensar es que podría besarla allí mismo, pero habrá tiempo para eso.

Después de una corta caminata entramos al piso donde se alojan sus oficinas. Una jovencita de larga cabellera la recibe justo antes de que un moreno de porte elegante salga a nuestro encuentro. Su cara me es extrañamente familiar y siento que lo conozco de algún lado, pero ¿cuáles son las probabilidades? Maite es a la única de esta empresa a la que conozco de manera personal, bueno... y ahora ya conozco a Raquel. La voz del tipo es como la de esos locutores de radio que dedican canciones románticas. Se presenta y se pone a mi orden, me entrega las credenciales y yo sigo pensando que ya he visto antes esos pómulos cuadrados en alguna parte. No tengo que seguir buscando dónde lo he visto antes porque mi guía turística me indica que debemos irnos a su casa.

El trayecto es rápido y la compañía es agradable, sin embargo, ella me pregunta de algo que no quisiera hablar. Pero he sido yo quien le ha puesto la conversación sobre Virginia en primer lugar, así que le respondo. La dominicana que no contesta mis llamadas, no había pensado en ella desde que llegué a Barcelona, pero si me da hilo... la verdad es que podría quejarme todo el día de que no me responde. Pero soy lo bastante hábil como para convencerla de que es un interés estrictamente profesional. Me he perdido en la conversación y ni siquiera noto cuándo llegamos a su casa. Subimos para que se cambie de ropa y de zapatos. Me hace gracia ver en la sala el mismo sofá que compré hace unos meses para mi apartamento en Roma, parece que tenemos gustos similares. Se respira un ambiente pacífico aquí, eso me gusta. Me traerá un café, pero el aroma que me embriaga me hace alcanzarla en la cocina. No sé si es esta fragancia paradisíaca, el vestido que enmarca con perfección su *derriere* o si simplemente esta mujer me gusta, el punto es que quiero apretarla contra mí y esconder mis labios en su cuello. Creo que se da cuenta porque me deja atendiendo la cafetera y sale corriendo hacia su habitación.

Hace mucho que esta sensación no me abrasaba de esta manera. He estado con mujeres, sí, después de lo de Giulia incluso, pero no se sentía igual... creo que puede ser algo más que solo ir a la cama con ella. No lo sé... mientras preparo el café no puedo evitar pensar en lo que era mi vida hace un año. Vivía con Giulia desde hacía varios meses, nos habíamos mudado juntos luego de una relación intermitente de casi cinco años. Era relativamente fácil estar con ella porque la conocía muy bien y tenía sentido, fuimos vecinos en la adolescencia antes de que me marchara de Italia a estudiar, y cuando regresé a casa de mi madre ya no éramos niños. Estuve solo unas semanas en casa antes de mudarme a mi apartamento, pero ese tiempo fue suficiente para que hiciéramos química y comenzáramos a salir. Ella ya no era la chiquilla simpática de cabello castaño y sonrisa contagiosa. El tiempo había dado paso a una mujer elegante, de busto generoso y agenda complicada. Estudió publicidad y estaba convencida de que las redes sociales y el impulso digital eran el futuro, pero sus jefes no estaban de acuerdo. Recuerdo nuestras conversaciones entusiastas, la pasión desatada en sus discursos intentando convencerme de que abriera una cuenta en una de las redes sociales del momento, a mí, que ni siquiera me gusta tomarme fotografías. Pese a mi consejo de conservar su trabajo, renunció para abrir su propia agencia de publicidad digital y comenzó a conseguir cuentas pequeñas y luego más grandes. Cuando nos mudamos juntos, la idea desechada por sus antiguos jefes era la misma que muchos querían comprar por millones de euros. Un edificio de cinco pisos lleno de jovencitos y jovencitas con el cabello de diversos colores, montando patineta en interiores y sentados en sillas colgantes frente a sus ordenadores portátiles, manejando las páginas sociales de cientos de compañías. Invertí solos unos miles, lo que ella me pidió, porque su entusiasmo era contagioso; la quería y, aunque no tenía ni la más remota idea de la mitad de lo que decía, estaba seguro de que alguien con tal energía podía ganarse el mundo si era su objetivo. Mi inversión, varios años después, generaba más dividendos que mi carrera en un año, lo que resultaba increíble.

El problema, una vez que nos mudamos juntos, fue que los esfuerzos para coincidir eran inútiles. Se suponía que yo era el del trabajo difícil, pero la mayoría de las noches me quedaba plantado en un restaurante o en la soledad de la cama, esperando que ella llegara. Siempre había una actividad de un cliente a la que debía asistir, un diseño que supervisar, una campaña que coordinar. No lo notaba cuando no vivíamos juntos, pero a ella no parecía afectarle y a mí sí. Finalmente entendí por qué y con el dolor de mi alma la dejé ir. Ni mi familia o amigos lo entendieron, ella era una mujer encantadora, el centro de la conversación en las actividades, y no puedo quejarme, siempre fue conmigo a cada cumpleaños y reunión familiar. Pero cuando le das un anillo a una mujer y ella es la que insiste en posponer la boda, es necesario entender el motivo. Le vendí mis acciones en *Futurae*, nos separamos en paz, coloqué el dinero, que me pareció una extravagancia, en un fondo de inversión y me olvidé de ello.

Desde que Giulia se fue, mis relaciones con las mujeres no han sido más que salidas casuales y pretendo que así se mantenga. Hace un año ya y me ha ido bien, sin complicaciones ni sorpresas. Para mí, ser médico era dar algo de mí al mundo, pero decidí embarcarme en algo todavía más importante y hablé con el director del hospital para que considerara asignarme investigaciones, y toda esta conversación con la farmacéutica de Barcelona no es más que un paso adelante en ese trayecto que tal vez me lleve fuera de Italia por un tiempo. Una relación a largo plazo tampoco es una opción pensando en lo que quiero hacer, así que es mejor mantenerme soltero. Espero que Raquel no piense en que esto puede ser algo más, quizá deba poner las cosas claras desde el principio. Le llevo el café y casi tropiezo con su escultural figura envuelta en una sensual bata de baño, bajo el rostro para que no vaya a sonrojarse, o quizá soy yo quien se ha sonrojado... no lo sabría en este momento. Me hace un comentario sagaz y se va a su habitación para cambiarse mientras voy al salón a planear mi próxima jugada. Creo que me ha dado luz verde para ello. Me acomodo en el sofá, aprovecho para leer el correo electrónico que me ha enviado el director más temprano y tomo el café que es en realidad delicioso. Me ha dicho que es de su tierra natal, República Dominicana. El mismo hogar de Virginia, la curiosa trigueña que me ignora y cuya presencia me llenaba de intriga.

Y por lo que leo, también el lugar donde mi jefe me explica que es posible que hagamos el primer proyecto de investigación con la farmacéutica. Debo asistir a una reunión con ellos para que me entreguen un *dossier* informativo durante el congreso, pero no debo comunicarlo a nadie todavía. La enfermedad de Huntington^[7], una patología rara, grave y hereditaria para la que de momento no existe cura. Una condición neurodegenerativa por la que los pacientes sufren movimientos involuntarios, depresión, irritabilidad y grandes cambios cognoscitivos que afectan a su capacidad para pensar, entender, razonar y retener información. La he estudiado desde que hice mi trabajo de investigación en la residencia y ahora tengo la oportunidad de integrarme a un equipo que busca evaluar una molécula que previene el daño oxidativo al ADN de las mitocondrias y la pérdida de neuronas. La farmacéutica, el hospital, una universidad, un equipo multidisciplinario de genetistas, psiquiatras, terapeutas y neurólogos trabajaríamos en conjunto durante tres años al menos, alternando viajes entre Puerto Rico y República Dominicana, para desarrollar un proyecto financiado por un organismo internacional.

Es una oportunidad increíble, pero tendría que dejar mi práctica, al menos mi práctica en Roma, pero esto es lo que yo quería. Estoy completamente sorprendido y entusiasmado de lo que viene y no puedo esperar a saber un poco más de los detalles. Respondo su correo electrónico con un breve comentario para que sepa que lo he leído y me apresuro a guardar el teléfono porque se acerca mi cita del día. La felicidad me embriaga y no puedo

precisamente compartirla, pero al ver la belleza rubia que me responde con coquetería a la primera cosa que se me ocurrió decirle que hacía, no puedo evitar acercarme un poco más a ella.

La atraigo sin más hacia mi pecho y clavo mis labios en los suyos, dejo que la adrenalina que me recorre traspase en cada roce de mi cuerpo en el suyo. Me aseguro de que está de acuerdo con esto y, sin más, me olvido del tiempo, del trabajo y de las desventuras por un maravilloso momento.

Capítulo 16

El paseo por el Barrio Gótico ha resultado interesante, no tanto como la sesión apasionada de la tarde, pero interesante al fin. Ella es, en persona, un poco más de lo que ha sido virtualmente. Me encantan su actitud independiente, su voz dulce, sus pechos pequeños que caben perfectamente en mis manos y son tan redondos que bien pudiesen moldear la copa Pompadour^[8], me gusta ella en todo el sentido de la palabra. En el bar al que hemos venido esta noche, nos esperan su asistente y el joven que vi antes en la oficina, se llama Ángel. No puedo evitar pensar que ya lo he visto en algún lado y me siento incómodo con estas sensaciones que me invaden últimamente, al creer que conozco a alguien de alguna parte o que me parecen familiares... como con Virginia. A veces veo algo que me la recuerda y no puedo controlar mencionar su nombre. Es una estupidez hacerlo precisamente hablando con Raquel, pero ha sido de forma inconsciente, trataré de tener más cuidado.

En cuanto a este tipo, pone más atención a Raquel de la que debería y no me gusta cómo la mira, pero, bueno, apenas nos estamos conociendo y se comporta amablemente así que le daré el beneficio de la duda, por ahora.

Hablamos mucho mientras las cervezas vienen y van, conversamos acerca de la ciudad; Paula me cuenta de los lugares en Barcelona que no debería perderme. Ángel habla de Madrid, donde solía vivir hasta hace poco y se ofrece para llevarme al día siguiente a la playa porque él también quiere conocerla. Aparentemente tienen playas nudistas en plena ciudad, lo cual a mí, en lo particular, me resulta bastante curioso.

Después de un par de horas paseando por Las Ramblas, y al llegar el momento de despedirnos, pensaba continuar la noche en mi hotel con mi cita de la tarde, pero los arreglos del taxi para volver han sido distintos y me toca compartirlo con su asistente. Creo que aprovecharé para saber un poco más de ella en el camino y quien mejor que Paula para contarme.

—Ha sido una noche encantadora. Gracias por sacrificar tu viernes en la noche para acompañarme, Paula.

—¿Sacrificio? ¡Pero si la he pasado muy bien!

—Pues me alegro de que seas tan condescendiente con un anciano como yo.

—¡Pero cómo puede decir eso! ¡Si es usted superjoven!

—¿Qué edad piensas que tengo?

—Pues no lo sé, pero con todo lo que toma estudiar su carrera ya debe tener al menos treinta años.

—Tengo casi cuarenta. ¿Te imaginas? De seguro que te doblo la edad.

—¿En serio? Pues si no lo parece para nada, se lo garantizo.

—Yo, a tu edad, pensaba que tener cuarenta era algo muy lejano, incluso pensaba que ya no tendría que andar de fiesta, pero ahora que los tengo pienso muy distinto. Para las mujeres debe ser algo parecido.

—Antes sí, pero ya todo ha empezado a cambiar. Como mujer no tengo expectativas para ninguna edad en particular, solo las tengo y ya, lo que quiero hacer con mi vida. Creo que los hombres, en ese sentido, sí que la han tenido mucho más fácil, no se espera que tengan

hijos antes de cierta edad, por ejemplo.

—¿Tú crees? Mi madre me molesta constantemente porque no me he casado y ella quiere nietos, así que creo que los imaginarios no son buenos para nadie.

—¿Y no se ha casado porque no quiere o por... otra cosa?

—Pues siempre he estado muy ocupado, pero casi estuve a punto de hacerlo hace un tiempo.

—¡Oh!

—¿Y qué hay de ti? ¿Piensas casarte algún día? ¿O ustedes los *millennials* no creen en el matrimonio? Ja, ja, ja, la verdad es que no entiendo muy bien a tu generación.

—¡Ja, ja, ja, claro que creo en el matrimonio! Tengo novio, eso es un avance. No soy como Raquel...

—¿Como Raquel?

—Pues sí. Creo que ella se pierde de mucho porque no cree en el amor en sentido general. Me parece una tontería, pero tendrá sus razones.

—De seguro no lo dice en serio. En el fondo todos creemos un poco en el amor ¿no crees?

—El amor es la fuerza que lo mueve todo. No tienes que creer en él para que exista. Es lo que nos trae al mundo y lo que nos mantiene en él.

—Podrías poner esa frase en una taza.

—Tal vez lo haga... ja, ja.

—¿Y cómo es tener una jefa que no cree en el amor?

—Un día seré como ella. Ha logrado escalar sin más que su trabajo continuo y mucho estudiar, nos trata bien y, aunque es muy exigente, siempre está dispuesta a enseñarnos. Me contrató sin nada de experiencia y me ha enseñado todo lo que sé, me defiende en público y me reprende en privado. Ella no lo sabe, pero la admiro un montón. Así que, aunque no crea en el amor, creo que es su defensa para no parecer vulnerable. Es difícil para las mujeres lograr cosas en las empresas dominadas por los hombres, pero ella y Fabiana, nuestra jefa, son muy respetadas en el sector y en parte se debe a que no descansan nunca. Eso no deja tiempo para el amor...

—Deberías decirle...

—¿Qué cosa?

—Que la admiras... a veces es todo lo que alguien necesita para no rendirse.

El coche llega a nuestra primera parada, la casa de mi compañera de viaje que ha resultado mucho más madura de lo que pensé. Nos despedimos y continúo mi trayecto a pie hasta el hotel porque son solo dos bloques y me gusta caminar. Acelero el paso porque parece que la lluvia de la tarde acompañará también la madrugada. Llego y me acomodo en la habitación, le escribo un mensaje a Raquel quejándome porque no ha venido conmigo y le recuerdo que debe llevarme a pasear por la mañana. Estoy cansado, pero no puedo evitar releer el correo electrónico del director, repaso los documentos que me ha adjuntado, anoto en mi agenda del móvil la hora y fecha de la reunión a la que debo asistir con Fabiana y finalmente el sueño me vence.

Cuando abro los ojos de nuevo, el amanecer me da la bienvenida y descubro que he dormido como un lirón por al menos ocho horas seguidas. Me doy una ducha y bajo a desayunar en el restaurante del hotel. Mientras me sirven el café caliente, encuentro un mensaje de Ángel, que me recuerda sobre la playa. En realidad, mis planes no lo incluían a él, pero se vería muy sospechoso decirle que no. Me avisa que me recogerá a las diez treinta en el hotel. Son algo más de las nueve así que escribo un mensaje a Raquel para que se nos una. No me responde y parece que ni siquiera lo ha leído después de un rato.

Leo otro mensaje de Inez donde me avisa que llegará el domingo por la tarde, así que finalmente nos veremos aquí mañana, espero. Subo a la habitación y me paseo por las redes sociales un rato para ver las fotografías del cumpleaños de mi sobrina, me han tomado algunas y veo que Giulia ha comentado en una de ellas con «un abrazo a la familia más bonita». ¿En serio, Giulia? Pudo haber sido tu familia también, ¿no? Pero no... ¡aquel director creativo se ajustaba más a tu estilo de vida!

Sentí que se me cayó el mundo cuando me lo dijo. Recordé nuestra conversación con toda la rabia que me traía el momento. Estábamos en la cama y le mostré en el móvil la fotografía de un lugar en el sur de Italia al que pensaba podíamos ir por nuestra luna de miel, y dejó la revista que tenía en las manos. Me miró en silencio y dijo que teníamos que hablar.

—*Sigues hablando de eso, pero no estoy lista. Ni siquiera sé si quiero casarme, apenas cumpliré treinta y cuatro años.*

—*¿Ahora no quieres casarte? ¿Llevamos un año hablando de esto y de repente no te quieres casar?*

—*¿De repente? Te lo he dicho mil veces, pero no me escuchas. Si lo que tenemos no es suficiente para ti, tal vez deberíamos dejarlo del todo.*

—*¿Dejarlo del todo?*

—*No... no estoy lista para escoger.*

—*¿Escoger? ¿Escoger qué? ¿Vestido? ¿Lugar? ¿Para qué no estás lista realmente? ¡Solo dilo!*

—*No estoy lista para escoger a una sola persona. No quiero hacerlo. Quiero tener opciones. Eres muy puritano para ello... pensé que podía, pero sigues hablando de ello constantemente y la verdad es que prefiero que lo dejemos así.*

Me dejó con la palabra en la boca, y vestida en pijama como estaba, tomó las llaves del coche y se fue. Fue el momento más incómodo de mi vida, pero al mismo tiempo fue muy revelador. Unas semanas después supe que salía con su director creativo y solo en ese momento comprendí a qué se refería con «elegir».

Al principio sentí que había desperdiciado casi cinco años con alguien que posiblemente estaba conmigo porque no sabía cómo dejarme. «Puritano», usó una palabra curiosa para definirme, pero la cruda realidad es que si bien nunca la engañé, porque mi filosofía de vida se basa en la lealtad, también es cierto que cada vez busqué una excusa para terminar la relación si alguien más me gustaba lo suficiente. Estuvimos unos tres años saliendo de forma intermitente porque en esos momentos era yo quien no estaba dispuesto a elegir. Creo que ella estaba haciendo lo mismo esta vez; y yo, simplemente, lo merecía. ¿Coquetear con otras cuando tienes novia es considerado «engañarla»? ¿Esperar para ver si el coqueteo es mutuo para dejar tu relación actual y embarcarte en otra es en verdad ser fiel? Todavía no lo sé, pero tal vez el amor llega en ese instante en el que ya no quieres coquetear con nadie más.

Ya es casi la hora de que vengan a recogerme y vuelvo a escribir a Raquel. Decido llamarla y contesta con voz soñolienta solo para negarse y hacer que le ruegue. Me dice que se reunirá más tarde con nosotros y nos despedimos. Estoy seguro de que la hemos pasado bien juntos, así que le creo y bajo para no hacer esperar a mi acompañante. Lo encuentro abajo y partimos juntos de camino a la parada de autobús. Dice que iremos a Paseo de Gracia para conocer Casa Batlló y Casa Milà. Siempre he escuchado de estas impresionantes estructuras, pero no las he visto de cerca y mucho menos entrado, así que me entusiasma la idea. En palabras del propio Gaudí: «No hay líneas rectas ni ángulos rectos en la naturaleza. Por lo tanto, los edificios no deben tener líneas rectas o ángulos rectos». Imagino que es como la vida... los trayectos nunca son rectos, todo camino emocionante tiene sus curvas. Pasamos una mañana interesante recorriendo la ciudad y hablando mucho, más que nada de sus planes. El chico finalmente no me cae tan mal, pero es ambicioso, sabe que quiere llegar lejos o trabaja para conseguirlo, al menos eso parece. Me sorprende saber que también es dominicano, este país me ha perseguido donde quiera

que voy estos últimos meses, algo querrá conmigo este dichoso paraíso tropical. Tal vez es una señal de que debo mirar con cuidado en esa dirección.

Raquel llama para avisar que nos encontrará en un restaurante de la playa para almorzar, vendrá con su amiga Laia, lo cual es una excelente noticia porque servirá para entretener a Ángel. Después de todo, es a ella a quien quiero ver. Aprovecho para pedirle a él que me anote una estadía prolongada en el hotel, saliendo el sábado para Roma en vez del miércoles, así podré disfrutar un poco más esta inesperada semana lejos del consultorio. Claro, no le digo por qué, es completamente innecesario.

Una hora después aparecen las dos rubias desfilando bajo el sol de la tarde. Raquel tiene el cabello recogido y los hombros descubiertos al igual que sus piernas, parece una chiquilla al lado de Laia que es altísima.

—Pensábamos que se habían arrepentido —digo poniéndome de pie, y beso a ambas mujeres.

—Ángel, ella es mi amiga Laia —la presenta Raquel mientras saluda.

—Es un placer —responde él con una inclinación de cabeza.

—Un gusto también... ¡Oh! ¡Ya han ordenado! —observa la chispeante Laia con la energía que ya le había conocido ayer.

—Solo algo para picar —contesto y hago señas al mesero para que traiga más cervezas. Me sorprende saber que Laia no toma cerveza, es bueno que alguien este sobrio de cualquier modo.

No pasan ni veinte minutos cuando Laia se ha quitado el vestido para irse al mar, deslumbrando a la multitud con su bañador dorado en el camino. Ángel la observa disimuladamente y yo lo observo a él con curiosidad hasta que se para de su silla, se quita la camisa y los zapatos para seguirla. Raquel se queda inmóvil en su lugar justo al frente mío, y ahora que estamos solos puedo hablar sin temor.

—Por un momento pensé que no vendrías —digo, buscando la expresión tras sus gafas oscuras.

—No me lo perdería ni por todo el cansancio del mundo —me responde y sé que es sincera.

—¿No te darás un chapuzón? —le pregunto sonriendo mientras me quito la camisa.

—No traigo puesto el bañador —me explica encogiéndose de hombros.

—¿Vienes a la playa sin bañador? —digo de manera sarcástica.

—Pensé que íbamos a la playa nudista... —agrega, y no puede aguantar la risa.

—Luego te llevaré a alguna parte para que puedas pasearte desnuda... pero solo para mis ojos —expreso y cambio de asiento para quedar a su lado.

—Laia podrá deshacerse de Ángel, espero. —Señala a los susodichos que se salpican mutuamente en la orilla.

Pasamos la tarde juntos, compramos recuerdos en una tiendita cercana y, conforme lo planeado, nos despedimos aprovechando que tanto Laia como Ángel acaban de regresar del agua y no podrán seguirnos así empapados como están. Subimos al autobús en dirección a mi hotel, y ni bien llegar a la habitación, nos echamos uno encima del otro en un baile apasionante que se prolonga hasta entrada la noche.

Capítulo 17

El ruido de la ciudad es tenue, camino hacia el hotel cuando bajo del taxi que, hace instantes apenas, compartía con Raquel. Anoche hemos dormido juntos y hoy hemos pasado un domingo entretenido recorriendo Barcelona y algunos de sus monumentos. Incluso hemos ido al hospital brevemente a ver a Maite que tuvo a su bebé. Al anochecer la he dejado en su casa y no me ha permitido subir alegando que debe prepararse para el congreso, así que me conformo con verla a la mañana siguiente antes de la primera conferencia. Mientras tanto, he quedado con Inez para cenar porque ha llegado no hace mucho y he aprovechado para escribirle desde el taxi avisándole que voy de camino. Está en otro piso de mi hotel, pero nos reuniremos en el restaurante, así que ni siquiera subiré a mi habitación. Es tan puntual que probablemente ya me esté esperando. No me equivoco, la veo con el cabello rubio recogido en una mesa del centro, tomando de una copa con vino tinto. Su expresión es tan encantadora como siempre. Es una de mis amigas más hermosas y me siento orgulloso por nunca intentar nada romántico con ella, valoro mucho su amistad y algo así de seguro que la hubiera arruinado. Nos conocimos en la facultad, era la novia de uno de mis mejores amigos, un patán que terminó por romperle el corazón y luego de eso se ha pasado la vida añorando que ella lo perdone. Cuando ya casi cumplés cuarenta años y sigues persiguiendo a la mujer que amabas a los veinte, debes haber cometido un error muy grave como para no haberte perdonado. Nunca supe lo que hizo; ni él lo dijo, ni ella tampoco, pero con Inez quedamos muy amigos, y si voy a Madrid me reúno con ella y con el resto de la facultad, pero a él hace años no lo veo.

Se casaron poco antes de que termináramos la especialidad y tuvieron una hija que ya tiene ocho años, mi ahijada Sabrina. Terminaron divorciándose hace unos años y, básicamente, ella se ha dedicado a su carrera y a la niña. Cuando hablamos por última vez, Inez me dijo que salía con alguien que vive Madrid, pero que posiblemente yo no lo aprobaría porque era más joven que ella. Me reí de su aventura, bromeé con que sufría su propia crisis acercándose a los cuarenta y me reprochó la indiscreción. Viéndola ahora, Inez no parece ni de treinta años, así que voy a darle el beneficio de la duda al tipo.

—Amiga querida... ¿Cuánto ha pasado?, ¿seis meses ya? —le digo dándole un abrazo cuando se pone en pie, sonriente.

—Tu ahijada ya ha olvidado tu rostro... ¿Vas a ser de esos padrinos que solo aparecen en el bautizo, los cumpleaños y los Santos Reyes? —responde devolviéndome el abrazo.

—Bien sabes que para sacarme a mí de Roma... —contesto en mi defensa.

—Pero es que, precisamente, me ha sorprendido mucho tu mensaje. ¡Si ya me habías dicho que no venías! ¿No me digas que es sobre la mujer esa con la que has estado hablando? —me cuestiona y es inevitable mi carcajada.

—¿De qué mujer hablas, Inez? —respondo entre risas.

—Ja, ja, ja, ¿estás hablando en serio? ¿Tan enamorado estas que ni siquiera te das cuenta de que hablas de ella todo el tiempo? Eso sí que no me lo esperaba. Bueno, pero me tranquiliza, por lo menos ya te olvidaste de la mujer del paciente, la tal Virginia —me dice y ahora estoy completamente confundido con su comentario.

—Pero, Inez, si acaso he mencionado a Raquel una vez o quizás dos. Estás paranoica —

contesto.

—No. No lo estoy. Hace ya varios meses que estás con esto. ¡Desde que mandaron la invitación al congreso en aquel video! Estoy en lo cierto, ¿no? ¿Has venido a verla a ella? ¡Todo eso de tu supuesta obsesión con la tal Virginia, no puedo creer que sea tu forma de sabotear lo que te está haciendo sentir esta otra chica! —me expresa y algo dentro me aprieta el estómago.

No puedo responder, estoy atónito con lo que ha dicho y me quedo pensativo. Ella continúa hablando. No la escucho... el camarero nos interrumpe para que ordenemos la cena. Ella pide una ensalada con pollo, yo un filete y un trago de whisky bien cargado, voy a necesitarlo para esta conversación. Supongo que he mencionado a Raquel más de lo que estoy dispuesto a admitir y mi amiga, que no me pierde el rastro después de lo que pasó con mi última relación, ha notado algo que yo me había esforzado en ignorar.

—Marco, si estás enamorado de Raquel, debes aceptarlo y ya. Tienes que creer que es posible enamorarte de nuevo para que pase, lo de Giulia no tiene por qué repetirse —dice mirándome a los ojos.

—¿Por qué todo el mundo insiste en mencionarme a esa mujer? Giulia es prueba superada en mi vida. El dolor no es para siempre Inez, ningún sentimiento lo es — respondo tomando un último sorbo de mi vaso.

—Si no es por eso, ¿entonces qué es? Es muy obvio para mí que te gusta, mucho más que cualquiera con la que hayas salido siquiera. Eres muy ingenuo en estas cosas, amigo, siempre lo has sido, aunque te esfuerces en parecer lo contrario —afirma y sé que tiene razón. Pasé mucho tiempo estudiando para convertirme en lo que soy ahora, y en los temas amorosos nunca fui un Don Juan, no aprendí a serlo a tiempo y ahora es inútil intentarlo.

—No pasa nada, Inez. Estamos apenas conociéndonos, ni siquiera la había visto en persona, apenas nos hemos conocido el viernes, pero te admito que me gusta, mucho más después de este fin de semana, pero ella vive en España y yo en Italia. Es una relación destinada al fracaso, y mejor que nadie sabes que no voy a repetir el fiasco de quererme casar. Eso está fuera de discusión —sostengo ligeramente irritado.

—Solo te pido que no te cierres a la posibilidad. Hay muchas cosas que pueden pasar, la distancia no es un impedimento. Además, en la vida no todo puede ser la carrera, por favor —repite.

—Te contaré algo, pero no puedes compartirlo, tendré una reunión esta semana para discutir los detalles. Sabes que voy a trabajar con la farmacéutica, te lo dije la última vez. Lo que no sabes es que no solo es un asunto de imagen, es posible que haga una investigación, y no es en Roma. Solo eso te diré, pero debes entender por qué no puedo empezar una relación ahora, aunque quisiera —le confieso a sabiendas de que me han pedido no decir nada, pero sé que ella no lo dirá a nadie.

—¿Han aceptado tu proyecto de investigación? ¿Huntington? —pregunta entusiasmada y en un tono más elevado de lo que yo quisiera, a sabiendas que ya otros invitados al congreso deben estar cenando aquí.

—¿Puedes bajar la voz, mujer? Mañana tendré los detalles. Parece que sí. Pero no quiero que hablemos de mí y mucho menos de trabajo, ya tendremos tiempo para eso. Quiero saber quién es este tipo que ahora te roba el aliento, a ti, una mujer hecha y derecha. ¿Sigues con eso? —Busco cambiar de tema lo antes posible.

—¿Te enojarás? Ya no está en Madrid, está aquí, en Barcelona. No es nada muy serio, es divertido, pero nada serio. Son solo unos años menos, tampoco sería gran pecado ¡eh! Ya te he mandado la fotografía para que veas que ni siquiera se nota gran diferencia de edad entre nosotros —dice y me pasa el móvil para que vea la fotografía que me envió hace unos meses para convencerme.

—¿Es él? —inquiero decepcionado al reconocer un rostro moreno que en estos días se hizo familiar. Ya sabía yo que lo había visto en alguna parte.

—¿Por qué la sorpresa? Ya te había enviado la foto antes. ¿Estás celoso? Un latino emocionante que me está enseñando a bailar merengue, de seguro te mueres de envidia tú que siempre has tenido dos pies izquierdos —responde entusiasmada y burlona.

—No necesito saber bailar... no es eso. Lo conozco, es Ángel, trabaja con Raquel precisamente y ha estado saliendo con nosotros estos días. No actúa como alguien que tiene pareja y me da mala espina —digo sin miramientos.

—Sé que trabaja en la farmacéutica. Así nos conocimos. Y bueno, estamos empezando a salir, pero lo han trasladado a Barcelona y se ha complicado un poco. Vamos... tampoco es tan serio —me comenta encogiéndose de hombros, pero la conozco y sé que mi comentario le ha caído mal.

—Escucha, no es que lo haya visto haciendo nada malo. Pero si acabas de llegar, ¿por qué estás cenando conmigo y no con él? —le pregunto y trato de que analice sola la situación.

—Porque debe trabajar mañana temprano, hemos hablado ya. En cualquier caso, yo podría preguntarte lo mismo. —Se envara.

—*Touché* —contesto y vacío mi vaso.

Seguimos conversando sobre la investigación en voz baja y trato de quitarme de la cabeza la imagen de Ángel mirando fijamente a Raquel en cualquier descuido, o salpicando de agua a Laia en la playa. Parece más un picaflor que la pareja ideal para una de mis mejores amigas, pero supongo que ella no le ha hablado de mí porque no sería tan descarado de comportarse como un hombre soltero sabiendo que conozco a Inez. Espero equivocarme porque odiaría verla herida.

No prolongamos mucho más la noche ya que ambos debemos descansar para el día siguiente y subimos a dormir. Nos esperan los días del congreso y confío en que algunas noches divertidas también.

Capítulo 18

El primer día del congreso transcurrió muy rápido, y atendiendo al pedido de Raquel de que no debía distraerla, pasé casi todo el tiempo con Inez, pero pude notar enseguida que eso no le gustaba nada a la rubia de los rizos más bellos que haya visto. Una pena que se haya laceado el cabello esta semana, la hace parecer mucho más seria de la cuenta. Ese día, Fabiana, su jefa, me llamó aparte para comentarme del proyecto y tuvimos una conversación interesante que me insistió en no repetir.

—Doctor Stasio, me alegro de que hayamos podido convencerlo de venir al congreso —dijo con seriedad.

—Ha sido un placer, tiene un equipo muy convincente —le respondo sin abundar en detalles.

—Espero que el director haya enviado toda la información pertinente, comenzamos en enero los preparativos, le he dejado instrucciones precisas con el cronograma de trabajo previo. Ojalá que puedas hacer los arreglos pertinentes para estar en la isla antes de marzo próximo —me pidió sin rodeos.

—Así ha sido, me mandó algunos documentos por correo y me dijo que el resto me lo darían aquí —respondí con tranquilidad a pesar de que no había tenido tiempo de abrir casi ninguno de los anexos.

—Sí, pero... hemos evaluado hacerlos llegar directamente a Roma, no queremos correr el riesgo de que se conozca la noticia en la oficina antes de tiempo. Verás, dentro del plan estratégico se prevé la expansión al Caribe y hemos pensado que, hacerlo al mismo tiempo que empieza el proyecto, nos permitirá crear una base firme de distribución, una vez el medicamento esté listo —me explicó casi susurrando mientras nos arrinconábamos en un espacio vacío del salón.

—¡Oh! Supongo que es un buen plan —contesté sin entender a qué se debía tanto misterio y debió leer mi mente porque lo aclaró enseguida.

—Queremos proponer a Raquel que asuma el liderazgo del proyecto. Es joven, soltera, capaz y puede guiar a cualquier equipo tan lejos como se lo proponga. Ha asumido cada reto que le hemos dado con energía y es dominicana, así que conoce el país, no necesitamos gestionarle un permiso de trabajo. Estamos seguros de que irá contenta —me confesó.

—¡Oh, promoverán a Raquel! —dije posiblemente con más emoción de la que debía.

—Sshh, no le hemos dicho nada todavía, porque su reemplazo debe estar disponible para asumir su posición aquí. No podemos hacer ningún cambio hasta que Maite no regrese de su permiso de maternidad en enero próximo y apenas ha salido ayer. Antes queríamos saber cuáles eran sus planes con respecto al permiso, si tomaría todas las semanas, si las compartiría con su marido, en fin, hoy es cuando nos ha enviado Recursos Humanos las fechas exactas. Podemos avisarle a Raquel una vez transcurridas las seis semanas obligatorias de Maite, eso será en las primeras semanas de noviembre. Y ella podrá asumirlo cuando regrese del permiso y entonces Raquel podrá empezar en Santo Domingo. Será bueno para ti tener a alguien conocido con quien reportar los avances cuando sea necesario —me contó con emoción contenida porque caminaban personas cerca de

nosotros.

—¿Y piensa usted que ella querrá irse? —le pregunté fingiendo indiferencia, probablemente sin éxito.

—Pero ¿por qué me llamas de usted?, por favor. Me puedes tutear. Raquel es arriesgada, no teme a las aventuras. Es un alma independiente y le confiaría mi vida de ser necesario porque no hay cosa que le pida que no logre, siempre que dependa de su esfuerzo. ¡Mira que te ha conseguido a ti! —me dijo emocionada, olvidando que no debía subir la voz.

—¿Perdón? —pregunté temiendo que se refiriera a...

—Pues sí, ya habíamos dado por perdido que vinieras al congreso y, sin embargo, aquí estás —expresó al ver mi rostro confundido.

—¡Ah, claro! Sí, sí... al final he podido hacer unos arreglos y venir —respondí dudando sobre las intenciones de Raquel con todos esos meses de conversación conmigo, ahora que sé que tenía como meta que yo viniera al congreso.

—Pues me alegra muchísimo que así sea. En fin, confío en tu discreción sobre estos asuntos, con la competencia al acecho, no podemos darnos el lujo de decir las cosas antes de que sean un hecho. Una vez que le comuniquemos a Raquel la promoción, ella será tu contacto en Santo Domingo, estoy segura de que aceptará y te prometo que es una chica encantadora —me dijo finalmente y señaló el camino hacia el restaurante.

Esa conversación marcó el principio de una duda que me molestó. ¿Sería esa la razón por la que Raquel me había dicho que no debía distraerla en el congreso? ¿Era acaso su manera sutil de decirme que ya había alcanzado su objetivo y yo no le interesaba más? Tenía que saberlo, y a pesar de que se había comportado perfectamente celosa cuando me vio hablando con Inez, tal vez el cóctel de esa noche me aclararía si yo le interesaba realmente o no.

Estaba dispuesto a vivir una aventura con ella, incluso le dije que no quería nada serio, pero solo lo hice porque estaba a punto de irme a otro continente, sin embargo, ahora que sabía que ella pronto iría al mismo lugar que yo, comenzaba a cuestionar mis verdaderos sentimientos por ella, en especial, luego del discurso motivacional de Inez. Esa noche, cuando nos encontramos en el cóctel, aproveché para pedirle a Ángel que cancelara mi reservación extendida porque iría a Madrid, quería la reacción de ambos. Inez ya me había dicho que Ángel la había tratado con indiferencia ese día, pero esperaba que en la noche estuviera más relajado y se acercara a hablar con ella, aunque hizo todo lo contrario.

Ángel ya sabía que yo conocía a Inez, y por lo que hizo cuando ella llegó, no estaba feliz de verla conmigo, porque arrastró a bailar a Raquel. Más tarde esa noche, traté de advertirle a ella sobre su ejecutivo de Ventas, pero pensó que estaba celoso. Supongo que algo de eso habría, pero me preocupaba más que cualquier otra cosa que él estuviera dispuesto a mentir si eran otros sus intereses.

El resto de los días en el congreso casi no pude ver a Raquel, pero cuando la noche de la cena de gala final llegó, ya me había reservado para el día siguiente un hotel cerca de su casa para pasar los siguientes tres días esperando conocerla mejor y darme cuenta de su interés en mí.

La vi llegar, ataviada en un vestido color turquesa que simulaba una sirena. Los brillantes en su cuello resaltaban con delicadeza y parecía una estrella de cine de otra época. Ella no me vio. Se dirigió a su mesa asignada, delante de la mía, y pude contemplarla casi toda la noche sin que ella lo notara. Inez insistía en que debía buscarla para bailar con ella, pero eso sería hacer el ridículo. Así que esperé a que terminara la cena y me acerqué, le di la llave de mi habitación y me fui en búsqueda de un taxi. Dejé a Inez con la esperanza de que

su novio la buscaría para irse juntos después, y es justo lo que me contó que ocurrió más adelante.

Cuando me disponía a subir al taxi, una voz conocida me abordó y sonreí. Me di vuelta y allí estaba ella, brillando en competencia con la luna en medio de la noche, con aquellos ojos grises que atravesaban cada fibra de mí con impetuosidad. No podía más que sentirme dichoso de saber que no le importaba solo por cumplir una meta que le había puesto su jefa, tal vez valía la pena extender la diversión. Nos fuimos juntos y pasamos una noche increíble. Solo cuando la tuve completamente desnuda sobre mi cama en mi habitación del hotel, cayó en cuenta de que no podría salir en la mañana de allí con aquel traje y nos reímos juntos de semejante problema.

«Mañana veremos», le dije, y antes de que despertara, había ido a comprarle un vestido en una tienda cercana.

El resto de los días estuvimos en su casa o en la calle, conociendo la ciudad a pleno día, visitando atracciones que no había tenido tiempo de ver y tomando cañas en día de semana porque ella no tenía que ir a trabajar. Me sentía relajado, feliz y tranquilo cuando caminaba a su lado, se sentía correcto. Cuando nos despedimos, me acompañó al aeropuerto y me dio un largo beso, como aquel del amante que piensa que no volverá a ver a su gran amor. Su abrazo me transmitió sensaciones que pensaba había perdido para siempre, y por un instante pensé que tal vez, solo tal vez, era posible creer en lo imposible.

Capítulo 19

He regresado a Roma hace un par de semanas, con mucho más de lo que me llevé. El congreso fue exitoso en casi todas sus aristas. Mi proyecto de investigación ha sido aprobado en todas sus partes y debería partir en el primer trimestre del año hacia Santo Domingo para empezar los trabajos. No lo harán oficial hasta enero y me quedan tres meses para organizar mi salida y planificar mi llegada. Maura es la única a la que he dicho porque debe ser asignada a otro consultorio y el hospital se está encargando de eso, y claro, cumplo mi promesa de mantener en secreto lo de Raquel hasta que se lo comuniquen.

Algo que definitivamente no esperaba de este viaje era la sensación de vacío con la que me he quedado al dejarla. La he llamado cada día sin falta y extraño cada ápice de ella, pero no es suficiente. Sé que le dije que no quería nada serio y ella definitivamente parece que tampoco quiere nada serio, pero me pregunto si al menos podemos prolongarlo un poco más. Hablamos antes de irme para que ella viniera unos días y, mientras tanto, siento que cada instante que pasa me acerca al momento en que nos encontraremos otra vez. Es una sensación estúpida considerando que pasamos juntos una semana, pero fueron más las horas que estuvimos juntos en ese tiempo, que las que pasé feliz con Giulia en los últimos meses de nuestro compromiso.

Por el momento soy yo quien ha ido a verla. Dos veces ya. Sin embargo, ella tiene constantes excusas para no venir. Es inevitable preguntarse si en verdad esto que siento durará hasta que la vuelva a ver, si será igual, si ella siente lo mismo. Como cada mañana le escribo para saber si puedo llamarla. Necesito escuchar su voz, hablar de tonterías irrelevantes y de cosas importantes. Me responde brevemente y aprovecho para confirmar que viene este fin de semana, el momento se acerca y pronto van a decirle de su promoción.

Sin embargo, hace unos minutos ha dejado por mitad nuestra conversación y lo siguiente que me escribe es que no se siente bien. Hago una videollamada, pero no la contesta y entonces insisto con todas las formas de comunicación posible, pero no la consigo. Me debato entre llamar a su secretaria y ponernos en evidencia a sabiendas de que me ha advertido que no debemos decirle a nadie que estamos saliendo juntos. Ha llegado mi primer paciente y no tengo más alternativa que dejarlo y esperar a que me conteste.

Cuando termino la consulta vuelvo a tomar el móvil y, pese a todo lo que me dice el sentido común, escribo al móvil de Paula, aunque sé que está de vacaciones.

Marco: Paula, perdona que te moleste en tus vacaciones, pero hablaba con tu jefa y de repente ha dicho que se siente mal. Desde entonces no he sabido de ella y hace poco más de una hora de eso. ¿Tendrás noticias? Perdona, de verdad, sé que no estás en la oficina.

Paula: Hola, doctor... se ha mareado. Me ha escrito una amiga diciendo que está en la enfermería. La están monitoreando. Le avisaré si sé algo más.

Marco: Gracias, Paula...

Solo me tranquiliza que está en la enfermería. Espero que no sea nada grave. Comienzo a preguntarme si Fabiana le ha dicho ya lo de su nuevo puesto y esa es la razón por la que se ha enfermado de repente. Continúo atendiendo pacientes y luchando contra la

incertidumbre. Es un momento interesante para darme cuenta de que siento por ella algo más de lo que estoy listo para decir en voz alta. El dolor en la boca del estómago me dice que tengo miedo de que algo le pase y eso significa que me importa... y mucho.

Cuando el móvil vibra, y veo la fotografía que nos hicimos en el Balcón de Barcelona aparecer en la pantalla, mi corazón da un salto y me pongo en pie para contestar. Es breve y dice que me llamará al llegar a su casa, pero que está bien. Es un alivio escucharla, aunque debo esperar un poco más para saber lo que ocurrió. Pasa del mediodía y Maura se ha ido a almorzar al despedir al último paciente de la tanda matutina. No tengo hambre y solo me recuesto en el sillón para esperar que el móvil vuelva a iluminarse.

—*¡Principessa!*, ¿has llegado bien a la casa?

—Así es. Me siento mucho mejor. Me han dicho que me ha dado un ataque de ansiedad.

—¿Y eso por qué?

—Tú dime, eres el doctor.

—No es momento de bromear. Dime qué ha pasado. Quisiera poder estar contigo ahora.

—Ya lo estarás... escucha, sé que había dicho que iría este fin de semana, pero ¿crees que puedo ir antes? Fabiana me ha hecho tomar las vacaciones desde hoy.

—*Amore*, puedes tomar el siguiente avión si quieres. Cancelaré el resto de mis consultas por la semana ¿sí? Solo atenderé las emergencias y puedes descansar en mi casa. Solo avísame para ir al aeropuerto a recogerte.

—Tengo muchas cosas que contarte... creo que iré mañana, hoy solo quiero dormir, me han dado un sedante. Luego te aviso de mi vuelo.

—¿Puedes decirme si pasa algo malo?

—Nada que no tenga solución.

—Creo que entonces tenemos mucho de qué hablar.

—Mañana hablamos, ¿sí?

—De acuerdo. ¡Descansa, *Principessa!*

Lo primero que pasa por mi cabeza es que debo llamar a Maura para que avise a mi asistente de la casa que debe ir esta tarde a limpiar. Normalmente va los martes y viernes. Lo siguiente es que no tengo muchas alternativas, lo que sea que haya pasado allá, ella tiene que relajarse aquí, por lo que no deberíamos hablar acerca de mi partida inminente. Para eso habrá un poco más de tiempo. A menos que... todo esto se trate de su viaje. Quizá no le ha gustado la noticia, tal vez le han dicho que se va, ¡pero no le han dicho que yo también! No sé qué pensar. He preparado una agenda turística para el fin de semana porque había prometido venir este viernes, la he tenido por un tiempo ya porque ella siempre me dejaba plantado, pero asumo que podremos hacerla esta vez en día de semana, si es que se siente bien. El director del hospital da un par de toques en mi puerta entreabierta para invitarme a almorzar. Bajamos a la cafetería del hospital y me aborda tan directo como siempre lo ha sido.

—Marco, estamos muy entusiasmados con la investigación. La junta piensa que podemos reunirnos cada seis meses para discutir los hallazgos. Pensamos que podías hacer un viaje corto en diciembre para buscar dónde vivir. Tendrás que instalarte en la capital y es mejor que vayas buscando vivienda cerca del hospital.

—¿Diciembre? ¡Pensaba que empezábamos el año próximo! Estás hablando de que me vaya en un mes... no sé —respondo de forma intuitiva con algo de sorpresa.

—No para quedarte. Un viaje corto, para buscar casa que puedas rentar, una semana servirá. Ya hemos pedido a alguien que seleccione algunas para que las veas. La instalación definitiva sería a finales de enero como lo discutimos. ¿Hay algún problema? —me

interroga y espera mi reacción con atención.

—No... solo que es un poco inesperado —respondo y finjo tranquilidad mientras tomo un bocado de mi pasta.

—Nuestra agencia de bienes raíces tiene una filial en Santo Domingo que te ayudará. Mi asistente le enviará los detalles a Maura. Este proyecto puede conseguirnos muchos más fondos, Stasio, contamos con ello —me dice muy serio.

Hoy no necesitaba más presión de la que ya tengo. Sé a lo que estoy apostando aquí, y aunque cuando apliqué para la investigación estaba enfadado por lo de Giulia y sentía que alejarme de todo y de todos era lo único que podía mejorar mi vida, ahora no estoy tan seguro de que así sea. Tal vez mi mundo no empieza y termina con Raquel, así como no pasó nunca con Giulia ni con ninguna mujer antes o después, porque mi carrera siempre ha sido primero, pero si antes pensé en casarme es porque no imaginaba que mis metas profesionales fueran incompatibles con el amor. Tener una pareja con quien ver las películas y series de televisión, con quien hablar de libros y cualquier otro tema que me distraiga, con quien salir a conocer lugares, con quien ir a la playa. Ella podía ser justamente eso y ahora tenía en la palma de la mano el hecho de que tal vez sí podía pasar. Si ella aceptaba el puesto, podríamos estar juntos allá.

Inez tenía razón, me estaba enamorando de Raquel sin siquiera darme cuenta y no estaba dispuesto a abandonar tan pronto la esperanza de lo que podría ser. Ya el compromiso con el proyecto estaba hecho y en cuestión de semanas tenía que irme a vivir por tres años precisamente al lugar que ella dejó atrás muchos años antes. No sé cómo decirle que me voy y ni siquiera estoy seguro de querer hacerlo porque prefiero prolongar el tiempo que nos quede juntos y usarlo para continuar forjando recuerdos en caso de que ella se niegue a la posición. Tal vez no sea justo para ella, tal vez no lo sea para mí, pero desde el principio fui transparente con mi deseo de una relación completamente informal y ella estuvo de acuerdo. Quizá ella no quiera irse por eso...

¿A quién engaño? Tal vez soy solo un inútil aspirante a Don Juan que no tiene lo que se necesita para ello. Tal vez a ella no le importe y a mí sí. Eventualmente, debo encontrar el momento para hablarle. Regreso al consultorio y le comento a Maura que tendré visitas. Tengo solo dos pacientes esta tarde, podré ir temprano a casa y prepararme para su llegada. Debo contactar a la empresa que me ha comentado el director, veo el correo electrónico de su asistente que manda el contacto a Maura y me pone en copia. Supongo que tendré que contarle a Raquel después de todo porque tengo que viajar a Santo Domingo en un mes... iré a conocer su país y ojalá ella quisiera pasar esa semana conmigo allá, sería una linda forma de continuar este capítulo en mi vida... y en su vida, tal vez se convenza y acepte la posición o tal vez no lo haga. Sin embargo, ya no puedo posponer más lo que tanto me he esforzado en ocultar, y la peor parte es que si Fabiana no le ha dicho nada, esto sonará como una despedida en vez de una oportunidad de llevar esto más lejos. No tengo más alternativa que salir a camino de alguna forma si me veo en la obligación de contarle. Intentaré prolongarlo hasta el final de su viaje para que podamos disfrutar la semana sin incidentes. Mi vida sería mucho más simple si Fabiana me allanara el camino, pero tengo que esperar para saber qué es lo que sucede. Será una larga espera.

RAQUEL

Capítulo 20

Mi vuelo aterriza desafiando el viento de esta tarde de noviembre. Hice una maleta pequeña y me vine a Roma sin mi portátil; creo que es la primera vez que salgo de viaje sin ella, pero los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas me tienen pensando en cualquier cosa menos en el trabajo. He tomado un libro de mi estante para leer durante el trayecto de casi dos horas, pero no lo he sacado del bolso. Me la he pasado observando desde mi ventana el azul paisaje que se deshace ante mis ojos a medida que nos acercamos a la pista de aterrizaje. Son poco más de las cinco de la tarde y Marco ha prometido recogerme en el aeropuerto. Después de haberme escabullido de este viaje por tantas semanas, ahora me encuentro con el ánimo en el suelo y con pocos deseos de festejar. De alguna forma, me siento feliz de estar aquí. La tarde de ayer no la he tenido fácil.

Al llegar a mi casa, subí las escaleras desalentada y al entrar dejé caer el bolso en el sofá y me quité los tacones. Fui a la cocina y me serví un vaso con agua. En primer lugar, he tenido que llamar a Marco porque de lo contrario era capaz de terminar la poca carga de la batería en mi móvil. Le dije que tenía que dormir para ganar tiempo y poder hablar con mi madre. Después de eso le escribí a Laia para avisarle que me había puesto mal y no tendría más alternativa que venir a verme al salir de la oficina. Y entonces, a sabiendas de que tenía el estómago vacío, coloqué una sopa de lata en un bol dentro del micro y, mientras giraba con paciencia rítmica, miraba el teléfono dudando sobre si finalmente llamar a mi madre. Cuando el pitido interrumpió mis pensamientos, saqué el bol y tomé una cuchara. Me senté en el sofá reclinable de la sala y marqué. No fue una conversación agradable, posiblemente, en vez de tranquilizarme, me inquietó un poco más.

—¿Hola?

—Hola, má...

—¿Raquel? Tu voz se siente lejana. ¿Estás bien?

—Solo un poco adormilada.

—¿Seguro que estás bien?

—Má... tengo que preguntarte algo. Hoy... me ha escrito alguien. Alguien que dice ser mi hermana, y que tiene prácticamente mi edad. Necesito saber qué de cierto hay en ello.

—¡Oh!

—¿Má? Necesito la verdad... por favor... por una vez.

—Raquel... la verdad ya la conoces. Tienes un hermano. Ya sabes de qué se trata todo esto. Lo viste tú misma en Santo Domingo, tu padre tiene una familia en la capital.

—Mamá, no se trata de Iván, esta es una chica que dice ser mi hermana. Se llama Diana, es... pues casi de mi edad, algo mayor creo.

—Pues con tu padre, todo es posible. Tendrás que preguntárselo tú misma. ¿Sigues con eso de no hablarle, verdad? Ya eso es tu problema y sabes que no estoy de acuerdo. Nunca lo estuve.

—¿A qué te refieres con que todo es posible?

—Pues eso, cariño, que, si tuvo un hijo, pues puede haber tenido más, no lo sé. Deberás preguntarle.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Pues si te mortifica deberías hablarle. Nunca quise que las cosas terminaran así entre ustedes, él es tu padre y lo será siempre, no importa lo que me haya hecho a mí.

—¡¡A las dos!! ¡Nos lo hizo a las dos!

—No, Raquel. Me lo ha hecho a mí. Contigo siempre fue un buen padre, mientras lo dejaste. Debes dejar de martirizarte por mis problemas con él, ya te lo he dicho antes y lo repetiré siempre, eres un adulto ya, no puedo

obligarte como cuando eras una niña, pero asumir mis problemas como tuyos no te hacen una mejor hija. Lo que sí te hace una mejor hija es trabajar menos y venir a verme más... eso sí que lo puedes hacer.

—¿Quieres decir que no sabes nada de una Diana Guzmán que es hija de él?

—No, cariño, lo siento. Debes hablar con él. Llámalo si quieres, o ve a Santo Domingo, como quieras, pero resuélvelo.

Por lo que sé, tal vez no tengas mucho tiempo para aclararlo.

—¿A qué te refieres con que no tengo mucho tiempo?

—Prefiero que lo hables directamente con él, no estoy autorizada a decirte nada.

—¿Ma?

—Solo llámalo, Raquel. No seas terca, por Dios. Si ya te han contactado, solo llama.

Cinco años habían pasado desde nuestra discusión. En ese tiempo no había respondido una sola de sus llamadas, no había hecho caso a ninguno de los ultimátum de mi madre, y en cada viaje que hice a mi país de origen, me reuní con mi hermano menor, Iván, que ya casi cumpliría catorce años, con mi tía Dilia, hermana de mi papá y con mis primos. Ya mis abuelos paternos no estaban vivos. Esas primeras vacaciones, después del divorcio, cuando regresé a Santiago y me reuní con mi padre, me enteré de la razón por la que mi mamá lo había dejado. Él tenía en Santiago una pequeña farmacia que mi madre atendía porque era farmacéutica. Ellos se conocieron mientras ella estudiaba en la universidad en un programa de intercambio, y mi padre la convenció de casarse y quedarse a vivir en Santiago, la segunda ciudad más grande de la República Dominicana, donde él, que estudiaba Medicina, podría crear un futuro promisorio para ambos. Cuando mi madre se embarazó de mí, ya había terminado la carrera, afortunadamente, pero a mi padre lo enviaron a hacer la pasantía médica en Santo Domingo, la capital, y viajaba de manera intermitente. Poco tiempo después de mi nacimiento, mi papá se instaló de manera definitiva en Santiago, y mi mamá se quedó trabajando en una farmacia muy cerca de la casa, mientras él realizaba sus consultas médicas en un hospital. Todo estuvo muy bien durante un tiempo. Mi papá hizo la residencia en Ortopedia y viajaba a hacer consultas de su especialidad a distintos pueblos, incluyendo la capital. No era nada fuera de lugar. Cada verano, sin falta, veníamos a pasar las vacaciones de verano en España, a casa de mis abuelos maternos, y a veces yo me quedaba con ellos toda la temporada. No tuve hermanos, mi madre no quería más hijos.

De pronto, cuando ya tenía unos doce años, mi papá compró la farmacia donde mi madre trabajaba y la convirtió en una mucho más grande, poniendo sucursales en distintas partes de la ciudad. Para cuando cumplí trece, él decidió expandirse a otras ciudades y comenzó a viajar un poco más a la capital. Con el tiempo, mi madre se dio cuenta de que sus viajes poco tenían que ver con el nuevo negocio y se regresó a Murcia conmigo. Si bien mi enojo estaba completamente centrado en ella, cuando viajé por las vacaciones de Navidad a verlo me enteré de todo. Yo tenía un hermano de poco más de un año, al que conocí en esa época. Mi tía fue quien me lo dijo, lo llevaba en brazos como si nada y mi padre intentó convencerme de que lo cargara. Pensaba que me iba a poner feliz, pero pasó todo lo contrario. Me había ido unos siete meses antes, y de repente tenía un hermano. En ese viaje no conocí a la madre del bebé, era un misterio para mí y así se mantuvo por mucho tiempo. De todas maneras, terminé por encariñarme con mi hermano y lidiar con mi papá, que seguía viviendo solo en la casa que antes fue para una familia de tres. Iván solo venía de visita y era mi tía quien casi siempre se la pasaba en casa con nosotros y mis primos, cuando yo llegaba a pasar las vacaciones. Cuando comencé la universidad un par de años después, mis visitas se hicieron más cortas. Dentro de lo que yo sabía, mi papá no había vuelto a casarse, y mi hermano Iván, con quien todavía hablo ocasionalmente, jamás mencionó nada de una hermana que no fuera yo.

Las noticias de mi madre no eran alentadoras y yo no tenía ningún deseo de que mi padre

me lo aclarara, y mucho menos luego de escuchar el comentario sobre el tiempo que tenía para aclararlo. La conversación con ella solo me provocó más incertidumbre y terminé por abandonar la sopa a medio comer para tirarme en la cama derrotada y seguir durmiendo afectada por los calmantes de la mañana.

Por suerte, Laia tiene llaves de mi casa y entró mientras dormía, me preparó unas tostadas y me despertó. Cuando la vi, mi primer instinto fue comenzar a llorar descontroladamente. Era como si hubiesen desatado en mí una cascada de tristeza y se estuviera desbordando por toda la habitación. Me acariciaba la cabeza y me miraba con compasión, sin tener idea de por qué lloraba. Esperó a que me desahogara y solo entonces me habló.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

—Lo siento... sé que debería estar preguntándote sobre Erik y no llorando encima de ti como una Magdalena.

—Bueno, bueno... hay Erik para rato, tú dime que es lo que te pasa, no te veía llorar así desde que reprobaste Cálculo, ¿qué pasa?

—Solo lee... —dije pasándole el móvil que había dejado sobre la mesita de noche, una vez que ya había buscado el correo.

Ella lo leyó en silencio, mirándome de vez en cuando. Cuando terminó, su expresión de confusión era indescriptible.

—¿Y esto es... seguro? Quiero decir, ¿no es una broma? —me preguntó.

—¿Estaría llorando si pensara que es una broma? —le dije.

—¿Qué le respondiste? Porque le has respondido algo, ¿no? —me interrogó.

—No he tenido oportunidad. He estado sedada o dormida desde que lo leí. Exceptuando un breve momento de sobriedad en el que hablé con mi madre y solo ha servido para ponerme peor —le contesté.

—¿Y qué esperas? ¡Estás despierta ahora! —me dijo alzando el tono de voz.

Sin embargo, eran las seis de la tarde y pasaba de la media noche en Santo Domingo, así que luego de conversar mis opciones con ella, decidimos que le escribiría pidiéndole más información, explicándole que no sabía de su existencia y diciéndole que tendría que hablar con mi padre primero. Si era un engaño, si era verdad, cualquiera de los dos lo sabríamos pronto. Redacté el correo y lo envié, esta vez lo hice desde mi correo personal, no quería usar el de la empresa para eso.

Laia me ayudó a comprar el vuelo a Roma para que viajara en menos de veinticuatro horas, pensó que me haría bien respirar otro aire y, si era al lado de Marco, mejor. Pidió una pizza, y mientras preparábamos una maleta con la ropa necesaria para mi estadía en Roma, le pregunté qué había pasado con Erik.

—Se muere por mí. ¿Qué otra cosa esperabas? —me contó.

—¡Laia! ¿Puedes ser un poco más específica? —le pedí.

—Bien... fuimos al restaurante italiano que queda cerca de mi casa. Nos encontramos allí —me respondió.

—¿Y qué te pusiste? —la interrogué.

—Pues un vestido negro corto... siempre funciona. Me amarré el cabello en una cola alta, la última vez que nos vimos yo llevaba el pelo corto. Pero nada de eso es importante. Lo importante es que cuando lo vi, llevaba sus jeans ajustados y una camiseta negra al cuerpo, el cabello alborotado como siempre y no había envejecido ni un día —contestó y sus ojos brillaron como hacía mucho no lo hacían.

—Y bien... hablaron entonces... ¿qué pasó? ¿Se queda? ¿Se va? —continué preguntando con la curiosidad a flor de piel.

—Me dijo que quiere formar una familia. Que está listo para quedarse en un solo lugar y

que sabe que con la única persona que habló de tener hijos alguna vez fue conmigo. Quería saber si todavía sentía algo por él, si estaba soltera, si quería lo mismo que él... en fin, fue una conversación muy seria. Justo de las cosas que no se hablan cuando quieres acostarte con alguien —contestó.

—¿Y bien? ¿Qué quieres tú? ¿Qué le dijiste? —pregunté.

—Pues eso, Raquel, que pensaba que íbamos a hablar de salir juntos otra vez, o de acostarnos si es que estaba de paso. Que no esperaba que la conversación se iba a poner tan seria. Que si quería, nos acostábamos primero y luego veíamos el tema de los bebés —me dijo descaradamente.

—¡Laia! —le grité.

—Te estoy resumiendo una conversación de tres horas en solo algunas oraciones. Eso es más o menos lo que se habló. Tal vez no usé esas palabras exactas. Pero definitivamente nos acostamos... me sigue gustando tanto y más que antes. Es cierto lo que decías... cuando las piezas encajan no importa el tiempo que pase, siguen siendo las mismas piezas. En fin, creo que no estoy soltera ya. Erik va a trabajar acá para la Cruz Roja, pero es un puesto local y no responde a emergencias, quiere estabilidad y es justo lo que ando buscando yo. Puede que funcione, el tiempo lo dirá —me explicó, y sus ojos se iluminaban un poco más en cada palabra que pronunciaba.

—Me alegro mucho, amiga. Erik y tú están hechos el uno para el otro. —La abracé, sentía la felicidad que inundaba su cuerpo.

Recuerdo los acontecimientos vividos en las últimas horas como en cámara lenta mientras arrastro mi maleta de camino a la salida del aeropuerto. Lo veo de pie, vistiendo un pantalón negro, botas del mismo color, *sweater* blanco y un abrigo de cuero en vino tinto que lo hace parecer una estrella de rock. Destaca entre la multitud por su altura y sobresale por su elegancia... y es mío, ese hombre es mío, siquiera por un ínfimo espacio de tiempo. Camino hacia él y me cuelgo de su cuello sin ocultar la alegría que me da verlo y, por un momento, todo se siente preciso, correcto, como tiene que ser.

Capítulo 21

Lo beso con la misma pasión de la última vez que nos vimos, y me sumerjo en el manantial que se esconde en su boca, mientras mis manos intentan cubrir su espalda. Me recuesto en su pecho y escucho los latidos de su corazón acelerado que me dicen que está tan feliz de verme como lo estoy yo de verlo a él. No hablamos mucho... señala el camino con su mano inmensa y sostiene mi maleta de mano. Lo dejo llevarla; otro día, en otras circunstancias, posiblemente este gesto pudo ser el inicio de una pelea, pero lo que menos me importa hoy es demostrar que puedo sola, quiero darme el permiso de sentirme vulnerable, cuidada, amada. Lo disfruto y lo dejo mimarme.

Me pregunta si estoy cansada y niego con un movimiento leve de cabeza sin dejar de sonreír. Subo a su coche y me dedico a observar una ciudad que solo he visitado brevemente cuando era adolescente y en compañía de mi madre.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, cariñoso.

—No. ¿Y tú? —le contesto.

—No. ¿Quieres ir a tomar un trago en alguna parte o prefieres ir directo a la casa a descansar? Sé que no estabas bien ayer... —me consulta, deseoso de que le diga más, solo le mandé mi información de vuelo y no le di detalles de lo que había pasado.

—Si vamos a tu casa, temo que no hablaremos mucho y quiero hablarte de algo —le digo sin miramientos. Más que contarle lo de mi recién adquirida (y por confirmar) hermana, necesito detallarle lo de Ángel.

—Es justo. Me haces falta en todos los sentidos... así que, por qué mejor no liberamos algo de tensión y... —me dice y no lo dejo terminar.

—Es serio... —replico y sé que mi rostro refleja tristeza.

—No bromas... de acuerdo. De todas formas, vayamos a mi casa ¿sí? Prometo comportarme. Pero al menos te puedes poner cómoda y puedo hacerte algo de comer si te da hambre después. Yo también tengo temas serios que discutir contigo —me comenta embobándome con su sonrisa perfecta.

—¿Ah sí? ¿Qué clase de temas? ¿Buenos, malos? —lo interrogo.

—Me temo que ambos... ¿y qué hay de los tuyos? —me interpela.

—Malos... —respondo secamente y su rostro risueño se transforma en un signo de interrogación.

—¿Así tan malos como las enfermedades y la muerte, o malos como que no te dieron un ascenso que estabas esperando? —pregunta mientras conduce a una velocidad probablemente no permitida.

—Tienes alcohol en casa, ¿verdad? —averiguo sin evitar una sonrisa.

—No debe ser tan malo si aun conservas tu sentido del humor —me dice.

Me pregunta por Laia y le cuento sobre su reencuentro con su exnovio Erik; lo poco que me ha referido a mí al menos. Se pone feliz por ella y me confiesa que le parece muy bonita. No sería nada nuevo, todo mundo piensa que Laia es muy hermosa. Hablamos un poco más sobre el trabajo y finalmente, en menos tiempo del que yo hubiera querido, llegamos a un edificio beige donde, asumo, se encuentra su apartamento. La temperatura está fresca y al

bajar del coche siento el frío recorrer mis brazos desnudos. Mi vestido de mezclilla sin mangas no ha sido la mejor elección y he dejado en la maleta de mano mi abrigo. Camino rápido tras él para entrar de inmediato a un elevador y la música ambiental nos envuelve. Marco coloca una llave y pulsa el botón del último piso mientras canta: «*And if you have a minute, why don't we go, Talk about it somewhere only we know? This could be the end of everything, so why don't we go, somewhere only we know?*»^[9]. Me sostiene de la cintura, me atrae hacia él simulando que bailamos y besa mi cabello muy cerca de la oreja. Me deshace con cada roce, por leve que sea, y su melódica voz me enternece en cada nota que pronuncia.

Entramos a su casa, un salón inmenso, lleno de luz y con una pared completa en cristal nos da la bienvenida. No puedo evitar una carcajada al ver el sofá reclinable que también tengo en mi salón. Claro, el suyo, por alguna razón, se ve mucho mejor. Un solo cuadro decorativo adorna la sala colgado del techo rozando la pared; es una representación de la *Victoria de Samotracia*^[10], que se exhibe imponente dejándome sin aliento. Un par de butacas en tonos turquesa oscuro y una mesa central en cristal y acero plateado con forma de panal de abeja complementan el lugar que luce, por demás, enorme. Me quedo de pie en la puerta sin saber hacia dónde dirigirme mientras él arrastra mi maletita y me pide que lo siga.

—Esta es mi guarida. Esta es la cocina y aquí hay un baño pequeño. Por acá está la habitación, el baño está dentro... solo tengo una cama, así que no tienes alternativa, dormirás conmigo —dice a medida que recorre el lugar que debe ser el doble de mi apartamento, que para ser honesta es considerado un piso muy amplio, pero esto... esto es otra cosa.

—Sabía que ser médico era una profesión... redituable, pero no tanto. Vives en un palacio moderno, debe costar una fortuna —le comento sin ocultar mi sorpresa, mientras me deleito mirando su cama enorme adornada con sábanas de satén negras y cojines del mismo color.

—La medicina, por muchos años, solo deja deudas, esto es el resultado de una inversión. Puse dinero en algo en lo que nadie creía y me fue bien. Un lugar muy grande para mí solo, pero con el mercado como está no vale la pena vender. En algún momento tenía sentido vivir aquí, ya no tanto —contesta y sé que no quiere hablar del tema. Hay una mujer en alguna parte de la historia, de la que él no me ha querido contar y a mí no me ha interesado saber.

—También es muy bonito. Y tienes una hermosa vista —agrego, regresando al ventanal de la sala, que deja ver una ciudad tranquila, árboles intermitentes y el incipiente anochecer que los cubre.

—Sí, lo es. Abriré una botella de champagne que he guardado para tu visita, si no te importa —anuncia, y cuando voltea la mirada ya la está destapando.

Sirve el espumante en sendas copas con los bordes dorados y me pasa una ceremoniosamente, haciendo el ademán de brindar de inmediato. Lo sigo sonriente.

—Brindo por las noticias, no importa si son malas porque te trajeron hasta aquí. —se pronuncia.

—¡Salud! —contesto, imitando su gesto.

—De acuerdo, ¿ahora sí me dirás lo que pasa? —pide acomodándose en el sofá mientras abre el espacio para colocar la botella y las copas.

—Bien. Comenzaré con el primer problema, pero debes antes prometerme que no dirás «te lo dije» —lo amenazo.

—Haré mi mayor esfuerzo —replica señalando que sus labios están sellados.

—Bueno... se trata de Ángel. Me ha acusado de descuidar mi labor por haberme involucrado en una relación contigo y de haberle arrastrado a él a sobrecargas de trabajo por ello. Luego de meditarlo, he reportado a Recursos Humanos la situación, pero él ya lo había hecho unas horas antes, supongo que sabía que yo lo reportaría. Han iniciado un proceso de investigación y, aunque estoy casi segura de que no me afectará en lo absoluto, me molesta terriblemente que haya hecho tal cosa cuando no he tenido problemas nunca con nadie de mi equipo —explico, y él, para mi sorpresa, se mantiene asintiendo en completo mutismo para luego intervenir con tono pausado.

—Ángel es un imbécil. Te quería a ti, en su defecto, quiere tu puesto. Y me temo que no eres la única a la que está haciendo daño con tal de conseguir lo que quiere —dice rellenando las copas de espumante.

—¿A qué te refieres con que no soy la única? —le pregunto con curiosidad, sobre todo porque no actúa sorprendido de lo que le he contado.

—Ni siquiera debería contarte, pero ya es pasado, da lo mismo. Tu amigo Ángel estuvo saliendo con Inez, se conocieron en Madrid. Cuando se encontraron en Barcelona comenzó a tratarla distinto y finalmente, hace un par de semanas, ella rompió con él cuando se lo dije —me explica muy serio.

—¿Cuándo le dijiste qué? —pregunto exasperada de que lo haga más misterioso de la cuenta.

—Que estaba a punto de casarse con alguien más. Te dije que no me daba buena espina cuando salimos juntos, y al darme cuenta de que salía con Inez, pero actuaba como si estuviera soltero, investigué un poco —continúa su relato dejándome algo sorprendida.

—¿Eres detective además? —le inquiero.

—Verás, tengo algunos amigos que pueden decirme lo que sea de alguien buscando en las redes sociales. Por eso no las uso prácticamente nunca. No porque vaya a hacer nada malo, pero me gusta que mi vida privada se mantenga privada. En fin, él no tiene redes sociales, pero la novia sí... vive en Santo Domingo y por lo visto preparaba una boda pronto. Se lo he contado a Inez, para que sea ella quien decida si quiere enfrentarlo o no. Mi sabia amiga prefirió terminar la relación hace un par de semanas, supongo que todo esto que te está haciendo es porque se dio cuenta en el congreso de que conozco a Inez... no lo sé. Me alegro de que lo hayas reportado, todo saldrá bien y si necesitas que... —me dice acariciando mi cabeza con ternura.

—No necesito nada. Espero... ya le he dicho lo que deben saber. No lo quiero en mi equipo, y si son inteligentes, no lo querrán en la empresa. Ignoro a qué cosas está acostumbrado, pero mentir para lograr un ascenso es una de las peores formas de llegar —concluyo y doy por cerrado el tema.

—Como quieras... —me dice encogiéndose de hombros.

—¿Y es que en ningún momento te pasó por la cabeza decirme eso? —le inquiero una vez que hago conciencia de que él tenía información que no compartió conmigo.

—Raquel, no es algo que tendrías que saber. Es su vida privada, eres su jefa. Cumplí con advertirte que no era una persona sincera y me acusaste de estar celoso — me expresa encogiéndose de hombros.

—Te advertí que no me dijeras «te lo dije» —apunto molesta.

—¿En serio? Acabas de preguntar... en fin. No quiero perturbarte y eso es asunto pasado. No te afectará en nada y solo me da pena por la pobre chica en Dominicana que piensa que pronto va a casarse con él. Inez está a salvo y tú también lo estarás pronto. No tendremos que preocuparnos más por él —dice con seguridad.

No puedo evitar pensar en que, si Inez salía con él, era ella quien tenía motivos para estar celosa en la primera noche del congreso cuando bailé con Ángel; yo, sin embargo,

malinterpreté todo y bueno... es una lección para no apresurarse al enojo cuando a veces no tenemos motivo para ello, sin embargo caigo en cuenta de que Marco siempre supo que ellos dos estaban juntos.

—Me has ocultado esto de que salía con Inez. Pues ya que nos estamos sincerando, ¿hay algo más que me hayas estado ocultando? —pregunto un poco enojada de que no me haya dicho.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Has hablado ya con Fabiana? —me interroga y su rostro se transforma en un manto pálido. Algo he dicho que lo ha inquietado.

—¿Fabiana? ¿De qué hablas? ¿Que si he hablado ya con ella de qué? —Y ahora soy yo quien se ha inquietado.

—Nada... nada. Dios... ¡Me pones nervioso! —señala y se pone de pie para dar vueltas en el salón.

—¿Marco? ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que sabes y yo no? ¿Qué tiene que ver Fabiana? Ya mejor me lo dices... —inquiero con insistencia en cada palabra, y ya la inquietud de entender lo que pasa me bloquea la garganta.

—Soy un imbécil... eso pasa. Te lo diré, no podía hacerlo, pero ya no tengo alternativa y es cuestión de días para que lo sepas de todos modos —agrega, y me pone los nervios de punta.

—Me estás asustando... —confieso con la voz en un hilo.

—No hay razón para que estés asustada. Pensé que de eso hablabas cuando dijiste que tal vez te ocultaba algo más, pensé que ya lo sabías... en fin, es obvio que aun no te han dicho nada. Debes jurar... jurar, *Principessa*, que no se enterarán de que te lo he dicho y que actuarás muy sorprendida cuando lo sepas oficialmente —me dice y sus ojos se clavan en mí, pero su cuerpo no se atreve a acercarse.

—Marco, te lo juro, pero ya deja de asustarme, ¡bastantes sorpresas he tenido ya! —indico y me pongo de pie para acercarme a él y tomo sus manos en las mías. Me conduce de vuelta al sofá y me habla con su tono más amable, nos sentamos y, sin soltarme las manos, empieza a contarme.

—Hace un año, solicité participar en una investigación para ampliar mis estudios en la enfermedad de Huntington. La dirección del hospital en el que trabajo y el laboratorio en el que trabajas elaboraron un proyecto en conjunto con un par de universidades en el Caribe. Han ganado la concesión de los fondos y pertenezco al equipo de investigadores. Me voy a principios de año a Santo Domingo, por treinta y seis meses. Fabiana me ha pedido mantener en secreto todo esto por asuntos de la competencia y... por otras razones que ya sí no te puedo decir. Quería decírtelo en persona, pero no sabía cómo —me explica dejándome atónita con su revelación.

—¿Y pensaste que era mejor idea que me enterara por Fabiana? ¿Ya cuando fuera inminente tu partida? ¿Pensabas siquiera despedirte? —pregunto mirándolo con los ojos empapados de lágrimas a punto de desparramarse por mis mejillas.

—*Principessa*... sé que no suena bien, sé que parezco un patán, pero te juro, te prometo que no es lo que parece. —Me abraza con todo su cuerpo mientras sigo llorando sin poder controlar siquiera. Han sido demasiadas noticias a la vez.

—Es... es una tontería que haya venido aquí. No entiendo por qué has insistido con esto, pensaba que tal vez... tal vez no hablabas en serio cuando dijiste que no querías nada formal. Yo tampoco lo quería, es solo que... —digo limpiándome las lágrimas, intentando parecer fuerte. Es inútil parecer indiferente, es tarde para eso, pero al menos fingiré que puedo superarlo enseguida.

—Raquel, sé lo que dije. Sé lo que esto parece, pero te prometo que estoy completa y perdidamente enamorado de ti. Cuando solicité esto no estaba en mis planes conocerte, ni

a ti ni a nadie. Y ahora has llegado al mismo tiempo que una oportunidad a la que no podía decir que no. Por un momento, llegué a pensar que la única razón por la que hablabas conmigo era para convencerme de ir al congreso, y una vez logrado tu objetivo yo no sería más que una aventura a descartar. Pero sé que no es así, sé que también estás enamorada de mí y no importa cuánto finjas que no te importa, el hecho de que estés llorando lo confirma. ¡Te amo! Pero te pido que confíes en mí, todo se va a resolver. —Me ciñe aun más fuerte y su voz se quiebra en cada palabra un poco más, yo solo lo escucho y trato de entender.

Me ama... es lo que ha dicho. Que lo amo ya lo sabía, pero que me ama es algo un poco difícil de procesar, pensando en que sabía que en solo unos meses debe irse y no me lo había dicho. Si me quisiera, entonces estaría destrozado como lo estoy yo. Ya era difícil una relación viviendo en países distintos, pero estamos hablando de vivir en continentes distintos, y ¿para qué? Si apenas nos estamos conociendo y no hemos pasado juntos ni 30 días, ¿cómo saber si vale la pena luchar por algo así? ¿Por qué está tan seguro de que todo se va a resolver?

Cierro los ojos y pienso en cómo ha cambiado mi vida en los últimos seis meses. Antes todo era fácil, y ahora, nada lo es. Me separo de Marco y me recuesto del sofá, necesito pensar, necesito entender. Ni siquiera le he contado a Marco lo de mi hermana desconocida, y ahora ni estoy segura de querer hacerlo. He venido a otro país y en menos de dos horas ya quiero irme. La peor parte es que no me imaginaba que algo así podría afectarme tanto.

Capítulo 22

Mi teléfono emite pitidos intermitentes avisándome de un mensaje. Llevamos al menos media hora sentados aquí sin hablar. Marco me observa a unos centímetros de mí en el extremo opuesto del sofá. Creo que tiene miedo de acercarse. Me pongo de pie y busco en mi bolso, tengo varias llamadas perdidas, ni siquiera lo escuché timbrar. Supongo que el silencio sepulcral que ahora nos invade es lo que me ha permitido escucharlo. Paula quiere asegurarse de que he llegado bien. Maite me ha escrito, dice que la han llamado de Recursos Humanos, me pregunta si tengo idea de para qué. Tengo una llamada perdida de Fabiana, eso sí es raro. Le marco enseguida y contesta.

—Hola, querida... ¿estás mejor?

—Hola, Fabiana. Estoy bien, no ha sido nada, ya te lo había dicho ayer. Pero cumplí tus instrucciones y salí de vacaciones —respondo y comienzo a caminar por el salón mientras Marco me mira atento a cada uno de mis movimientos.

—Clara me ha dicho que saliste de viaje. Eso está muy bien. Pero te llamo porque hay dos cosas que debo comunicarte y sé que al menos una de ellas te urge saberlo a ti y la otra, pues, me urge a mí que lo sepas, por tanto no pueden esperar a que regreses. Eran los temas de nuestra reunión de ayer, la que no pudo ser. No quise agobiarte con eso, pero hoy ya desde Recursos Humanos debían citar a Maite y por tanto no es posible posponerlo.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí cariño. Todo está muy bien. De eso se trata. Han concluido las entrevistas del caso de Ángel y hemos decidido retirarlo de la empresa. Lo harán en Madrid y no tendrá que regresar a la oficina de Barcelona. Por lo visto, la tuya no fue la primera queja de comportamiento cuestionable y la otra queja la han presentado en Madrid, así que no vamos a mantener su contrato. Otra persona asumirá su rol, luego veremos quién.

—Gracias por decírmelo, es muy importante para mí que todo se haya aclarado. Sabes que nunca...

—Cariño, no tienes que darme explicaciones a mí, que conozco tu trabajo, por Dios. Y de lo que hagas con tu vida privada, no es mi problema. Además, que tienes muy buen gusto. Lo siento... de Recursos Humanos me tenían que contar sobre Stasio, por otras razones que no conoces, pero que debo decirte ahora. —Sus palabras me dejan de una pieza. En teoría comenté lo de Marco en Recursos Humanos, pero se supone que es confidencial, a menos que la implicara a ella de alguna forma, pero claro, si Marco va a llevar un proyecto de la farmacéutica ¿tal vez ahora es un empleado?

—Fabiana... yo... no sé qué decir. Es solo que...

—Sí. Tu conversación es confidencial, lo sigue siendo, pero tenían que decirme a mí que estás saliendo con él. Pero no pasa nada. No hay una relación de poder envuelta y ambos son adultos, espero que responsables. Lo que me trae a mi otra noticia, o mejor dicho, propuesta, porque en todo momento he asumido que dirás que sí, pero no lo sé. El consejo administrativo ha decidido que eres la persona idónea para el puesto de la dirección Caribe y quiere ofrecértelo para que asumas desde el próximo trimestre —me dice y quedo completamente sin palabras.

—¿Dirección Caribe? —pregunto y me siento otra vez en el sofá mientras Marco sigue

absorto mirándome.

—La fecha exacta está por definirse, porque tendrías que mudarte a Santo Domingo y sabemos que toma tiempo. No podíamos hacerlo hasta estar seguros de que Maite se reintegraba para que entonces ella asuma tu posición actual. Mañana tiene una cita para una prueba de habilidades directivas que debe completar antes de que le hagamos una oferta. Sé que es repentino, sé que necesitabas estas vacaciones y debes tomarlas, el asunto es que no pudimos reunirnos ayer. Si alguien puede echar a andar esta expansión, esa eres tú. No tienes que contestar hoy, solo quiero que sepas que el puesto es tuyo, podemos esperar hasta un par de semanas más si tienes que pensarlo. Cuando regreses nos sentaremos a discutir las condiciones, por ahora solo necesito que me digas al menos que lo vas a pensar. —La escucho, pero sus palabras parecen irreales y la incredulidad me embarga. Debo contestar.

—Fabiana, es... estoy sorprendida, no lo esperaba. Es un honor, una oportunidad, es decir, estoy muy agradecida. Sabes que no tengo miedo a los cambios, pero este es uno inmenso, y aunque me emociona muchísimo, contestar sin analizar lo que significa para mi vida sería irresponsable —respondo intentando respirar mientras hablo.

—Oh, querida, lo entiendo perfectamente. Creo que estás en el mejor lugar para pensarlo. Y, cariño, esto te lo digo como amiga, creo que lo somos después de tantos años trabajando juntas. Eres joven, talentosa, capacitada, el amor también puede ser parte de tu vida, no tengas miedo, puedes tenerlo todo a la vez. No pienses que debes elegir. Te dejo, por ahora, y está de más pedirte confidencialidad, esto lo sabe solo un puñado de personas. Y de haberme enterado antes de tu relación con Marco, no se lo habría contado. Creo que he puesto al pobrecito en una situación difícil porque no te lo podía decir. Dale un abrazo de mi parte... adiós.

—Gracias por avisarme, Fabiana, y por apoyarme. Prometo contestarte pronto.

—Sé que así será. Cuídate...

Pulso el botón para terminar la llamada. Marco sigue hundido en el sofá, ha escuchado toda mi conversación y lo único que puedo notar es que su rostro ahora luce... de alguna manera, relajado. Dudo que sepa lo que Fabiana me ha dicho sobre nosotros, creo que, si le cuento que lo sabe, todavía podemos salvar lo que queda de esta noche. No sé cómo sentirme, es como si quisiera haber recibido esta llamada por lo menos una hora antes. Me habría evitado una vergonzosa escena que ahora no sé cómo deshacer. Dejo el móvil sobre la mesa del centro y me acomodo a su lado, él me mira en silencio, esperando que sea yo la que hable.

—Era Fabiana —digo casi en un murmullo.

—Lo sé. Te lo ha dicho... te ha ofrecido ya el puesto. Yo esperaba que lo supieras para decirte del proyecto. No sabía si estarías feliz o decepcionada —me contesta.

—Feliz... estoy feliz. Estaría decepcionada si me lo hubieran dicho antes de saber que te ibas también. Supongo que habría llorado de cualquier modo, ahora que lo pienso. No había forma de que saliera bien. ¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto.

—¿Que tal vez me iba de Italia o que tal vez te ibas de España? —me cuestiona.

—Pues ambos —contesto mirando su rostro serio.

—Aplicué al proyecto hace más de un año, pero me enteré de que era una posibilidad casi al mismo tiempo que llegó la invitación al congreso, cuando te conocí. El día que llegué a Barcelona, mi jefe me confirmó que ya teníamos una fecha y un destino: Santo Domingo a principios de año. Leí su correo electrónico sentado en tu salón justo antes de... pues de que te volara encima. Pensé que, si me tenía que ir por tres años, era mejor arriesgarse a que me rechazaras allí mismo, pues tal vez no tendría otra oportunidad para hacerlo. El primer día del congreso, Fabiana me abordó para que habláramos de fechas para el

proyecto y entonces me dijo que posiblemente serías mi contacto local porque pensaban ofrecerte el Caribe. No debía decirte nada, de ninguna de las dos cosas, así que solo esperé paciente a que lo hicieran público. Ha sido una tortura porque cada día que pasa estoy más perdido por ti y corro el riesgo de que sencillamente no te quieras ir. Ya te fuiste una vez, quizá no quieras regresar. Sería una lástima, pero estoy consciente de que es una posibilidad —me cuenta.

—Esto significa que, si me voy, podríamos estar juntos. ¿Eso quieres? —le pregunto.

—*Principessa*, quiero estar contigo. Estamos juntos ahora, creo que no hay forma de negar que así es, por lo menos en el mismo continente. ¿Pero te imaginas que estuviéramos, como ahora, en el mismo país? Vas a decirme que no lo pensaste siquiera un momento —me interroga.

—No pensé que fuera una posibilidad. Solo vivía el momento. Pero ahora, supongo que no se me ocurre una solución más conveniente. Siento haberte gritado —le digo avergonzada.

—No tenías forma de saberlo, solo te pedí que confiaras en mí, tal como te lo pido ahora, todo saldrá bien —dice y me abraza.

Nos besamos apasionadamente y pronto la ropa adorna el elegante piso de madera. Me lleva hasta la habitación y me deja caer con suavidad sobre sus sábanas satinadas, solo con la ropa interior, siento que estoy en arena movediza. Mis ojos deben estar hinchados por tanto llorar, posiblemente luzco horrible, pero Marco coloca sus manos en mi pecho y me hace olvidar todo. Acaricia toda mi piel con sus labios y siento cómo el calor se concentra en un solo lugar de mi cuerpo. Clavo mis uñas en su espalda y envuelvo mis piernas en su cuerpo, aprisionándolo. Después de esta noche, tal vez ya nunca más lo deje ir.

Capítulo 23

Cuando abro los ojos, la claridad de la mañana se cuele por la habitación a través de un ventanal con las cortinas negras a medio abrir. Estoy sola en la cama y completamente desnuda. Mi ropa se ha quedado en el piso del salón, eso lo recuerdo, no volvimos a levantarnos anoche. Miro a mi alrededor buscando algo con qué cubrirme para ir al cuarto de baño, pero en esta habitación no hay nada mal colocado. Me aventuro a atravesar desnuda el espacio que me separa del tocador, porque arrastrar esta inmensa sabana no me parece buena opción. Son solo unos pasos y los cubro rápidamente porque necesito orinar. Es un alivio que esté vacío. Cuando termino, lavo mi cara y tomo un poco de pasta dental para enjuagarme la boca, al menos hasta que encuentre mi maleta. Decido darme una ducha, ya estoy aquí. Lavo mi cabello y dejo que el agua caliente se lleve todo el adarce de las lágrimas de ayer. Salgo y me envuelvo en una bata de baño que he encontrado, me cubro el cabello húmedo con una toalla y salgo en búsqueda de Marco.

El apartamento está vacío. Mi móvil está sobre la mesa del salón donde lo dejé anoche. Lo levanto y veo un par de mensajes sin contestar, cuando noto escandalizada que son casi las once de la mañana, eso significa que he dormido más de doce horas. Posiblemente un efecto residual de los sedantes que me dieron ayer. Mi estómago me recuerda que tampoco he comido, así que paso a la cocina, donde finalmente encuentro una nota de Marco diciendo que tenía que ir al hospital y que vendría para que almorzáramos juntos.

Abro la despensa para preparar café. Hay una elegante máquina de *espresso* así que me preparo uno y me sirvo cereal en un bol pequeño con leche, eso bastará. Tomo asiento en una de las sillas altas y, mientras tomo el desayuno, contesto los mensajes perdidos. Respondo a una inquieta Maite, tranquilizándola sobre la prueba de rutina que le aplicarán esta tarde, le digo que en el peor de los casos son buenas noticias.

Le contesto a Paula que sigue preocupada por mi percance de ayer y le digo que estoy bien, que continúe disfrutando sus vacaciones. Anoche no tuve tiempo de hablar con Marco sobre mi probable hermana, así que un nuevo correo suyo sigue en mi bandeja de entrada sin responder. Llegó ayer, pero no quise abrirlo sola. Sí abro, en su defecto, el archivo con la fotografía otorgando el permiso para sacarlo de cuarentena. Está junto a mi hermano menor, Iván, pero está mucho más joven en esa foto, ahora tiene catorce años, aquí debe tener unos doce.

Termino el desayuno y me armo de valor para leer su respuesta a mi correo donde le pido más información.

Estimada Raquel:

Estoy segura de que esto te ha tomado por sorpresa. Tal vez debo explicarme mejor. Antes de casarse con tu madre, mi mamá y él estuvieron juntos y ella me tuvo, él incluso me declaró como su hija, llevo su apellido; sin embargo, mi madre, que era norteamericana, me llevó a los pocos meses a vivir con ella en Nueva York y se casó con alguien más muchos años después. Nunca tuve contacto con mi padre, y no fue sino hasta hace un par de años, cuando mi madre falleció, que supe cómo y dónde contactarlo. Me dio mucha rabia que ella supiera dónde estaba en todo este tiempo y no me lo dijera. No era algo de lo que le gustaba hablar. Finalmente, viajé a Santo Domingo por primera vez en mi vida hace cuatro años y lo conocí. Apesta conocer a tu padre con veinticinco años cumplidos, pero mejor tarde que nunca. Soy maestra de Español y se me ocurrió, para hacer un cambio en mi vida, establecer un colegio bilingüe en esta ciudad y quedarme. Conocí a mi novio, y aunque ya hace un año y medio que se fue, espero poder casarme cuando vuelva. Solo he visto a Iván

un par de veces, viene poco a Santiago por el colegio, ya que sigue viviendo en Santo Domingo con su madre. Nuestro padre está complicado de salud, y estoy ayudando ahora con las farmacias, además de llevar el colegio, fue una bocanada de aire fresco saber que estás en alguna parte y que estás bien. Él te extraña, me ha contado la forma tonta en la que perdió a su familia. Ojalá pudieras recuperar el tiempo perdido, yo perdí casi toda mi vida y te aseguro que vale la pena el esfuerzo de buscar una solución.

No te conozco, pero desde ya, cuentas con una hermana y amiga. Estoy viviendo en su casa para que no esté solo, puedes llamarme aquí, de seguro todavía recuerdas el número, también te he dejado mi número personal.

*Gracias por responder,
Diana.*

Su explicación hace innecesaria una llamada a mi padre. Por lo visto, lo que necesito es tomar una decisión con respecto a esto. El hecho de que la empresa me está dando la oportunidad de ir por un tiempo a Santo Domingo, si le contara esto a Laia ya sé exactamente lo que diría. Escucho la puerta principal abrirse, me pongo en pie nerviosa, esperando que realmente sea él. Trae una bolsa de comida en las manos.

La coloca sobre el desayunoador y me besa apasionadamente mientras me abraza.

—¿Tienes hambre? —me pregunta y saca la comida china que ha traído.

—Algo... me he adelantado con un poco de cereal —le digo.

—Dormiste bien, ¿verdad? —inquire mientras me da un rollito de primavera en la boca.

—Sí... —respondo antes de comerlo.

—Ya he liberado la semana, ahora sí podemos hacer lo que quieras —me comenta entusiasta, está de muy buen humor.

—Tengo una hermana —expreso secamente sin rodeos.

—¿Qué? —pregunta confundido por el cambio brusco de conversación.

—Si vamos a estar juntos, aquí o donde sea, debes saber que no hablo con mi papá. Hace años... engañó a mi mamá y producto de eso tengo un hermano de catorce años. Mientras fui menor de edad y me obligaron a mantener contacto con él, acumulé mucho rencor y, tan pronto pude, corté las relaciones que teníamos. Vive en Santiago, una ciudad grande de mi país de origen, donde viví toda mi niñez. Ayer... de la nada, una mujer me escribió para decirme que es mi hermana mayor y que espera que pueda reconciliarme con mi padre — explico casi sin pausar.

—¿Y estás segura de que esto es real?

—Vive en su casa, no mentiría sobre eso, es muy fácil de descubrir. Tampoco me ha pedido dinero, me ha encontrado por pura casualidad, mi padre no sabría dónde encontrarme, tengo estrictamente prohibido a mi mamá que se lo diga y mi hermano, pues es un adolescente, hablo muy poco con él y si lo sabía, no me lo dijo.

—Pero viajas a la isla cada año, ¿eso dijiste! ¿Como no lo sabías? —me interroga.

—Mi tía Dilia y mis primos se fueron hace años a vivir a Canadá. Casi no hablo con ellos. Cuando voy, es de vacaciones, a un hotel. Nunca en cinco años he ido a verlo. Y no te atrevas a juzgarme... no sabes... —le digo y me interrumpe.

—No te juzgo, tendrás tus razones, cada uno las tiene para hacer lo que hace. A lo que me refiero es que si estabas allí, alguien podría haberte dicho que tenías una hermana. ¿Tiene tu apellido? —me pregunta con ternura y bajando la voz para que no me altere yo.

—Lo siento... estoy... sensible. Diana, Diana Guzmán, tiene mi apellido. En fin, quería que lo supieras; cuando llegue, esto es algo que debo hacer allá —le señalo.

—¿Diana Guzmán? ¿Segura que así se llama? —me cuestiona como si supiera de quién se trata.

—¡Sí! ¿Por qué? —pregunto al ver que parece saber de quién hablo.

—No... sería imposible tal coincidencia. No... no es nada. Entonces, ¿significa que irás? — dice y sus ojos brillan.

—Estoy convencida de que es el camino que debo seguir. Llamaré a Fabiana ya mismo, para que esta tarde puedan ofrecerle mi puesto a Maite. Solo buenas cosas pueden pasar de esto. Ya me he ido a otros países antes por algunos meses, no pasa nada. Este al menos lo conozco y me gusta, me irá bien —respondo segura de que las horas de sueño me han dado claridad.

—Nos irá bien. A ambos, juntos. Antes de que todo el drama se desatara, iba a decirte que, si bien nos instalaremos en febrero, me han pedido que viaje en la primera semana de diciembre para buscar dónde vivir. ¿Vendrías conmigo? ¿Unas vacaciones tropicales, en pleno invierno? —me pregunta y me abraza, removiendo la cinta que amarra la bata a mi cintura.

—En mi isla siempre es verano... —Lo beso y confío en que todo estará bien.

Capítulo 24

La arena caliente se cuele en la comisura de los dedos de mis pies y el eterno verano del trópico se columpia en mis rizos con ligereza. Mi vestido de coloridas mandalas se exhibe ostentoso a orillas del mar Caribe compitiendo con los colores del atardecer, y a pesar de que el calor me agobia, la brisa que mece las palmeras me refresca. Respiro profundamente inhalando el futuro y exhalando el pasado. Mucho ha ocurrido desde que compré este vestido. El sol besa ya el horizonte, llevándose el domingo auestas y dejando el reflejo rojizo del adiós en el agua.

Me acerco a la orilla de la playa y permito que las olas, en su vaivén infinito, me salpiquen. Miro atrás y mis huellas señalan el camino recorrido desde la mesa donde almorzaba hace solo unos instantes; una silueta conocida las sigue para llegar hasta mí.

Lo veo caminar despacio, con su camiseta de color azul claro y sus graciosos pantalones cortos con figuras de piñas; sonrío y su ya deliciosa apariencia se exalta aún más. Me alcanza y sus brazos me estrechan sin decir una sola palabra, me recuesto en su pecho fornido dejando que me acaricie la cabeza. Lo abrazo por la cintura y me pierdo allí, en la seguridad de su silencio que me dice que todo va a estar bien.

—¿No vienes a la mesa? —me pregunta besándome con dulzura en la mejilla.

—Miraba al horizonte. Siento que ha pasado mucho tiempo desde que nos conocimos, porque han ocurrido tantas cosas en mi vida desde entonces —respondo aspirando su aroma a mandarinas recién peladas.

—Espero que algunas sean cosas buenas —dice apretándome un poco más.

—Ya no importa si fueron positivas o negativas porque me trajeron hasta aquí. Al final del día eso es lo que importa, ¿verdad? Estar donde se supone que debes estar y en la compañía correcta —expreso levantando la vista y sumergiéndome en el mar de sus ojos que hoy se ven más azules que nunca.

—¿Eres feliz? —me pregunta devolviéndome la mirada para derretirme con su ternura inesperada.

—Soy feliz... aun cuando no esperaba esta clase de felicidad, debo admitir que se siente bien, muy bien, de hecho. ¿Qué hay de ti? ¿Eres feliz? —admito y sonrío, mientras contemplo su piel que se ha bronceado maravillosamente.

—Cualquier clase de felicidad es buena si tienes con quien compartirla. Y en lo que a mí respecta, pues soy extremadamente feliz. Y lo seré un poco más cuando logremos deshacernos de los mosquitos —comenta con su gracia natural.

—Mañana regresamos a la vida real. Bayahíbe^[1] tendrá que aprender a vivir sin nosotros —digo y me entristezco enseguida pues han sido tres días encantadores los que hemos pasado en la playa.

—Bayahíbe lo superará... nosotros, pues, nos costará un poco más de seguro. Lo bueno es que siempre podemos volver, estamos a menos de dos horas. Me gusta el invierno de tu país, *Principessa*, no me cansaré de decirlo. —Besa mi hombro y me suelta para que caminemos de regreso a la mesa.

Volvemos al café de la playa donde pasamos nuestra última tarde del fin de semana para recoger mi bolso y seguir hasta la habitación. Mañana nos espera el viaje de regreso a

Santo Domingo, la continuación de nuestra nueva rutina a la que apenas nos estamos acostumbrando. El tráfico incesante de la ciudad, los rostros nuevos que ahora forman parte de nuestro día a día y el bullicioso ritmo de la música que llena los espacios más inverosímiles convirtiendo cualquier lunes en una fiesta.

Ahora reparto mi tiempo entre dos proyectos. Por un lado, la creación del equipo Caribe para la farmacéutica, liderando los procesos de venta con las distribuidoras locales mientras recluto al resto de los ejecutivos que me acompañarán en este reto; por el otro, las reuniones semanales con mi hermana Diana hasta que terminemos el plan de negocios de la empresa de mi padre y que ella pueda continuar sin mucha más ayuda. Le he prometido hacer mi parte, y a pesar de que estoy acostumbrándome a esta situación, he llegado a interiorizar que ella tiene tanta culpa como podría tenerla yo de todo esto, ninguna en lo absoluto.

En cuanto a mi relación con mi padre, los avances son lentos, pero siguen siendo avances. Me voy haciendo a la idea que he rechazado por muchos años: sus problemas con mi madre son de ellos dos para resolverlos si quisieran y no puedo cargar el peso de una traición que no me pertenece. Privarme de su rol en mi vida ha sido un error que ya ha costado suficientes lágrimas y estoy lista para pasar la página y dejar que el universo siga su curso, sin odiarlo, sin culparme, pero sobre todo sin intentar cambiarlo porque soy yo quien tiene que cambiar.

Estos primeros meses han sido difíciles, pero lo han sido mucho menos de lo que deberían, porque me he permitido ser acompañada. Marco vive sus propios cambios, pero el simple hecho de que nos tengamos el uno al otro es un rayo de luz que ilumina mis noches más oscuras. Esas en las que me pregunto si soy realmente la mejor para esta responsabilidad tan importante que me han asignado al otro lado del mundo, si puedo considerarme una buena persona a pesar de haber olvidado todo lo bueno que alguien hizo por mí durante toda mi vida, al instante en el que he descubierto que ese alguien no es perfecto. Si tengo derecho a la felicidad, aun habiendo causado tristeza a otros. Cuando las dudas me asaltan y se tambalean mi amor propio y mi confianza, su hombro está allí para sostenerme, su abrazo me calma y su silencio me conforta. No me juzga, pero tampoco me consuela. Solo me recuerda que soy humana, que tengo derecho a equivocarme, a asustarme y a reponerme.

No es por qué, sino para qué, no es dónde, no es cuándo: no es el destino, sino el camino y con quien eliges recorrerlo. Eso es la vida, no un cúmulo de triunfos o fracasos, sino un cóctel de experiencias y recuerdos que nos brindan la oportunidad de crear, compartir y trascender. Y así, mientras Marco pasa los días de la universidad al hospital, yo me la paso visitando las distribuidoras farmacéuticas, entrevistando gente y revisando contratos.

Vivimos en el mismo edificio, pero en distintos apartamentos, algo que nos da muchísima risa porque ninguno de los dos quiere perder su independencia. Nos funciona muy bien porque podemos vernos todos los días, o no... Marco ya conoce a mi padre y a veces me acompaña a verlo cuando voy. Su cirugía de la cadera es muy reciente y no puede caminar todavía, así que hago lo que puedo con el negocio para ayudar, después de todo, soy una de las dueñas y ya estoy en relativa paz con eso. Pienso en todos los cambios que me ha tocado vivir en los últimos meses y me alegra saber que como seres humanos tenemos la capacidad de adaptarnos al cambio siempre que tengamos la motivación correcta. Erik y Laia vendrán de vacaciones en la Semana Santa, me alegrará verlos otra vez, casi no pude compartir con ellos antes de venir. Sonríe al entrar en la habitación y me lanzo en la cama como una chiquilla traviesa.

—¿Podemos venir todos los fines de semana? —pregunto a sabiendas de que puedo contestar yo misma.

—Podemos. Pero pensaba usar mis ahorros para comprar una casa algún día, y si los gasto tendría que trabajar mucho más y ya no tendría tiempo para venir los fines de semana. Así que por el momento lo dejamos para venir solo algunas veces. ¿Te parece? O bien podrías pagarlo tú, eres millonaria ahora —dice a medida que se va quitando la ropa para entrar a ducharse.

—Estás confundido. Soy socia de una cadena de farmacias, no de una mina de diamantes —respondo, mirándolo con desaprobación y deseos de cubrirlo de besos al mismo tiempo, si es que es eso posible.

—No lo sé... creo que eres millonaria —repite acercándose a la cama solo con el bóxer y su sonrisa encantadora.

—Pues yo creo que tal vez sí lo soy, porque mi novio tiene «ahorros» —bromeo incorporándome para traerlo conmigo hacia la cama.

—Algún día, dejaremos de trabajar, compraremos una finca de café y nos iremos a vivir en una montaña y entonces vendremos cada mes a la playa —describe su escenario mientras me quita el vestido por encima de la cabeza, dejándome solo el bikini que traigo debajo.

—No podrías vivir sin tus pacientes. Y no podrías vivir con los mosquitos. Pero lo más importante es que yo nunca podría vivir en una montaña y tú nunca podrías vivir sin mí, así que no lo sé... a tu sueño le faltan piezas —respondo dándole besos cortos por todo el pecho.

—Encontraremos la manera... yo aprenderé a vivir un poco sin ti y tú aprenderás a vivir un poco en la montaña. Tú y yo, *Principessa*, estamos juntos porque algo más fuerte que nosotros nos obliga, si yo fuera tú no discutiría con ese «algo». En todo caso, siempre tendremos la playa, que nos gusta a los dos... y puedo pensar en un par de cosas más que nos gustan a ambos... ¿sabes que te quiero, verdad?

Me besa con la pasión que siempre lo hace, esa que absorbe mis sentidos desde la primera vez que sus manos hicieron contacto con mi cuerpo. Lo dejo que me recorra y lo recorro, pensando en sus palabras... quizás tiene razón y al final no tenemos pleno control de lo que pasa en nuestra vida, pero sí lo tenemos de como reaccionamos a ello, con qué actitud recibimos lo que el universo nos da y qué tanto nos resistimos a experimentarlo.

A medida que su piel se funde con la mía y su voz musical me sigue arrullando, se aclara mi mente y puedo entender que estoy hecha para él y él para mí, este es nuestro ahora, el que importa, el que cuenta.

No es dónde... es con quién, y si es con él, pues iré... donde nos lleve el amor.

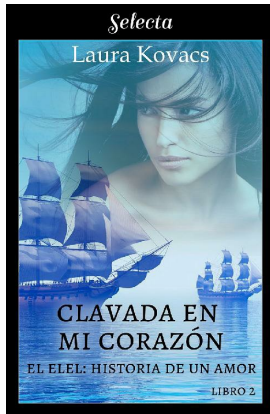
FIN

Agradecimientos

A los profesionales de la medicina Erik Messamore, M.D., Ph.D, Psiquiatra (Estados Unidos), Enid Terrero Dájer, Médico de Familia (España) y la Dra. Esmirna Farington, Neuróloga Vasculat (Dominicana), por sus valiosos aportes en el proceso de investigación y revisión de esta novela.

A mi familia por perdonarme las horas de ausencia, a mis amigas por la constante inspiración y a mis lectoras/lectores por ofrecerme su bien más preciado... el tiempo.

Si te ha gustado
Si me quisieras
te recomendamos comenzar a leer
Clavada en mi corazón
de Laura Kovacs



Capítulo 1

Al toque de las campanillas...

*Cuando la tarde se hacía noche
y los fantasmas del pasado
venían a requerir...*

Reducción de Nuestra Señora del Pilar de los Serranos, abril de 1756.

—Pero mi princesa... dígame, m'hija, ¿por qué si ha puesto esa ropa? —me habló mi ane.

Mi quipá viejo y gastado reemplazaba al casto vestido que los curitas de la serranía me decían que usase. Lo pedían con un tono de voz que asemejaba una orden; en especial el padre José. El otro, no. «Tomakín», como lo llamaban los de los toldos, tenía una forma más de ternura que de reclamo. Pero igual nos hacían sentir intrusos entre nosotros.

Era para resaltar la pulcritud de los pisos a los que debíamos limpiar varias veces al día. «Nada como un trabajo bien hecho», nos decía el misionero, señalándonos con el dedo cuando gustaba ver la decente tarea que desempeñábamos contra nuestra voluntad; con más ganas de subir al monte a cazar que a mantener el piso de barro apisonado tan limpito que hasta se podía comer como en el rincón de los fogones.

Con la mirada todavía extraviada del mal dormir y el corazón arrugado por la nostalgia, espí a Josefa. Los grillos me habían dado en qué pensar y acabé por levantarme para espantar los malos pensamientos.

—¿Y qué hay con mi vestido? Me haces enojar... Mita, estoy con sueño como para que continúes tu reclamo —respondí haciendo memoria que ella me contemplaba con la mirada aguada.

Esta mañana mi espíritu había vadeado la laguna y seguramente se detuvo en el momento justo en el que el alma de mi padre se despidió. Porque amanecí rebelde y con ganas de reclamar lo mío; aquello que me había sido dado y quitado casi en el mismo instante. Un amor que superaba con creces de los que se decían «para siempre». Uno de esos que son parte de la misma eternidad de «las dormidas»; sin tiempos ni fronteras. Que se dedican a esperar mansos la vuelta del ser querido; que se nutren de sus promesas punteadas a fuego en el corazón amante. Y que nunca, y en eso me declaro vencedora, van a dar un traspíe pensando en otra persona que no sea la elegida. Por eso se sufre tanto la ausencia.

Lo que daría por volverlo a ver, me dije acariciando el licho, regalo de mi «bravo», de un añil que resplandecía los ojos. Me había contado que las mujeres de otro lugar lo habían hecho con «cochinillas» y luego secado con orina para que el tinte no se le pierda. Poca cosa amaba más

y había traído desde tan lejos.

—Pero si sabe, me creatura, que los padrecitos, tan güenos como il pan, solo quieren lo mejor pa' usté y su gurí... —Continuaba con sus explicaciones mi Josefa, sin entender que no era oída. Me hallaba escondida entre mis penas y no aceptaba reproches.

—¿Lo mejor? —le pregunté en un momento en que el fastidio colmó su medida, mientras buscaba abrazarme el cuerpo para apañarme—, lo mejor se fue. Lo mejor ya pasó y no va a volver...

Porque era como me sentía. Insistir con la cuestión solo significaba agrandar la herida. Y la verdad, ni sangre para regar quedaba después de haber puesto mi vida entera a los pies del rey toldero.

Esperarlo había sido mi anhelo los primeros días. Hasta descubrir que las lunas se sucedían sin darme tregua a esta esperanza sonsa de creer que regresaría; a mí, a nuestro cachorro, que se había adelantado a las cuentas de Mita...

—Ayyy, ¿si la juera a dejá sola? Mire qui e ingrata. Su hombre va a volvé como e me llamo Josefa Pinto, ¿mire, osté, si no vua a sabé?

La mujer acomodaba unos trastos sin mirarme, porque si lo hacía se daría cuenta de que seguía sin escucharla. En este instante viajaba. A un sitio desconocido; donde la frontera se tornaba yerma y el cielo supuraba el calor del desierto.

—Claro que sé —le dije volviendo y respirando con fuerza—; que tuve a su hijo, ya casi un hombrequito, dígame, y ni noticias del felón. Nadie para decirme nomás si está vivo... —«Si me extraña, si me ama todavía tanto como yo a él. Si su corazón ya me olvidó»—. Pero alguna vez nos volveremos a cruzar, por la vida de mi Alenk, y le juro que va a oírme. Aunque sea lo último que haga...

Algunas veces como esta, me daba por ponerme a rezongar. Otras, en cambio, la pena me abatía hasta dejarme sin fuerzas; aunque siempre terminaba batallando con mi jam.

Negando con la cabeza y una mirada amarga, Josefa salió del cuarto que ocupaba junto a mi hijo. Sabía que la tenía perdida; que esta vez me había empecinado en ver todo en tonos oscuros y no habría forma de convencerme.

Los recuerdos tampoco me ayudaban a superar el mal trago. Mis pensamientos corrían con desazón hacia esa última tarde, cuando el rey buscó protegerme para dejarme aislada de la desgracia que acontecía. Sin suponer que mis sentidos avispados por la señal de «las dormidas» harían vibrarme el cuerpo al grito de triunfo de los soldados junto al gemir de mis hermanos. Los padrecitos me encontraron y me llevaron con ellos. Y tuve una inmensa alegría al enterarme de que Mita —mi querida... mi adorada Mita— estaba viva.

Los curitas de la Compañía de Jesús, los penkopeneke, hacían el prodigioso intento de cambiarnos las creencias; de hacernos buenos ijen, algo imposible para nuestro pueblo, en especial si se pensaba en las mujeres que siempre se estaban entreverando por cualquier cuestión.

¡Cuánto me había costado no desear la muerte! Sin conocer la suerte de mi hombre y que mi hijo viniera a nacer sin esperarlo... Sabía que mi cacique se había marchado al sur a buscar ayuda. Pero de esto ya hacía mucho, mucho tiempo.

Mi Alenk, Manuel para los cristianos que me ayudaron en una llegada difícil. La propia Mita que no quería, pero ellos insistieron. Tanto que sin su socorro hoy no estaría entre los vivos. Ni mi hermoso niño hubiese visto la asher. Los dejé tirarle «agua bendita», si con eso los dejaba tranquilos. ¡Con todo lo que habían hecho por mi hijo! ¿Qué mal le podían hacer?

Se trató de un machito igualito a su papá. Con los años, y a medida que fue creciendo, acostumbra preguntarme por qué los demás niños tenían quién les enseñara a montar o los llevasen de auken. «¿Quién es mi padre? ¿Cuándo va a volver...?». «Un valiente cacique, mi amor, un tehuelche con más garra que toda la toldería junta».

Ahí nomás era cuando una mirada tan oscura como la noche serrana se me aparecía y me imaginaba que todo volvía a comenzar, que la herida sangraba como recién abierta y mis ojos se humedecían con la melancolía de la pérdida.

Porque así me venía sintiendo desde el día que él se fue... Perdida, loca de tristeza y notando el desamparo de sus brazos rodeando mi cuerpo. Y hasta mis entrañas clamaban por su vuelta. Esa promesa que me hizo y no cumplió. Porque ya mi pequeño estaba en el mundo y de él, ni mentas. O nos había olvidado o... «No. Lo sabría», me reté suspirosa. Ya mis «madrecitas» me lo habrían contado. Algo le estaría pasando, me consolé, y seguro era cuestión de esperar.

Aunque enterada estaba que la tenía a Mita y a mi pequeño, el hijo de mi amado jefe tehuelche, con eso no me bastaba. Porque además tenía muy presente la urgencia por protegerlo para que vuelva con su pueblo, a su gente, y que ocupase su lugar por herencia. Quizás fuese suficiente para otra hembra; una de esas que dejan pasar las cosas sin pelear. No era el caso para mí, la princesa de los tehueles, la reina del Casuatí.

Dos veces al día nos reunían para asistir a la misa. La campana de latón sonaba lo suficiente como para congregarse a los tolderos a oír la ceremonia que, desde un principio, me despertó desconfianza. Cuanto más si la asociaba a la intriga de las palabras dichas y del «hombre en la cruz», que hasta me hacía lagrimear, al que todos veneraban como «el salvador». Si les preguntaba de por qué no había empezado por salvarse él, se me reían en la cara. El padre José que gritaba: «¡Blasfemia!», y el otro que me insistía con su: «Ya va a explicar», aunque sin tampoco hallar el modo de lograr convencerme que había que haberlo ayudado para no llegar a ese estado.

Pero volviendo a mi niño y verlo correr junto a los otros, a sentarse con las piernas entreveradas a escucharlos hablar en esa lengua tan extraña pero con un encanto natural. En realidad no era eso todo. Los muy taimados los conquistaban prometiendo, luego de la oración, bizcochos, pasas y una bebida caliente que los atraía como moscas a la fruta.

Mis ojos, sin cansarse ni perder detalle, admiraban la escena de esa sonrisa suya que tanto conocía. El cabello se le deslizaba sin poderlo contener más allá de sus hombros fuertes y tan robustos a pesar de su corta edad.

Tenía algo que siempre lo destacaría del resto y que a él lo molestaba: había tomado mis ojos. Y estos, más transparentes todavía, se espejaban como dos luceros que hechizaban solo con verlos. El día que descubrí que así serían, me angustié. Al igual que a mí lo ignorarían por mostrar su impureza. Pero la verdad fue todo lo contrario, lo consintieron enseguida. Claro, si era el hijo de Cangapol, su primogénito. ¿Quién iba a desafiarlo? Y aunque a mi niño le hubiese gustado tener los ojos del color de la miel como sus primos, aceptaba con estoicismo su legado de sangre y el ser la esperanza con que contaban los tolderos.

—¿Madre? —me decía mi niño mientras lo arropaba. Cuando lo miré interrogante, él continuó—: Cuéntame otra vez la historia de cómo escapaste de los auek y mi yanko te salvó...

Cada noche antes de dormirse me pedía que le describiera la valerosa hazaña de su padre para protegerme del ataque de los soldados a las tolderías. Había cruzado conmigo alzada y ocultado en una gruta. A veces, incluso, tenía más oídos interesados. Josefa no se cansaba de escuchar cómo el tehuelche me había escondido para que no volviese a resultar cautiva en manos de los servidores del gobernador. Revivía cada instante y me hacía mucho bien. No quería que mi hijo se olvidase de quién era su padre. Jamás lo nombraría en pasado. Nunca lo

haría. Mi corazón me decía que estaba vivo, aunque no se explicase por qué no estaba junto a nosotros.

—¿Y va a volver? —Era la infaltable pregunta.

—Claro que sí. Nos iremos los tres a vivir a un lugar que solo tu padre y yo conocemos... ¡Ya verás!

La mirada inquieta de mi pequeño se iluminaba con el regocijo de creer en mis palabras como en la caída del sol todos los días. No había vez que se me resbalase una lágrima a la que terminara secando a los apurones para que no me la viese. Con que yo sufriera su ausencia, me dije, ya bastaba.

La distancia no puede separarlo todo, sobre todo si el amor ha decidido a unirlos.



Marco Stasio es una joven promesa de la neurología en Italia. El apuesto doctor estudió unos años en España por lo que habla con perfección el español y disfruta de viajar allí en cualquier oportunidad para practicarlo. Popular con las féminas en el hospital donde trabaja, pero ingenuo cuando se trata de estos temas, se concentra en su trabajo y llega a obsesionarse tanto con él, que su vida amorosa pasa a un segundo plano. Sus relaciones irrelevantes, pues tras una decepción amorosa, nadie logra despertar en él mayor emoción.

Una latina misteriosa, prometida de uno de sus pacientes y a la que apenas ha visto un par de veces, lo obsesiona durante algún tiempo, provocando su interés en el amor por primera vez de una forma más seria. Decepcionado del resultado de aquel intento, y buscando separarse de su recuerdo, llega a su vida Raquel, una rubia electrizante a la que conocía virtualmente y al fin conoce en persona en un congreso de medicina en Barcelona. Con ella entablará una quebradiza relación ya que vivir en distintos países no ayuda.

El camino que deberán recorrer juntos para encontrar su destino no será fácil, pero cuando se trata de amor, nada parece serlo. Raquel, que disfruta de su independencia a plenitud, al principio no ve en él más que un conocido interesante y con quien disfruta, pero al pasar el tiempo, descubrirá que hay algo en el doctor más que conversación y pronto tendrá que enfrentarse a una decisión importante. ¿Es el amor a distancia una posibilidad verdadera? ¿Podrá una simple corazonada ser capaz de predecir un futuro feliz?

Arlene Sabaris es graduada en Administración de Empresas con una Maestría en Finanzas, sin embargo, su gran pasión es escribir, por lo que realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas. Tiene además una diplomatura en Derechos Humanos y ejerce su profesión en un organismo de cooperación internacional.

Ha publicado artículos de interés en revistas varias y ha sido ganadora del concurso de blogs del Banco Interamericano de Desarrollo sobre educación y género, con su artículo *De Princesas y Superhéroes*, donde resaltó la importancia de la igualdad en la crianza de los niños.

Desde niña, escritora de poemas, canciones, cuentos y novelas, ha recibido reconocimientos en diversos certámenes, siendo el más reciente la selección de su historia *La heroína de fuego* por la Casa de Francia, para su libro de relatos *Mujeres inspiradoras* en marzo de 2018.

Desde hace tres años ha publicado diversas historias en plataformas digitales obteniendo un gran éxito del público.

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Arlene Sabaris

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-45-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 7

- [1] En el hinduismo y en el budismo, dibujo complejo, generalmente circular, que representa las fuerzas que regulan el universo y que sirve como apoyo de la meditación.
- [2] *Sunday Morning* es una canción popularizada por la agrupación musical Maroon 5 y fue escrita por Adam Levine, Jesse Royal Carmichael, Ryan Michael Dusick, James Valentine y Mickey Madden.

Capítulo 9

- [3] *Tus Besos*, de Juan Luis Guerra, canción del 2014.

Capítulo 10

- [4] Hola, querida (traducción del italiano).
- [5] Una de las piezas más populares del músico y compositor austriaco W. A. Mozart fue la *Pequeña serenata nocturna (Serenata para cuerdas N.13 en sol mayor)*. Es una obra dividida en cuatro movimientos llenos de energía, elegancia y alegría.
- [6] Un *minaudiere* es una pequeña bolsa sin manijas para artículos pequeños, como maquillaje y joyas, que generalmente lleva una mujer como accesorio para ropa formal.

Capítulo 15

- [7] El médico estadounidense George Huntington escribió en 1872 sobre una enfermedad que podía rastrearse al menos hasta la Edad Media. Uno de los primeros nombres fue «corea», el cual, como en «coreografía», es la palabra griega para danza. El término «corea» describe cómo las personas afectadas con el trastorno se retuercen, se contorsionan y giran en un movimiento como una danza constante e incontrolable.

Capítulo 16

- [8] La leyenda popular dice que Luis XV ordenó la elaboración de copas de champán tomando como molde los pechos de la cortesana francesa Jeanne-Antoinette Poisson, madame de Pompadour.

Capítulo 21

[9] *Some where on lywe know* es una canción de la banda inglesa Keane, compuesta por Richard David Hughes/Timothy James Rice-Oxley/Tom Chaplin.

[10] La *Victoria de Samotracia* ha fascinado a artistas y literatos como una de las más espectaculares y acabadas muestras del arte helenístico, descansa en el Museo del Louvre, París. Representa a Niké, la diosa de la victoria, posándose sobre la proa de una nave con tan meditado equilibrio que el mármol parece elevarse a los cielos.

Capítulo 24

[11] Bayahíbe es un pueblo de pescadores de la República Dominicana, que se encuentra al este de La Romana, en la costa del Mar Caribe. Palabra indígena cuyo significado no se conoce con seguridad, pero se asocia con el agua y con el mar.

Índice

[Si me quisieras](#)

[Nota editorial](#)

[RAQUEL](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[MARCO](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[RAQUEL](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Arlene Sabaris](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)